

**EL DEMONIO DE WALL STREET
VIENE A POR TI**

Devórame

Meghan Reed

Devórame

Meghan Reed

Queda prohibida la reproducción total o parcial,
de esta obra, sin el consentimiento expreso
y por escrito de su autora.

Devórame

Primera Edición: diciembre 2018.

©Meghan Reed 2018.

Fecha de publicación: 19 de enero del 2019.

Corrección ortotipográfica y de estilo: Bruce R. Nelson.

Maquetación física y digital: Rolland Steward.

Portada: Rolland Steward/Banco de imagen Pixabay.com

©Todos los derechos reservados.

ISBN-13: 9781794423961.

Independently published

DEDICATORIA

El mundo sería un lugar mejor si jamás te hubieras marchado.

AGRADECIMIENTOS

Ha sido un largo camino desde que me animé a concretar y perseguir mis sueños.

Quiero expresar mi sincero agradecimiento a todo el equipo de excelentes profesionales con el que cuento.

Esto no hubiera sido posible sin ustedes.

Sinceramente, muchísimas gracias.

ÍNDICE

DEDICATORIA

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

I: DEMENCIA

II: DESDIERES

III: SEXO Y SOLO SEXO

IV: ALBORADA

V: SIN SABOR, OLOR O GUSTO

VI: EMERGENCIAS

VII: PLACERES

VIII: MALDITO METRO

IX: OCURRENCIAS EN UN VIERNES NEGRO

X: PLAN A, B, C, D... ¿Z?

XI: DAÑOS Y PERJUICIOS

XII: ODIOSO SAN VALENTÍN

XIII: EL MALDITO PRINCIPIO DE TODO

XIV: CUMPLEAÑOS FELIZ... ¿FELIZ?

XV: PASIONES DESENFRENADAS

XVI: UNA PROBADITA

XVII: VENGANZA

XVIII: OBSCENIDADES

XIX: UNA BALADA SIN ÁNIMO DE LUCRO

XX: LA PUÑETERA REALIDAD Y UNA ESPESA MELANCOLÍA

XXI: UNA DE TAZA DE CAFÉ CON OLOR A DECEPCIÓN.

XXII: COLAPSO

XXIII: EFÍMERO CONTRATIEMPO

XXIV: INESTABLE

XXV: OMNIPRESENTE

EPÍLOGO

BIBLIOGRAFÍA SOBRE LA AUTORA

PRÓLOGO

No estoy preparada física o emocionalmente como para tratar de buscar un poco de tú sensibilidad en estos momentos.

He hecho cosas malas y otras terribles, pero... ¿y quién no lo ha hecho?

La cosa es, que básicamente, si ahora estoy sentada en esta lujosa silla frente a un Juez y jurado que nunca he conocido es...por mi culpa: de nadie más.

Todo esto ha sido absolutamente mi culpa.

Suspiro mientras permito mirar mis manos y empezar a cuestionarme mi estabilidad mental después de que este largo día termine. Mis manos tiemblan descontroladamente porque no hay salida de esto y hasta ellas lo saben.

Ahora que pienso detenidamente las cosas, recuerdo que cuando era una niña pequeña, me gustaba meterme en situaciones que volvían locos a mis padres. Parece ser, que soy propensa a realizar actos que ponen en peligro mi integridad y que roban mi tranquilidad. Y a los que me rodean.

Pero voy a empezar por el principio para que ustedes saquen sus conclusiones y puedan precisar donde todo se fue a la mierda.

Porque yo sinceramente no tengo ni idea.

I: DEMENCIA

DAYANNA SCOTT, 19 AÑOS
INVIERNO, 2013

U no creería que después de casi dos meses de trabajar en este maldito lugar, no tendría problema alguno con el jodido vestuario, pero casi parecía un chiste que aún no consiguiera que la maldita ropa me ajustara de manera correcta.

Era de esperarse, considerando mi pésima relación con casi todo el personal. Estaba segura de que cada semana pedían una talla menos solo para disfrutar del espectáculo de verme retorcer y tropezar por todo el lugar, tratando de entrar en prendas que eran ridículamente pequeñas.

Eran unos hijos de la grandísima...

—El jefe quiere verte —gruñe Mathew, nuestro jefe de seguridad.

Al principio creo que es con Eva, porque de todas cinco, ella es la que se tira a ese malévolo hombre que tenemos por jefe. El silencio en el camerino me obliga a levantar mi mirada y me percate, que, de hecho, todos los ojos de diferentes tonalidades de esta habitación están puestos sobre mí; esto tiene que ser una jodida broma.

—¿Yo? —pregunto, enderezándome.

—Sí, tú, niña. —ordena—. Acompáñame, el jefe quiere verte y no está de humor para tus tonterías.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y cuándo lo está?

Mathew no se deja provocar por mi obvio sarcasmo mientras espera pacientemente a que cierre mi *corset* y arregle mis modestos senos copa D; pone los ojos en blanco. Demasiado pronto emprendemos nuestro corto viaje

por el lujoso pasillo de camino hacia los ascensores. Porque no es como que me pudiera negar.

—¿Y se puede saber que quiere conmigo? —pregunto una vez que nos metemos dentro del moderno aparato que nos llevará hasta los aposentos del «Lobo Feroz» que rige con mano de hierro este lugar.

El grandulón ignora mi pregunta, como siempre. Cuando las puertas se abren en el sexto piso —donde está la guarida descomunal del desalmado de mi jefe—, él me custodia en total silencio.

Abro la boca para seguir tratando de obtener alguna pista de lo que este bastardo quiere conmigo, pero su enorme mano da un firme golpe en la pulida madera oscura cortando así todo intento de conversación por mi parte: ¿quién entiende a los malditos hombres?

Aquí, una tratando de ser agradable y ellos te tratan como si hubieras intentado quemar su casa; con él adentro mientras dormía.

Un segundo después, la pesada puerta se abre revelando el ostentoso lugar. En el centro de toda esa opulencia, está lo que el diccionario hace referencia a todos los pecados capitales de este mundo. Rodeado de una impresionante vista de la ciudad a sus espaldas gracias a las paredes de cristal de doble vista que van desde el el piso hasta el techo y que nos separa de la vida real, está el hombre más...

—Hazla pasar de una puta vez que no tengo toda la noche. —Es el cálido saludo de mi jefe.

Me mantengo impasible mientras Mathew me da un empujón lo suficiente fuerte para que mis pies trastabilen hacia el interior. Tiene suerte que me caiga bien, de lo contrario, ya me le hubiera echado encima a golpearlo.

Bufo para mí misma: ¿a quién quiero engañar? Jamás he estado en una pelea y dudo mucho que me vaya bien contra el gigante de dos metros y casi 200 libras que custodia las puertas de «El Jardín del Edén». Lugar que es como un sueño; un sueño que viene con un alto costo.

No me miren así, yo no fui la que puse los nombres aquí. Cuando llegué hace más de seis meses atrás, lo primero que me impresionó fue lo hermoso que era este lugar tanto por fuera como por dentro.

Un edificio completamente de cristal que aloja en sus entrañas el exclusivo y excéntrico «Club nocturno de la alta sociedad» de todo el país; un verdadero paraíso para toda la gente sádica y con gustos peculiares con suficiente dinero y poder para pagar los exorbitantes precios que rigen este

lugar.

—Escucha... —empieza a decir el maldito que dirige este lugar y, que, por desgracia, tengo que tolerar—. La cosa es esta: hoy, solo vas a tener un cliente. Al cual, vas a tratar con mucho cariño y estarás dispuesta a complacerlo por horas....

—No...

Ignora mi negativa y sigue como si nada mientras enciende un puro; se lo lleva a sus sensuales labios y luego de una fuerte calada suelta el aire denso en mi dirección; empiezo a toser como loca. Está claro que, a este egocéntrico hombre, poco le importa la salud de mis pulmones.

Después de que se calma mi tos seca, me lo quedo mirando fijamente: lo peor de todo, que mi jefe no es feo, (sino me cayera tan mal podría incluso definirlo como el hombre más hermoso de este mundo), pero es su trato hacia nosotras lo que lo hace repulsivo. Su falta de delicadeza y empatía hacia el prójimo lo convierte en el diablo dispuesto a llevarse tu alma por un cómodo y accesible precio.

Precio que muchas están a dispuestas a pagar solo para sentir su cuerpo siendo poseído por el grande y aterrador hombre frente a mí.

Vestido con su caro esmoquin hecho a medida —que estoy segura de que hasta duerme con el—, se ve arrebatadoramente impresionante con su altura y fornido cuerpo.

Su rostro es hermoso, pero de una manera terrorífica y sensual que hace estremecer a todo mi cuerpo. Y es que cuando te observan sus penetrantes ojos verdes, sientes que él sabe todos tus secretos. Pero que, a pesar de eso, jamás podrás gobernar los de él.

Mujer que pisa este edificio tiene un orgasmo con solo mirarlo; o eso dicen. Hasta el día de hoy, no puedo entender, porqué diablos a mí me daba igual su atractivo como su dinero y poder; tenía la clara sospecha, de que eso a él lo desconcertaba y cabreaba por parte iguales.

Hice una mueca cuando sus hombros se tensaron visiblemente, cuando su verde mirada sin desearlo cayó en mi pronunciado escote; era como si odiaba el hecho de hallarme atractiva. Comprendía perfectamente, de que el hecho de no poder manejarlo a su antojo con el simple chasquido de sus dedos, sencillamente lo volvía completamente maniático.

Los hombres y su estúpido sentido del poder y la sumisión.

Aunque considerando los orígenes del apuesto e insoportable hombre frente a mí podía entender su ambición de poder. Los rumores

dicen, que él proviene de una de las familias más acaudaladas del norte de Europa y, que gracias a su comportamiento atrevido lo enviaron a estudiar a América; pero, que cuando ya se encontró aquí, se reveló inmediatamente y tomó «distancia segura» de su familia —entiéndase, que amenazó con hacer pública sus raíces—; pero solo son rumores. Nada más.

Y es que, aunque me esfuerce con este hombre, jamás podré estar segura de algo. Y tampoco es como si fuéramos mejores amigos que mientras tomamos el té, él me iba a contar sus más oscuros secretos.

—Este es un gran cliente y es su primera vez aquí. Trata de ser linda y hacer lo que se te ordena por una maldita vez en tu vida.

Ignoro su insulto, y me concentro en por qué no puedo aceptar obedecer su estúpida orden.

—Sabes perfectamente que necesito tener mínimo *seis* clientes —hago énfasis en la palabra seis, por si se ha olvidado de nuestro trato—, por noche para llegar a fin de mes...

—No me interesan tus putos problemas personales —me interrumpe descaradamente—. Este cliente es nuevo y viene referido por uno de nuestros clientes más antiguos. El mismo, que ha sido muy específico en que quiere que su amigo disfrute de una «carne nueva».

Lucho por mantenerme impassible frente a su mediocre trato hacia nosotras; si solo tuviera algo entre mis manos para arrojárselo a la cabeza, la vida sería simplemente maravillosa. Y hasta pequeños querubines cantarían...

—¿Y qué crees? —Su sonrisa se atenúa un poco—. Hoy no tengo nada más que ofrecerle que a *ti*.

Su voz baja una octava, mientras sus penetrantes ojos verdes hacen un agujero en mi pecho evitando mirarme a los ojos.

—La maldita novata que apenas tienes cinco meses trabajando aquí. Y, que, si sigue manteniendo su puta fama de «novata», es porque le rompiste la nariz a uno de mis más antiguo y exclusivo cliente...

—Querían hacer un trio...—justifico mi acción violenta, pero él desecha mi argumento con un ademán de su fuerte mano.

—¿Y? —dice irónicamente—, te estaba pagando para hacerlo, no para que dieras tú maldita opinión.

Respira profundamente y me ofrece —lo que creo y no me convence —, una sonrisa de negocios.

—Como sea, gracias a tu desastrosa reputación, comprenderás, que es difícil conseguirte clientes, por lo que considérate «bendecida» — Tiene la osadía de hacer las putas comillas cuando dice la palabra—, porque este cliente está pagando \$60 000 dólares esta noche, solo por ti.

Siento mi boca secarse y mis manos empezar a llenarse de sudor mientras los ojos de mi jefe brillan de satisfacción: el maldito sabe que me tiene.

Me concentro en lo que significa todo esto, y trato de que la euforia que siento en estos momentos se mantenga a raya y no se refleje en mi rostro: por cuestión de dinero es que decidí involucrarme en esta «casa de cita» —o burdel como le llaman algunos—, necesitaba mucho dinero; y el diablo frente a mí lo sabe perfectamente.

Aunque este trabajo esté mal visto por la sociedad, eso no fue impedimento para mí. Todos saben que, si te sabes mover, puedes llegar a solucionar tu vida. Y yo necesitaba que me la solucionaran rápido.

Mi hermano menor, Bruce, quien tiene actualmente quince años, sufre de una enfermedad mental que lo hace padecer de alucinaciones, lo que solo empeora su caso severo de bipolaridad.

Quince mil dólares mensuales es lo que cuesta su estancia en una de las clínicas más caras y especializadas aquí en la ciudad de Los Ángeles; la única que es capaz de brindarle el tratamiento y la ayuda necesaria para que pueda lidiar con su dolencia. Y yo tenía que conseguir el dinero a como de lugar.

Amo con todo mi corazón a mi hermano, y por él, iría hasta el mismo infierno las veces que fueran necesarias; es mi hermano menor y yo soy todo lo que él tiene y viceversa.

—Eso quiere decir...

—Que el 40% de ese dinero es tuyo —enfátiza de manera elocuente, robando las palabras de mi boca.

La satisfacción es evidente en su tono de voz mientras su mirada se mantiene estoica sobre mi hombro derecho; casi como si le doliera mirarme directamente a los ojos. Ni para que preguntarle si quiere ser mi amigo en Facebook, es obvio que rechazaría mi solicitud, e incluso, creo que iría aun más lejos y me bloquearía, y denunciaría mi página.

—Pero, para que veas que confío en ti, te ofrezco pagar el 50% si haces exactamente lo que te pide este cliente, y evitas todo el puto drama.

Casi caigo de mis tacones: ¿50%? Dijo. Negué sintiéndome

confundida; eso era toda una locura. Me quedé sin palabras.

Si su ofrecimiento era real —cosa que estaba convencida, ya que este hombre tenía fama de no bromear nunca—, eso quería decir que, al final de esta noche, tendría 30 000 dólares, lo que equivaldría a dos meses pagados sin ningún problema para mi hermano. Mis manos empiezan a temblar por la emoción: tenía que hacer esto por el bien de mi única familia. Bien valía el esfuerzo y cooperación.

Era consciente, al igual que el imbécil frente a mí, que, al mes, debía tener al menos sesenta clientes para poder llegar a la mitad de esa cantidad.

Por lo que, me vendría muy bien tener pagado esos dos meses anticipados; tomando en cuenta que, realmente ningún hombre en su sano juicio quería que le rompiera la nariz.

Después del «nefasto» incidente, quise ahogarme en la tasa del baño. No estaba segura de que rayos se apoderó de mí en ese momento para atacar de esa manera a aquel cliente, pero sabía a ciencia cierta que me iban a despedir en el momento en que notificaran a mi «jefe». Pero, para mi total sorpresa, jamás fui llamada a su oficina. Creí que al día siguiente me darían mi cheque mientras me prohibían la entrada, pero no pasó nada de eso. Los nervios estaban haciendo pedazos mi cabeza al no recibir ningún tipo de reclamo por parte del diablo que me mira con ojos serios y atormentados. A los tres días del «pequeño» incidente, recibí un escueto mensaje de texto que decía: «No lo vuelvas hacer».

Adiviné inmediatamente que era de él, y creí que el evento traumático había quedado como cosa del pasado.

Por lo que, hasta el día de hoy, no sabía a ciencia cierta quién diablos había corrido el puto rumor de mi «vena agresiva», pero muchos de los buenos clientes —aquellos que pagaban 5 000 por noche—, me evitaban como la peste; lo que me perjudicó en gran manera.

Mi corazón se acelera violentamente preso de la desesperación y culpabilidad: supongo, que ninguno de ellos quería explicarle a su «esposa trofeo» y a los medios de comunicación como es que obtuvo la nariz rota y la costosa camisa de tela llena de labial rojo y sangre.

—Depende de ti, que este cliente se vuelva regular, caso contrario, ni siquiera vas a recibir tú 40%.

Ignoré su absurda amenaza y me concentré en lo importante: \$30 000 dólares era suficiente para mantener mi boca cerrada por unas horas

mientras aquel cliente creía ser mi completo y absoluto dueño.

—Y a todo esto, al menos puedo saber el nombre de este misterioso cliente. O es que tiene algún estúpido fetichismo por «Cincuenta Sombras de Grey» y quiere que lo empiece a llamar «amo». —Arrugué la nariz y me crucé de brazos—. Considérate advertido, que esas cosas no me van...

Puso los ojos en blanco.

—Confórmate con saber, que lo conocen como el «Demonio de Wall Street».

No sabía si era yo, pero de pronto, la habitación se inclinó de manera brusca. Sentí inmediatamente las fuertes manos de Mathew sujetarme por los hombros; bueno, duda aclarada. Al parecer, era solo yo, que casi me estampo contra el piso, porque creí haber escuchado...

—Veo que sabes perfectamente a quien vas a servir esta noche —se jacta mientras se levanta en toda su sensual e intimidante gloria y alisa su caro esmoquin blanco; sus ojos brillan con fastidio.

Esta vez mis manos se empapan de sudor, pero por un motivo diferente. Empiezo a negar con la cabeza, pero parece que mi jefe ya se ha cansado de nuestra charla, porque su ceño se frunce; una clara y evidente señal de que mi presencia sobrepasó su límite de tolerancia. Si supiera que el sentimiento era recíproco.

—Llévala a la suite presidencial inmediatamente —ordena sin darme otra mirada mientras empieza a teclear en su caro móvil—. Nuestro cliente estrella acaba de entrar al edificio.

—Pero es que yo...—Me esfuerzo por no desmayarme—. Tienes que saber que yo...

Mi intento de explicación muere en mi garganta, cuando las fuertes manos de Mathew sujetan mi cintura y me eleva sobre su hombro. Sin ceremonia alguna permanezco sobre su fornido hombro mientras empieza a sacarme a la fuerza de la lujosa oficina.

¡Maldición!

—¡No lo entiendes! —grito angustiada y niego enérgicamente con la cabeza—. Yo no puedo....

La puerta se cierra de un portazo en mi cara.

¡Oh Dios santo!

Estoy tan jodida —literalmente—.

II: DESDIERES

Hace poco más de quince minutos que nuestro jefe de seguridad se marchó y me dejó en lo que es la más cara de las suites que tenemos aquí en el «Jardín del Edén». Y no es que me queje, esta era la primera vez que entraba a esta habitación pintada con color beige y exquisitos adornos dorados y pinturas caras, que nos otorgaba un ambiente lujoso, romántico e íntimo; y yo solo deseaba vomitar.

Los veinte pisos o, niveles de esta glamurosa fortaleza, estaba dividida de manera estratégica.

Los cinco primeros pisos, eran el área donde estaban las chicas clasificadas por categorías. Siendo el «quinto piso» el que albergaba a las más experimentadas y, por ende, las más caras.

Yo pertenezco al primer piso; que fue el lugar, del que me sacó el gruñón de Mathew hace menos de media hora.

En el sexto piso, como sabes, está la oficina del diabólico y desalmado de mi jefe. Un hombre que se cree mi dueño en este mundo donde el placer, la angustia y lágrimas son platillos que se sirven fríos y con sonrisas plásticas en los rostros cada noche.

Del séptimo hasta el decimotercero piso, están las suites «económicas», cuyo costo por hora no pasa de los \$2 000 dólares; que son las que uso todo el tiempo al igual que las chicas que están hasta el cuarto nivel.

Y en los dos últimos pisos se encuentran las cinco habitaciones presidenciales, que son consideradas «lo mejor de lo mejor». Estas son suites que incluyen comodidades exageradas, pero que, si tienes suerte, algún cliente poderoso que quisiera estar contigo sencillamente paga la ridícula cantidad de \$10 000 dólares la hora para poder satisfacer sus bajos instintos: todo un «halago» por parte de un amante.

Pero eso solo les pasaban a las chicas que están en el quinto nivel: ellas eran las afortunadas. Por lo que, era mi primera vez en una de estas y, sinceramente, no sabía si llorar, reír o tirarme por la ventana dada las

circunstancias.

La cama *King size* era mi actual escondite, mientras los nervios querían comerse vivo a mi estómago revuelto. Es que verás, yo tengo una vida fuera de estas cuatro paredes. Soy como cualquier jovencita de diecinueve años con sueños: sueños que no involucran acostarse con su verdadero jefe; porque eso es lo que va a suceder en cualquier momento cuando se abra esa elegante puerta.

Porque sucede que, dentro de ese precioso sueño del que estoy tan enamorada y orgullosa, está el hecho de que, en la vida real, trabajo para la Corporación Umbrella; y no, no estoy hablando de la maldita película de *zombie* que quizá te has visto un millón de veces.

Yo me refiero, a la empresa internacional encargada de todo el maldito sistema financiero de Estados Unidos. Y el dueño de todo ese maldito poder es a quien se supone tengo que complacer esta noche. Y no hubiera ningún maldito problema —estoy consciente que utilizo mucho la palabra «maldito», pero, créeme, la puta situación lo amerita—, si en esa vida real, *él* no fuera mi «verdadero jefe». ¿Ahora entiendes dónde radica todo el funesto problema?

Para explicarme mejor, resulta que, en la vida real, trabajo modestamente en el departamento financiero como ayudante del contador suplente. Lo sé, no se escucha para nada importante, pero para mí, es casi como mi sueño cumplido. Tienes que saber, que siempre he soñado con ser la mejor contadora de todo el maldito mundo y, que mejor manera de hacerlo, que como ayudante para la mejor empresa de todas en el ámbito de los negocios internacionales.

Corporación Umbrella, significa todo para mí en lo laboral.

No miento cuando te digo que, desde pequeña, se me daban muy bien las matemáticas. Estuve en los equipos de los decatlonés académicos como su implacable líder.

Siempre ganaba, motivo por el cual mi preparatoria me otorgó una beca completa en la prestigiosa y carísima USC (Universidad del Sur de California). Donde actualmente estoy cursando el cuarto semestre en Administración de empresas con mención en Negocios internacionales; lo que bien podía significar que me había sacado la lotería.

Todo marchaba según el plan, hasta que mi padre decidió que ya no amaba a mi madre y, que quería el divorcio de manera urgente para poder liarse libremente con su secretaria. Una joven como de veinticinco años, lo que desencadenó una profunda depresión en mi madre, que tiempo después de

firmar los papeles de divorcio, se suicidó en la bañera de nuestra humilde casa en los suburbios de esta maravillosa ciudad.

Desde ahí, todo fue una caída libre, que afectó de manera psicológica a mi hermano, que fue —para su mala suerte—, la persona que la encontró sin vida con un disparo en la frente. Ya de por sí su trastorno era difícil, pero aquel evento traumático solo empeoró las cosas.

Mi padre no quiso hacerse cargo de nosotros, alegando que ese «desafortunado evento», solo le había ayudado a abrir los ojos para tener un «matrimonio fuerte y sólido» con su actual joven esposa.

Pobre estúpido; no se necesitaba una bola de cristal para saber el futuro que le deparaba junto a aquella destrozada hogares.

Como consecuencia, fuimos a parar a la casa de mis tíos maternos, quienes con mucho amor trataron de darnos un hogar; pero, el trastorno de mi hermano era muy caro y difícil de tratar. Sin mencionar, los episodios de alucinaciones de los cuales era víctima casi todos los días.

Cuando cumplí los dieciocho años me emancipé y pedí la custodia completa de Bruce, a lo que mis tíos accedieron de buena gana; y es que nadie podía culparlos.

Ellos fueron los que me consiguieron este pequeño empleo como ayudante del contador suplente de la empresa donde siempre había soñado con trabajar.

Por la mañana, iba solo cinco horas, donde tenía asignadas tareas varias. Desde ordenar cheques; verificar pagos o transferencias bancarias, hasta de poner un foco o arreglar la copiadora. Tenía aquel horario porque a partir del medio día empezaban mis clases en la universidad.

Se podría decir, que era un trabajo «multifacético», pero que no lo cambiaba por nada del mundo. Y, aunque ganaba poco, casi veinticuatro mil dólares al año, los mismos que me alcanzaba para pagar mi pequeño apartamento de una habitación; medio poner comida decente sobre mi mesa y subsistir mis necesidades básicas para comprar libros o algún capricho que me daba. Era lo que me había llevado a buscar este trabajo como «dama de compañía». Me gustaba llamarlo así para sentirme menos barata y sucia mientras este «trabajo» me ayudaba a pagar la clínica de mi hermano y cumplía de a poco mi sueño.

Pero la verdad es, que no es como que aquel exitoso hombre supiera mi nombre —ya nos habíamos visto en algunas ocasiones en la sala de juntas cuando ha pedido reunión con todo el personal y, aunque nuestras miradas se

han trabado en varias ocasiones (debo confesar que casi sufrí un ataque al corazón por lo bello y erótico que es tenerlo frente a ti)—, él siempre ofrece una mirada y sonrisa genérica destinada a ser educada por, sobre todo.

Y es que estoy consciente que, si mañana accidentalmente nos vemos en el pasillo de su empresa, él ni siquiera va a reparar en mí y me reconozca como la puta que pagó para librarlo de su pena; porque eso sería aspirar demasiado.

Podía conjeturar el por qué estaba aquí esta noche, y para eso, no se necesitaba un «Doctorado» en negocios internacionales.

Fue esta mañana cuando el escándalo sobre su matrimonio estalló, llevándose consigo sus trece años de casado y, a su vez, a sus dos pequeños gemelos de diez años.

Los tabloides sensacionalistas aseguraban que, su aun esposa, había sometido a sus pequeños hijos a una prueba de ADN con la finalidad de pedir el divorcio —divorcio que era un secreto a voces entre la alta sociedad—, porque ella deseaba casarse con el verdadero padre de sus hijos; quien no era otro más, que un magnate hotelero de Francia, quien había sido su amante como por siete años.

«Vaya lio que se había formado en ese mundillo con la noticia».

Decir que él se encontraba desbastado era poco. Imágenes que lo retrataban saliendo del juzgado de la ciudad, resguardado de sus dos abogados y con semblantes sombríos confirmaron la noticia a viva voz, las mismas que recorrieron el mundo entero en tiempo récord.

Todos se hicieron eco de la noticia y del culebrón que suscito desde las entrañas de la alta sociedad de una de las ciudades más poderosas del mundo.

Esta demás decir, que los resultados salieron en su contra y, efectivamente, como aseguraba la víbora de su mujer, los hijos jamás fueron de él. La prensa amarillista aseguraba, por fuentes cercanas a la familia, una posible infertilidad por parte de él.

Pero, hasta el momento, solo había sido confirmado su divorcio y su pérdida completa de la custodia sobre sus dos pequeños hijos. Hasta donde tenía conocimiento, esos niños eran su adoración; su mundo entero.

Debo reconocer, que aun sin conocerlo personalmente, todo su drama hacía vibrar una fina vibra dentro de mí. Todos los conocían no solo por ser un aguerrido empresario, sino también, por el amor incondicional que sentía hacia su ahora extinta «familia».

Esos pequeños significaban todo para él, y perderlos, de la manera tan

escandalosa como había sucedido, solo podía imaginar lo doloroso y traumático que había sido este día para todos en general.

No lo culpaba por venir a este lugar y buscar consuelo. Por algo, el «Jardín del Edén» tenía la reputación de ser exclusivo y solo ofrecer mujeres triples AAA, (lo que sea que signifique eso). Aquí no puedes entrar si no posees una invitación oficial y personal por uno de los clientes más antiguos.

Así de loco estaba mi «no jefe»; el bastardo que me había puesto en esta posición incómoda.

Los seguros de la puerta crujieron, cubriendo mi piel de una fina capa de sudor.

¡Mierda! ¡Él ya estaba aquí!

¡Tranquilízate, mujer! «No es como que si fueras virgen.»

Tenía que empezar a ver esto por el lado «amable y satisfactorio», de otra manera, este hermoso hombre jamás pondría sus poderosas manos sobre mi cuerpo; obviando ese detalle delicioso, el dinero era lo importante en esta situación.

Estaba segura, de que él jamás recordaría esta noche, considerando la escasa luz de la habitación y lo bebido que debería encontrarse dada la situación de estos últimos días.

Erguí la espalda y saqué pecho cuando la puerta se abrió totalmente revelando ante mí, a lo que solo podía referirme como «magnífico».

El demonio había llegado, y yo tenía que complacerlo.

Solo esperaba por mi bienestar mental, no quedar poseída por su toxicidad y buena apariencia. Los ángeles sabían que era lo último que necesitaba en mi vida.

III: SEXO Y SOLO SEXO

Los nervios me asaltaron al apreciar su imponente figura tambalearse un poco; seguro que este hombre sabía como hacer una entrada en la vida de una mujer.

—Lindura... —arrastró descuidadamente su apelativo cariñoso.

Si antes tenía duda de su estado de ánimo, su pequeño arrastre solo confirmaba lo que ya esperaba.

Ignoré como su rasposa y profunda voz envió agujas a mi espina dorsal e hice una mueca mientras me levantaba de la enorme cama tras de mí. Mis piernas empezaron a temblar mientras observaba paralizada como lentamente empezaba su camino hacia el interior: directo hacia mí.

—Esta noche —Empezó a desabotonar su camisa blanca, revelando su cincelado pecho—, no puedo prometer ser cuidadoso o, romántico con tu cuerpo. Ni siquiera con tu mente.

Mi «jefe real» tenía casi cuarenta años, pero que importaba cuando aquel hombre estaba bien construido. Su altura era casi de dos metros; lo que solo le atribuía a su apariencia un toque de terror, que lo hacía lucir como un Highlander rudo y tosco, que prometía deshacerte entre sus manos mientras tú disfrutabas cada segundo de ello.

Lo sé, debería estar pensando en las consecuencias de mis decisiones, pero su sola presencia me hacía cosas locas. Mi garganta hizo un extraño ruido, lo que provocó que su sensual boca se contrajera en una sonrisa de medio lado.

¡Mierda! Aun ni me tocaba y podía sentir mis muslos mojados por la anticipación.

—Te quiero recostada sobre la cama y que abras tus hermosas y torneadas piernas, porque lo primero que deseo hacer es comer tu coño. El infierno es mi testigo, que solo he lamido y mordisqueado un coño por más de quince años y es hora de que eso termine esta noche.

Antes de si quiera registrar lo que significaban sus palabras, él ya había

llegado hasta mí. Sus hermosos ojos azules estaban sosteniendo los míos en un agonizante duelo de miradas. Donde yo, ya de entrada, estaba perdiendo; y con gran ventaja.

Aun sobre mis tacones de casi dieciocho centímetros, con mucho esfuerzo alcanzaba a llegar a su pecho. Por lo que solo podía imaginarme lo gruesa y larga que era su polla. Mi metro sesenta no era rival para su descomunal estatura y tenía miedo de no poder caminar mañana.

Sofiqué un angustiado gemido: como mierda iba a explicar en la oficina y en la universidad, mi caminar de pato cojo. Mi acompañante sonrió como adivinando mis pensamientos.

Yo traté de alejarme un poco, pero él envolvió su cálido brazo en mi cintura y me acercó; su rostro estaba salpicado de un poco de barba —que potenciaba al máximo su atractivo—, y susurró suavemente a mi oído:

—Querida, esta noche, he pagado para poseerte en todos los sentidos, y en lo que único que debes pensar en estos momentos, es en las increíbles y placenteras horas que nos esperan por delante.

Mi boca se secó de anticipación; el olor de mi deseo pronto inundó mi sentido del olfato y cuando él se alejó lo suficiente para que yo pudiera levantar mi mirada, supe por la insinuante sonrisa en su rostro que él también podía percibirlo con facilidad.

Me sentía tan avergonzada que intenté bajar la mirada, pero él rápidamente sostuvo mi barbilla, evitando así mi cometido, mientras acercaba su cuerpo más al mío. Aunque sus grandes y fuertes manos eran toscas, su tacto era suave y cuidadoso.

Suspiré audiblemente cuando sentí contra mi estómago el enorme bulto en sus pantalones; espero de corazón que no fuera solo mi privilegiada imaginación y que la tuviera grande, pesada y gruesa. Porque sería una terrible decepción si la tuviera pequeña.

Estuve una vez con un cliente que media casi igual que él y su musculatura casi era rival, pero que decepción fue ver que todo lo de él era simplemente apariencia y dinero. Su polla era tan pequeña, que fue mi primer cliente con el que tuve que fingir mi orgasmo. Y admito que fueron los cinco minutos más largos de toda mi vida.

Así de penoso y horrible fue. Por lo que cada vez que él regresa, yo finjo que estoy con el periodo. Su caballerosidad casi hace que me duelan los dientes y me pese la consciencia, pero no lo suficiente como para convencer a mi cuerpo de soportar esa agonía otra vez.

—No puedo prometerte ser cuidadoso, porque he tenido un horrible y largo día, por lo que tengo mucha ira contenida dentro mí y solo quiero infligir dolor. Pero, si puedo jurar, que vas a disfrutar muchísimo de cada segundo en que tu cuerpo esté bajo mi control. —Su sonrisa se hizo malvada—. Prometo que, si me dejas a mi la tarea de darte placer y apagas esté cerebritito tuyo—le dio un pequeño golpecito a mi cabeza—, te juro que mañana tu cuerpo dolerá de una manera que vas a revivir cada segundo de lo que suceda en esta habitación. Y te encantará.

Asentí perdida y alucinada en su mirada, mientras tragaba la bola de emoción en mi garganta. Jamás tendría otra oportunidad; él era lo que cualquier mujer desearía tener en su cama al llegar la noche, y yo no era ninguna ingenua para rechazar semejante oportunidad.

—Ahora, has lo que te pedí y abre tus bonitas piernas porque estoy a punto de sacudir tu universo entero y de que olvides hasta tu maldito nombre.

Solo pude suspirar mientras caía hacia atrás al mullido colchón. Cerré los ojos y empecé a tratar de tranquilizarme. Esta era mi oportunidad de disfrutar todo y atesorarlo por siempre mi cabeza.

Sería mi secreto sucio jamás contado.

Solo yo, sabría lo que sucedió está noche. Mañana, él olvidaría todo lo relacionado con nuestra ilícita unión y seguiría lidiando con el infierno en que se había convertido su vida. Yo también pasé por lo desastroso que es un divorcio y sobreviví.

No sé en qué momento las parejas se dejan de amar, pero mis padres me enseñaron una dura lección: «Amar, solo le daba el poder a otra persona de lastimar profundamente tu alma y causar un daño irreparable».

Y sinceramente, yo no deseaba jamás otorgarle ese poder a nadie. No quería experimentar tal miseria.

Hice a un lado mis profundas divagaciones y apagué mi terco cerebro. Mi cuerpo entero tembló inmediatamente imaginando el placer descomunal que iba a experimentar y que estaba a la distancia de un suspiro.

Mi corazón se aceleró violentamente cuando sus grandes manos colocaron mis piernas en la posición que él quería. Abrí los ojos a tiempo para verlo sostenido sobre mí. Sus fuerte brazos estaban colocados a los lados de mi cabeza y él me estaba observando detenidamente. Mi alma se estremeció cuando vislumbré las lágrimas que hacían su lento y silencioso camino por su hermoso rostro; sin poder evitarlo, mi corazón se contrajo de pena.

—Ni siquiera quiero saber tu edad, porque estoy seguro de que te la

duplico.

Fue algo en su tono de voz, que hizo que mis instintos se apretaran y anunciaran problemas: era probable que él quizá quisiera arrepentirse.

Tenía que recordar que el dinero era el objetivo principal. Me armé de valor y espanté mis dudas. Suavemente rodee su cuello e hice un poco de presión para que bajara su rostro hacia el mío.

Me aclaré la garganta —traté de usar mi usual tono ronco y lleno de deseo, pero no fue necesario, ya que este salió sin problema—, me sentía a punto de estallar si este hombre no ponía su boca sobre la mía.

—Esta noche, no quiero rosas ni velas... —Algo brilló en las profundidades de sus ojos azules que envió un rayo poderoso entre mis piernas—. Esta noche, quiero al hombre violento e iracundo que pagó por poseer mi cuerpo y hacerme olvidar mi maldito nombre.

No se necesitó más persuasión para entrar en acción. Su cálida boca se estrelló contra mis labios resecos. Gemí contra la succión deliciosa que ejercía sobre mi labio inferior. Mis manos se apretaron contra su cuello por la deliciosa tortura que su lengua aplicó sin compasión sobre la mía. Fue un frenesí diferente y ansiado el que experimenté mientras le abría la puerta a un hombre que era capaz de acabar conmigo con el simple chasquido de sus dedos.

Pero nada de eso me importó.

Y solo puedo decir, que la vida después de aquella noche jamás se sintió igual.

Quien podría imaginarse que aquella noche donde gocé de un sexo sucio y rudo como nunca, solo estaba sellando sobre nuestras cabezas un futuro desastroso, y que traería muchas lágrimas a mis ojos y millón de pesares a mi alma.

Como podía imaginar mientras mi cuerpo ardía ferozmente, que esta decisión, pondría mi mundo de cabeza, convirtiendo mi norte en el sur y transformando lo que al principio se sentía como el cielo, en el mismo infierno.

Y que estas mismas manos, que ahora lo acariciaban con tanta pasión, serían las mismas que le provocarían el mayor de los males.

Un mal que tendría que pagar con mi libertad.

IV: ALBORADA

Sus manos rápidamente deshicieron el corset y mis senos saltaron libres. Me sentía vertiginosa mientras sus manos recorrían mis piernas y liberaban uno a uno los pequeños broches que sujetaban mis medias negras; un pesado suspiro abandonó su garganta cuando mi tanga quedó libre y a su antojo.

Con una delicadeza que dolía, suavemente se acomodó entre mis piernas. No podía pensar en nada más mientras su boca envuelta en llamas descendió lentamente hasta mi pequeño pezón rosado y lo cubrió rápidamente. Su fuerte succión hizo estremecer mi cuerpo entero, mientras las profundidades de mi núcleo empezaban a rogar por su polla.

—Por favor... —gemí incontrolablemente. Me sentía loca de deseo por tener su polla llenando mi coño.

Su otra mano se encargó de escarbar entre nosotros, podía sentir que su bóxer bajaba por sus fornidas piernas. La succión de su boca se volvió exigente cuando al fin logró estar completamente desnudo sobre mí. Abrí ampliamente mis piernas, con la intención de que sus caderas buscaran una posición agradable y así poder disfrutar de la delicia que sabía me esperaba anhelante. Cuando sentí la enorme cabeza de su polla rozar mi resbaladiza entrada, mi cerebro se puso en acción.

—Condón —exigí sin pensarlo; porque a pesar de ser presa del deseo no quería terminar con una ETS.

Él soltó mi pezón y sin desearlo emití un suspiro de protesta. Lo sentí sonreír mientras acariciaba con su boca mi otro pezón.

—No sé si has escuchado las noticias, pero de igual te lo confirmo; soy estéril, cariño.

Aunque tenía una sonrisa dibujada en los labios, podía ver el dolor brillar alto y prepotente en las profundidades de sus piscinas azules.

—Por lo que no debes preocuparte por un embarazo no planificado, o alguna enfermedad de transmisión sexual. Hace mucho tiempo que solo hemos

sido mi mano y yo, y hace poco me realicé unos exámenes intensivos cuando se comprobó la infidelidad de mi exmujer. —Suspiró borrando en su totalidad su sonrisa, pero su mirada no abandonó la mía—. Puedes creerme cariño, estoy completamente limpio. Así como sé, que tú también lo estas.

Puedo culpar libremente a ese tono barítono de su voz, lo que me llevo a confiar en su estúpida palabra. Y antes de tan siquiera darle mi aprobación, el dolor sordo de su enorme polla abriéndose camino dentro de mí me tomó desprevenida.

Sin perder tiempo ágilmente rodeo mi pezón con su boca y comenzó a chuparlo violentamente; esa fue una maravillosa distracción si me lo preguntas. Ser poseída por él, fue algo que jamás había experimentado.

Los pocos clientes con los que había tenido un encuentro sexual eran normales, en el sentido que succionaban de manera tranquila.

Claro está, que algunos tenían mucha práctica y hacían algunas cosas curiosas con ellos que me tenían gimiendo y pidiendo más. Pero ninguno jamás se apoderó de ellos y los chupó como si los quisiera arrancar y devorarlos en un segundo.

Y disfruté a lo grande de la sensación de dolor mientras sus caderas martillaban una y otra vez dentro de mi resbaladizo núcleo. Con su mano libre colocó contra su pecho una de mis piernas, lo que solo le dio mayor acceso a un ángulo diferente y que hizo que soltara un grito y suplicara:

—¡Ahh!... ¡dios!... más, por favor...

Pedí sin poderlo evitar, el sonido de nuestros cuerpos chocando juntos inundó mis oídos; me sentía tan poseída. Tan diferente; tan caliente.

«Poderosa.»

—Adoro que tu coño desee tanto mi polla. —Soltó una pequeña risa—. Porque la espera ha valido la pena. Voy a inundar tu delicioso coño con mi semilla, que estoy seguro como jamás lo ha hecho ninguno otro hombre.

Solo gemí en respuesta; estaba tan embriagada por el deseo enfermizo de saber que estaba teniendo sexo con mi jefe real, que lo demás poco o nada importaba.

Culpaba al hecho que lo estaba haciendo sin condón, por lo que la sensación se sentía majestuosa y de otro mundo. Ya hasta había olvidado lo delicioso que se sentía hacerlo sin aquella efectiva barrera.

Salió brevemente de mi interior y sin ceremonia me dio la vuelta sobre el colchón, su cuerpo cubrió el mío y su polla se volvió a deslizarse a mi caliente interior, que lloraba descontrolada por recibir su premio.

—Eres perfecta cariño. —gruñó contra la concha de mi oreja, mientras sus movimientos se hacían más enérgicos—. Moverme dentro de ti, es como deslizarme entre las gruesas paredes de un paraíso, y disfrutar cada segundo de esta puta tortura. —Sus manos se afianzaron en mi cadera—. Quiero bañar tu sedoso interior con mi semen y que tu ames cada maldito segundo de ello.

Sus embistes se volvieron violento y sabía que estaba cerca. Su ángulo cambio un poco cuando levanto mi trasero y golpeó mi punto feliz, su mano libre cubrió mi pezón y empezó una tortura que casi me lleva el borde, el clímax anhelado a la distancia de un empuje poderoso, pero fueron sus siguientes palabras lo que me llevaron de la mano por todo el camino hasta que exploté en miles de pedazos debajo de él:

—Tu puto coño es la maldita mejor cosa que voy a comer esta noche, mujer. Por malditas horas, ¿me escuchas? Voy a devorarlo por horas. y tú vas a amar cada puto segundo de ello.

Nuestro ascenso a las alturas fue duro e intenso y como lo prometió, esa noche fue la mejor de todas.

Hice cosas que jamás había permitido que otro hombre me hiciera y yo practiqué descaradamente posiciones que solo reinaban en mis más sucios y recónditos pensamientos.

Que la verdad sea dicha: Había disfrutado como nunca.

Y pensar que en ese momento la idea de que estaba en el paraíso me arrulló hasta llevarme a un lugar donde el dolor y el deseo se mezclaron de manera perfecta regalándome una de las mejores noches de mi vida.

Pero que ilusa, estúpida y arrogante había sido. Esa noche solo le había abierto la puerta al maldito «Demonio de Wall Street» y mientras me regalaba una experiencia única e inolvidable, él ya había planeado en su perversa cabeza que jamás me dejaría escapar.

Yo era suya, aunque se había olvidado de decírmelo. Quizá el plan era que jamás yo lo averiguara.

Pero, al parecer, no fui la única que olvidó hacer la tarea aquella noche.

V: SIN SABOR, OLOR O GUSTO

SIETE MESES DESPUÉS.

Me sentía como la mierda. Y no, no estaba bromeando.
—¿Estás segura de que no estas embarazada? —inquirió Úrsula, mi compañera de trabajo y única amiga de todo el departamento.

Hace poco menos de un mes que había empezado con malestares estomacales y el mero olor a marisco me llevaba a un frenesí de náuseas y vómitos. Me dejé caer en mi silla negra mientras me cubría los ojos con mi antebrazo.

—Imposible. —aseguré—. Mi novio es estéril.

Hace poco más de cinco meses que Damien, mejor conocido como «El Demonio de Wall Street» quien en la vida real era mi jefe —aunque él aun ignoraba eso—, me había dado ese título.

Era su «novia oculta» por llamarlo mejor, dado que ni siquiera me había preguntado mi nombre real o edad. Aún seguía siendo «Afrodita» para él, la puta que conoció el peor día de su vida y, que sin su consentimiento sacó de aquel Club nocturno llamado el «Jardín del Edén».

Por favor, siéntate y ponte cómoda que te cuento con detalle que pasó aquel horrible día, donde me quedé sin empleo.

Dos meses después de nuestra primera noche juntos, el perverso de mi «jefe falso» me llamó a su oficina.

—Siento tener que hacer esto. —La sonrisa satisfecha y feliz en su rostro me decía todo lo contrario—. Pero, tu querido «novio», ha solicitado que te despida. —Su sonrisa se hizo más grande—. *Ipsa Facto*, para ser más específico.

—¿Qu-qué? —acerté a preguntar mientras trataba de tranquilizar mi corazón.

¡Esto tenía que ser un error!

Quizá estaba en una maldita pesadilla y en cualquier momento me iba a despertar.

—Le he asegurado que, de igual, él ha sido el único cliente que ha pagado por tus servicios en estos dos meses. —Hizo una pausa mientras me evaluaba con su afilada mirada— Porque... si estás consciente de que él ha sido tu único cliente por más de sesenta días. Y, que, gracias a él, tanto tú como yo, contamos con mucho más dinero que hasta hace dos meses atrás, ¿verdad?

Enarcó una ceja en mi dirección porque no respondí inmediatamente. En mi aturdida cabeza, yo aun trataba de procesar que me habían despedido. Despedida por culpa de un hombre, con el que llevaba sesenta días acostándome y, que creí ingenuamente, que estaba satisfecho con mis pequeños servicios. No podía empezar ni a imaginarme los motivos tras su despiadado deseo de verme en la calle.

—Escucha, esto no es personal. —¡Sí, claro! Quería reírme en su cara—. Pero, es bueno saber que retribuíste de manera satisfactoria a la pérdida cuantiosa de hace seis meses, cuando golpeaste a mi cliente y a su acompañante...

—¡Podrías olvidar eso ya! —grité, sintiéndome al borde de un colapso.

Se encogió de hombro mientras encendía uno de sus caros habanos. Me levanté de su cara silla antes de que se le ocurra volver a lanzarme ese asqueroso humo a la cara.

—No puedo decir que ha sido un placer trabajar contigo...

—Pero, es que no puedes solo despedirme —atajé su no tan sincero discurso, sin darle tiempo a replicar—, necesito este trabajo. Te comenté mis problemas. Mi hermano solo me tiene a mí...

—Como te dije, no me interesan tus putos problemas. —Algo llamó la atención en unos de los monitores sobre su amplio escritorio—. Y bueno, parece que nuestro maravilloso tiempo se ha terminado, ya que el susodicho «novio», que debo admitir que no envidio —Le di una mirada en blanco a su obvio sarcasmo—, ha llegado a recoger a su flamante novia.

—¡No soy su maldita novia! —Me crucé de brazos—. Somos malditamente nada. Que eso te quede absolutamente claro —afirmé rotundamente.

Mi exjefe solo sonrió de lado mientras que con su mano derecha presionó el botón para llamar a Mathew. Un segundo después la puerta se abrió y en lugar del jefe de seguridad que esperaba ver, quien me regresaba la mirada y vistiendo su elegante traje hecho a medida mientras lucía endiabladamente delicioso—, estaba en vivo y en directo el que se autodenominaba mi «novio.» Me estremecí por la ira que consumía mi alma; el maldito «Demonio de Wall Street» llenaba todo el espacio de la maldita puerta. Sin decir una palabra en la dirección de alguno de estos dos bastardos caminé hacia la puerta.

—Cariño... —empezó a decir con voz aterciopelada el que me había jodido sin pensarlo.

Solo deseaba poder sacarle los ojos con mis tacones de dieciocho centímetros; si sabía lo que era mejor para él se mantendría lo suficientemente lejos de mí y de mi despiadada ira.

—Vete a la mierda —siseé en su dirección cuando trató de sostenerme por el brazo cuando pasé a su lado. Tenía que ir a mi pequeño vestuario para recoger mis pocas pertenencias. Bien podría irse a la mierda mi horóscopo por decirme esta misma mañana que hoy sería mi día de suerte.

—Mujeres. —Escuché que dijo con condescendencia el malnacido de mi exjefe.

Esa noche, abandoné el edificio en cuyo interior protegía el «Jardín del Edén», lugar donde mi vida se llenó de placer, dolor, amor y muchas desgracias. Desgracias que, hasta el día de hoy, puedo decir que todo fue a consecuencia de una maldita alineación de los planetas y los astros.

Ellos definitivamente me odiaban; y mucho.

VI: EMERGENCIAS

Mi casi mejor amiga insistía en algo que bien podría ser considerado por algunos como un milagro, pero, para otras personas como yo, solo era una maldición. El infierno no permita que esta pobre infeliz, termine con el premio mayor, si ustedes entienden a lo que me refiero.

—Solo digo. —Úrsula se encogió de hombros mientras se sentaba en su pequeño escritorio junto al mío—. Recuerdo haberme sentido igual cuando estaba embarazada de Max. —De su bolso sacó un paquetito de galletas de sal y me ofreció una. Negué inmediatamente; solo de pensar en comer esa galleta, las náuseas regresaron con fuerza.

Estaba segura de que, si seguía vomitando de la manera en que lo he estado haciendo, pronto se me iba a salir el estómago por la boca.

—Sé que quizá te parezca loco. Pero, he odio de mujeres que quedan embarazadas de sus parejas supuestamente «infértiles». Tal vez, si te haces la prueba, puede ser...

—Puede ser, que gaste sin motivo alguno, quince dólares en una prueba de embarazo, cuando lo que posiblemente tenga es gastritis por no comer a la hora adecuada —refuté, sintiéndome como la mierda.

Ella asintió. Conocía perfectamente sobre mis problemas financieros, a consecuencia de lo cara que era la clínica donde mi hermano estaba.

Si bien era cierto, en los sesenta días, donde mi actual novio pagó la misma cantidad por cada noche que compartimos juntos, tuve para pagar casi dos años de la estancia de mi hermano en aquel lugar. Pero, eso no quería decir que ya pudiera dejar de preocuparme.

Dos años bien podrían irse en un abrir y cerrar de ojos, por lo que tenía que trabajar desde ahora para reunir el dinero para otro par de años. Mi relación con Damien estaba basada principalmente en el sexo, que en cualquier otra cosa. Y no era secreto que este tipo de relaciones duraban lo que dura un suspiro.

Y para ser sincera, no lo veía en mi futuro; y para mi sorpresa, estaba

bien con ello. No vivía en una burbuja imaginando que tendríamos un espectacular futuro, donde él y yo cabalgábamos hacia la puesta del sol y vivíamos un «felices para siempre».

No me malentendas, me encantaba cabalgarlo —entre otras cosas—, pero hasta ahí llegaban mis aspiraciones.

Mi teléfono celular sonó sobre mi escritorio: gemí en mi interior. No debía tener una bola de cristal para saber que era mi poderoso «novio estéril» llamando para saber cómo seguía con mi malestar.

—Eres muy afortunada. —Suspiró pesadamente mi compañera mirando mi celular con añoranza—. Mi esposo hace tiempo que ha olvidado de que existen los teléfonos y que sería bonito que me escriba solo para saber como estoy, en lugar, de solo escribirme, para preguntarme si ya está lista la cena, para poder ir a la casa.

Hice una mueca mientras me apoyaba en mi escritorio y murmuraba un saludo:

—Si llamas para saber cómo estoy, te ahorro tiempo y anuncio oficialmente que sigo igual que hace veinte minutos cuando me llamaste por última vez.

Su risa me revolvió el estómago: me encantaría que él también se enfermará para ver si se reiría igual.

—Cariño, solo estoy preocupado. —Su voz ronca y seductora, erizó mi piel y alborotó mis hormonas.

No contesté, porque en ese instante, el olor a salchicha asada se filtró desde la sala de descanso —que se encontraba frente a nuestra pequeña oficina—, provocando que mi estomago se revuelva bruscamente.

Solté sin contemplaciones el celular, mientras me agachaba hacia el cubo a lado de mi escritorio y expulsaba lo último que quedaba de mi dignidad.

¿Quién en su sano juicio podría venir a comer salchicha a la oficina? El maldito quería matarme.

Maldita gripe estomacal, si no se iba pronto iba a acabar conmigo.

Cuando el episodio desagradable pasó, me volví a acomodar en mi silla. Gracias a dios, que nuestra pequeña oficina estaba casi desértica, porque si no, pronto mis violentos ataques de vómito iban a levantar sospechas y murmullos. Y lo murmullos o rumores jamás eran buenos para una empleada de mi edad.

Con la mirada busqué donde había caído mi teléfono celular.

—Creo que deberías hacerte esa prueba, solo por si a las dudas— aconsejó mi amiga y me pasó un par de servilletas blancas; su ceño estaba fruncido por la preocupación.

Suspiré de alivio cuando vislumbré mi celular por la pata de la silla de Úrsula; la pantalla estaba negra, lo que solo podía significar que mi novio había colgado la llamada, o bien, que el aparato ese se había averiado: solo con mi suerte sería lo último.

—Vale, te voy a seguir el jueguito solo, para que dejes así tranquilo el temita de la prueba de embarazo.

La rubia me sonrió abiertamente mientras volvía a ofrecerme una galleta de sal; negué sintiendo mi estómago revelarse otra vez. Hice una mueca mientras ella sonreía enigmáticamente mirando el paquetito de galletitas y decía:

—Créeme, si mis especulaciones son ciertas y llegases a estar embarazada, como de hecho, creo fervientemente que lo estás, estas de aquí — me ofreció otra vez el pequeño paquetito—, se convertirán en tus mejores amigas. Te lo juro. ¡Estas cosas son mágicas!

Empecé a cuestionar seriamente su argumento. Era posible que yo, a mis diecinueve años podría estar...

La piel se me erizó con el solo pensamiento de que algo así sucediera, pero me tranquilicé pensando en el padre de mi bebé.

Bufé sintiendo ridícula, por supuesto que no estaba embarazada. Y cuando me hiciera la condenada prueba, iba a venir adonde Úrsula, a restregársela en la cara, mientras que, quizá seguiría vomitando mis tripas hasta llegar a mi cita con el doctor al final de esta desesperante semana. Estaba segura de que lo que tenía era un caso complicado de gastritis con gripe estomacal. ¡Sí, eso era! No había nada de qué preocuparse. Solo, que como siempre, estaba equivocada, porque si había mucho de qué preocuparse.

La vida a veces era una perra con quien menos se lo merecía, como por ejemplo... yo.

Y vaya sorpresita que me tenía preparada.

VII: PLACERES

Llegué al ático de mi «novio» e introduje el código de acceso para poder entrar, mientras hacía malabares con mi enorme bolso donde guardaba las mudas de ropa limpia para esta semana y las provisiones que había comprado en el supermercado de camino aquí. Donde vomité varias veces dentro de una bolsa de papel en mi cesta de compras —para total horror y martirio de los empleados que me miraban con repulsión pensando en los miles de maneras que tendrían que limpiar mi desastre al final del día, mientras planeaban e imaginaban mi despiadado asesinato.

Aunque, supuestamente era su «novia», y podía entrar a mi antojo a su casa, yo aun no había aceptado su proposición de mudarme a vivir con él. Cosa que era absurda, considerando que pasaba todo el tiempo aquí.

Mientras caminaba hacia el interior del enorme lugar me asaltó el olor a sopa de pollo, y sin importarme nada, solté todo lo que tenía en las manos y corrí como alma que lleva el diablo hacia el gran baño de visitas que estaba junto a la enorme cocina de donde provenía el fuerte olor.

¡Mierda!

Con la cabeza metida en el excusado y con la luz apagada —que ayudaba a ocultar el desastre en que se había convertido mi vida por culpa de esta gripe—, dejé salir toda mi miseria, y las únicas testigos eran las espesas y cálidas lágrimas que corrían por mis mejillas; al terminar sentía mi garganta seca y rasposa.

Me sobresalté cuando sentí las grandes manos de Damien sostener y levantar suavemente mi cabello.

—Hola, muñeca —susurró cariñosamente en mi oído.

Yo me estremecí cuando hasta a mi nariz flotó el cálido aroma de su colonia cara; mi garganta hizo una arcada, pero ya no salió nada.

¡Maldición!

Hasta lo que más me gustaba de mi «Highlander» personal, la condenada enfermedad quería llevárselo.

—Ven aquí, cariño. Déjame cuidar de ti. —Sus fuertes brazos me ayudaron a levantar y guiarme lentamente hasta el pulcro lavabo.

Abrió inmediatamente la llave y suspiré de alivio cuando suavemente pasó sobre mi rostro empapado de sudor, una toalla húmeda y fría.

—Gracias —musité mientras me apoyaba contra su fuerte pecho y dejaba descansar mi cabeza.

—No hay de qué, cariño. —Pude sentir su sonrisa—. Esta noche, el doctor Damien va a cuidar de su pequeña novia. —Su pecho vibró con su profunda voz.

—Pero, y la cena...

—Shhh...nada de cena.

Sus cálidas manos acariciaron mi cintura. Mmm...eso se sentía muy bien; demasiado bien.

—Preparé consumé de pollo, porque leí en internet que eso es recomendable cuando se tiene una gripe estomacal. Además, compré varios analgésicos en caso de que te doliera la cabeza.

Mi cuerpo se derritió por su atento cuidado. Lo sentí moverse un poco y segundos después escuché como presionaba el pequeño botón sobre el excusado para desaparecer los asquerosos restos depositados en aquel lugar. Estaba segura de que esta atención desinteresada era lo que más iba a extrañar de nuestra relación una vez que las cosas terminaran entre nosotros.

No les iba a mentir, estaba un poquito enamorada de él. Pero todos los días recordaba que esto no era permanente, solo era temporal hasta que él se cansara de lidiar con una desconocida; por algo ha mantenido alejada nuestra relación de mi verdadera identidad, susurró una lejana voz en mi cabeza.

Acercó un pequeño vaso con agua hacia mi boca, bebí un poco para poder enjuagar mi boca y quitar el nauseabundo sabor a bilis.

¡Jodido vómito! «No veía la hora en que desaparecieras de mi vida».

Giré un poco la cabeza y admiré al hombre frente a mí. Se veía hermoso a la escasa luz que entraba por la puerta abierta; sus penetrantes ojos azules siempre brillaban de una manera peculiar cuando nuestras miradas se cruzaban, y estaba segura, de que los míos hacían la misma cosa.

Sonreí cuando su lengua salió un poco y humedeció su labio inferior mientras su mirada caía en mi escote: mi interior se apretó recordando las cosas maravillosas que podía hacer con esa lengua.

¡Bendito sea!

Sentí mi piel hormiguear de anticipación. Deseaba con locura que me

follara sobre este lavabo; no es como si antes no lo hubiera hecho. Creo que hemos tenido sexo sobre cada superficie de este ático, que ya solo era cuestión de tiempo —en caso de que existiera un lugar donde no lo hayamos hecho ya—, que pronto hiciéramos una nueva marca.

Con desenfreno y sin cortes posó su carnosa boca sobre la mía haciendo que un tembloroso gemido reverberara en mi garganta. Mierda, mi cuerpo se sentía a punto de explotar. Definitivamente, estar enferma le hacía cosas extrañas a mi cuerpo.

Sus manos rápidamente sujetaron mi cintura y yo rodeé su cuello con mis brazos para ayudarlo en su trabajo de levantarme y sentarme sobre el lavabo, ágilmente empezó a deshacer los pequeños botones de mi vestido rojo; a él le encantaba follarme desnuda. Aunque, algunas veces, el deseo era tal —como en este momento—, que él sencillamente se enloquecía e ignoraba la ropa y me poseía como un animal salvaje.

Mi cuerpo, quizá por ahora aborrecía la comida, pero el sexo era otra historia. Mi sangre bullía con deseo de tenerlo dentro de mí. En estos dos últimos meses, mi sed por su cuerpo había aumentado drásticamente. Las noches enteras me la pasaba encima de él cabalgándolo por horas hasta que mis extremidades quedaban laxas sobre el colchón.

No es como que él se quejara; todo lo contrario. Gracias a esta calentura recién descubierta por mi parte, había notado con satisfacción que la resistencia de mi novio era titánica; y mi cuerpo ansiaba toneladas de eso. Quería su fuerza y violencia mientras me follaba duro por las noches y en todas las posiciones que se nos ocurrían.

Además, tenía este loco deseo de chupar vigorosamente su polla, mientras lo escuchaba gemir mi nombre. Me encantaba el sabor salado de su esencia en mi garganta, y cosa más rara era, que eso ni siquiera me provocaba náuseas. Todo el asunto era el maldito olor a la comida y sus derivados.

Perdí el hilo de mis pensamientos cuando su caliente boca tomó posesión de uno de mis sensibles pezones. Gemí cuando su succión adquirió la fuerza que tanto ansiaba y empezó a turnarse para chuparlos a ambos y darles las mismas atenciones. Mis pezones se habían vuelto muy sensibles, lo que fue bien recibido por mi parte, ya que eso solo aumentaba las sensaciones que experimentaba cuando él obraba su poder sobre ellos.

Adoraba con locura como podía hacer magia con mi cuerpo.

—¡Más...! ¡Más, por favor! ... Damien...—pedí en un ronco gemido.

La mano que sostenía mi seno derecho hizo una presión en su base que

envió una corriente eléctrica a mi núcleo.

¡Santo dios!

—Quiero tu polla dentro de mí. ¡Ahora! —ordené, poseída por el calor desmedido de su asalto a mis pezones.

En un fluido movimiento liberó su polla de sus caros pantalones negros; rápidamente metí mi mano bajo mi falda y le abrí camino quitando la tanga que cubría mi coño. La tela estaba húmeda y sonreí a sabiendas: esto le encantaría.

El poder que experimentaba saber que me tenía chorreando por su polla lo volvía loco de deseo. Y eso solo traía como consecuencia penetraciones más violentas y duras. Mejor para mí y este deseo enfermo de sentir mi cuerpo doliendo de maneras inimaginables.

—Estoy tan húmeda... —mi voz murió en un ronco gemido cuando sin premeditación se hundió en mi interior hasta la empuñadura.

Sentía su polla más grande y gruesa. Mis paredes empezaron a ordeñarlo y gimió descontroladamente soltando bruscamente el pezón que chupaba violentamente.

—¡Mujer...! —Se retiró un poco—. Abre lo malditos ojos y mira al hombre que te esta follando y el cual te tiene empapada por el deseo que sientes de tener su polla en tu interior.

Obedecí; abrí mis ojos y lo que vi, llenó mi cuerpo de renovado espíritu y le di una sonrisa genuina: frente a mi estaba un hombre poderoso enloquecido por mi cuerpo.

—Solo tú, Damien...solo tú...

Todo pensamiento coherente dentro de mi cabeza se extinguió de golpe cuando se estrelló violentamente en mi coño. Sin perder tiempo, atrajo hacia él mi cintura y empezó a martillar como sí su vida dependiera de ello; sus enormes manos se fundieron con mi piel. Me sentía al borde de perder la consciencia. Todo se sentía más intenso y poderoso mientras su espesa barba arañaba la piel sensible de mi cuello.

Mis entrañas se apretaron cuando su asalto volvió a mi tierno pezón y la luz de un orgasmo maravilloso brillaba cada vez más cerca; cerré mis ojos para saborear el momento; esto era todo.

Esta era la violencia descomunal y tórrida la que me que tenía volviendo una y otra a sus brazos. Mi coño se apretó cuando el clímax irrumpió de manera arrolladora todo mi interior.

¡Mierda!

Sus penetraciones se volvieron erráticas mientras buscaba su propia

liberación. Soltó mi pezón y los temblores siguieron por la intensidad de su ritmo. Jamás me cansaría de experimentar el terrible desenfreno que hacía que ambos nos perdiéramos en las profundidades de nuestros letales encuentros sexuales.

—¡Jodeer...! ¡Mierda! ... —gruñó, roncamente, mientras se corría en mi interior.

Podía sentir su polla estremecerse mientras liberaba chorros calientes de su deliciosa esencia dentro de mis paredes. Suspiré feliz; mis extremidades se sentían flojas mientras el vaivén de sus caderas empezaba a disminuir.

¡Esto es la gloria! pensé mientras abría los ojos. Su cabeza cayó en el hueco de mi hombro cuando sus caderas se detuvieron por completo; su torneado pecho subía y bajaba con esfuerzo y su respiración salía a trompicones.

—¿Sigues vivo, novio mío? —bromeé.

—Sigo vivo, novia mía —exhaló.

Levantó su cabeza y sus hermosos ojos azules encontraron mi mirada. Sus apetitosos labios se curvaron en aquella y sensual sonrisa de medio lado que tanto adoraba y sin decir una palabra me recogió entre sus brazos y aun con su polla dentro de mí nos sacó del cuarto de baño.

Dejé escapar una carcajada: ¡vaya suerte que tenía!

Solo que, con Damien, jamás se trataba de solo suerte.

Me aferré a su cuello y suspiré sintiéndome adormilada. Esa era otra de las desdichas de esta gripe estomacal; a veces, me sentía como a mil kilómetros por horas y había otros días, donde sentía que a hasta pensar me costaba un serio trabajo.

Deseaba que pronto llegara el viernes para saber que diablos andaba mal con mi estómago y en general, saber que tenía que hacer para mejorar. No quería estar más tiempo enferma. Cuando llegamos a su habitación suavemente me recostó sobre la cama. Mis muslos dolían y estaban empapados por la unión de nuestra liberación; se alejó un poco para observarme mejor.

—¿Cómo te sientes?

—He tenido días mejores.

Empezó a desabotonarme lentamente los pocos botones que tenía el vestido arrugado, lo retiró de mi cuerpo y lo arrojó sobre el piso de madera oscura. Suspiré audiblemente cuando sus manos se detuvieron en mi cadera y empezaron a arrastrar hacia abajo mi tanga de encaje negro.

—Amo mi olor en ti.

Me limité a sonreír mientras veía su imponente cuerpo tratar el mío con delicadeza. Cuando el pequeño pedazo de encaje salió de mis piernas, se lo llevó a la nariz y aspiró lentamente; mi núcleo se contrajo inmediatamente. El deseo volviendo a renacer con fuerza mientras lo veía inhalar mi esencia desde las finas fibras como si se tratara de su droga favorita.

—Quiero chupar ese coño y sentir tu deliciosa crema en mi garganta toda la noche... —gimió mientras dejaba caer el encaje en el piso, su polla se irguió victoriosa y hambrienta entre nosotros.

Abrí mis piernas como invitación silenciosa a que cumpla con su deseo. Sin esperar más, se posicionó entre ellas y empezó a besarme el interior de mi muslo derecho. Me sentía lista para explotar mientras veía merodear su sensual boca con dirección a mi coño. Cuando su lengua hizo el primer contacto con mi clítoris, mi centro se apretó tanto que envió un cálida oleada de placer por todos mis nervios.

¡Oh, sí! Esto era el maldito paraíso.

VIII: MALDITO METRO

En este maldito instante estaba segura de que mis ojos me traicionaban.
—Te lo dije —cantó victoriosa Úrsula, mientras caminaba alrededor de mi silla blandiendo un pañuelo como si estuviera espantando moscas.

Yo aún seguía completamente con la boca abierta.

—Ya decía yo, que esos vómitos... —Chasqueó su boca—, y tú que creías que era «gripe estomacal.»

Soltó una risa maléfica; levanté mi mirada de la prueba de embarazo sobre mi escritorio.

—Pero es que es... —Tragué saliva—, es sencillamente imposible. Él es estéril.

—Pues entonces te ha mentado —determinó mi compañera.

Negué con la cabeza. Si se tratara de cualquier otro hombre podría creer que era así, pero en este caso, su problema de fertilidad salió en todos los tabloides del país.

Por casi dos meses fue la comidilla del mundo entero, mientras que él iba al club a devorarme cada noche con el propósito de olvidar el mundo que hoy lo juzgaba y compadecía.

—Tiene que ser un error —conjeturé.

Sí, efectivamente. Estas cosas por lo general no eran 100% seguras. Debía mantener la calma, no había motivos reales *aún* por el cual desear tirarse del puente *Golden Gate*. El viernes a primera hora iría a mi cita como cualquier mujer joven normal y exigiría realizarme una prueba de sangre o iba a quemar todo el puto lugar.

¡Todo iba a estar bien!

Lo sentía en mi corazón; todo era un maldito error.

—Escucha, guapa...

Levanté mi mirada y me concentré en los ojos negros de mi amiga que se veía absolutamente emocionada con la noticia. Algo malo debía pasar

conmigo, porque yo sentía un nudo en la garganta e intensas ganas de llorar con la idea de un bebé. Era un monstruo; eso podría explicar mi raro comportamiento.

—Primero: no entres en pánico —ordenó—. Si él maldito imbécil te sale con que no quiere hacerse cargo del niño, tú tranquila, las leyes de este maldito país están de nuestro lado. —Le dio un fuerte apretón a mi temblorosa mano—. Siempre puedes solicitar una prueba de ADN, en caso de que quiera librarse de responsabilidades.

—Pero... —Me aclaré la garganta—, es que él...

—Basta de pensar en él —amonestó—. Es hora de pensar en ti y en ese hermoso bebé que llevas dentro de ti. Aquí —dijo con firmeza apuntando su dedo índice hacia mi pecho—, ahora lo más importante eres tú y el bienestar de tu hermoso hijo o hija. —Suspiró mientras me acercaba a un reconfortante abrazo—. Un día, cuando mires hacia atrás, vas a ver este día como el más feliz de tu vida. —Traté de sonreír, pero en su lugar, apareció una fea mueca.

—Gracias —musité.

Úrsula me dio un último abrazo y procedió a dedicarse a atender sus responsabilidades. Ella era nuestra supervisora después de todo. No podía quedarse todo el día lidiando con mi supuesto embarazo o mis dramas de esterilidad.

Cerré los ojos y respiré profundamente: «Todo iba a estar bien». Existía la enorme posibilidad de que esto solo sea un susto.

Por si a las dudas, tomé mi celular y abrí mi *sensei*; es decir, el maravilloso y todo poderoso *Google*. Tecleé rápidamente en su barra de búsqueda «síntomas de embarazo» y los resultados aparecieron inmediatamente.

¡Mierda!

Di clic en el primer resultado que arrojó mi sabio maestro eterno y mi frente se llenó de sudor.

Vómitos; náuseas; sensibilidad en los senos. Casi dejo caer el celular al piso cuando leí el apartado inferior del extenso artículo.

«Algunas mujeres pueden sentirse mucho más excitada de lo que normalmente estarían. Por lo que se considera absolutamente normal que, en las primeras semanas de embarazo, la libido aumente y se disfrute con mayor intensidad las relaciones sexuales.»

Cabe indicar que ese aumento exponencial del deseo sexual se debe principalmente por los nuevos cambios que está sufriendo su cuerpo a

consecuencia de la nueva vida que lleva en su interior, recomendamos...»
¡Oh, mierda!

IX: OCURRENCIAS EN UN VIERNES NEGRO

Hoy las náuseas y el vómito cesaron un poco. Mi victoria fue que solo vomité una vez en el metro. Este día en particular era cuando me cuestionaba duramente sobre mi relación con este hombre millonario, y durante mi largo camino podía ver y entender con fascinación como yo hacía armonía con todo mi entorno; era como si pertenecía indudablemente *aquí* con toda esa gente común y corriente.

Traté de visualizarme en el gran y elegante ático de mi novio y yo sobresalía como una puta en una iglesia: me sentía tan fuera de lugar rodeada de toda esa opulencia.

La puerta estaba entreabierta así que claramente mi novio tenía visitas. Genial, tenía que poner buena cara y fingir que me agradaba los amigos estirados que lo rodeaban, mientras trataba de borrar en mi cara la confirmación sobre mi embarazo no planificado, el cuál había sido confirmado alegremente por el doctor de turno al revisar los resultados de la prueba de sangre que exigí amablemente que me realizaran.

Crucé los dedos, rezando para que no sea el imbécil de Richard Cameron, el hijo heredero de la firma más prestigiosa de abogados de la ciudad. El maldito era un completo idiota, arrogante, y sin escrúpulos que tristemente era el mejor amigo del padre de mi bebé.

Di unos cuantos pasos hacia el interior dudando si no era mejor idea regresar y esperar escondida en las escaleras de emergencia hasta que se largara el tipejo; no me sentía con ánimos para lidiar con su mierda.

Iba a cerrar la puerta, pero mi mano se detuvo a centímetros del pomo, cuando mis oídos registraron la amena conversación que se desarrollaba sin problema en la sala. Conversación que claramente me involucraba.

—Es bueno saber que la «caza fortuna» —Estaba completamente segura de que se refería a mí—, no tiene oportunidad de echarle el guante —dijo con

sorna el imbécil de Richard Cameron.

No entendía el motivo exactamente del por qué ese hombre me odiaba tanto, pero hizo obvio su desagrado hacia mi desde el minuto cero en que desgraciadamente nos presentaron hace cuatro meses atrás durante una cena de negocios donde acompañé a mi «novio».

—Ella está bien para pasar el rato. No te voy a mentir, *folla* de mil maravillas. Parece ser que le gusta duro y sucio, y yo adoro complacerla en ese sentido —explicó risueño mi novio/futuro padre de mi hijo.

¡Hijo de puta!

La risa de ambos erizó mi piel y aunque me dolía admitirlo podía sentir mi corazón rompiéndose.

No es que me sorprendiera que él sintiera esas cosas, porque no es como si él me hubiera dicho que me amaba o algo por estilo. Con pesar reconocí que siempre sería solo la puta que sacó de un club nocturno, que por muy prestigioso que sea, seguía siendo un club como muchos que existen en el mundo.

—Lo bueno, es que ya no le pagas por follarla —resopló el maldito—. Fue un movimiento inteligente sacar a esa puta de su club; hacerla creer que era tu novia para así ahorrarte esos miles de dólares —Se mofó el desgraciado que suplicaba a gritos que clavara un cigarrillo encendido en su ojo—. Por un momento, creí que te habías enamorado de esa fulana...

—Para nada —lo interrumpió el maldito dueño del lugar.

Su voz que tanto adoraba, en estos momentos se me hizo el sonido más espantoso que había escuchado. Mi pecho dolía como nunca y solo atiné a colocar mi mano sobre mi vientre que aun estaba plano pero que pronto estaría hinchado con nuestro hijo adentro; deseaba que él no pudiera escuchar todas las estupideces que decían estos desgraciados. Entre los cuales estaba incluido el gilipollas de su padre.

—Jamás podría enamorarme de una puta como ella —afirmó con arrogancia, haciendo añicos lo poco que me queda de dignidad. Sin poder evitarlo sentí ganas de vomitar—. Además, ya sabes lo que dicen...

No, yo no sabía que decían, pensé con resentimiento mientras intentaba en vano controlar la ira y las náuseas que sentía.

—«Putas, una vez; será una puta por siempre» —completó airoso la frase el estúpido de su mejor amigo.

Ambos volvieron a soltar una estruendosa carcajada. La piel me picaba y me sentía sin saber qué hacer. Decir que me sentía despreciada y horrible

era quedarse corta.

—. En fin —continuó diciendo el desgraciado de mi exnovio.

Porque sí, señores, hasta hoy en la mañana el maldito tuvo el privilegio de tener mis labios envueltos en su asquerosa y perfecta polla.

—Después de lo que me hizo la maldita de mi exmujer pocas ganas tengo de involucrarme sentimentalmente. Y, si se da el caso de que urge que contraiga matrimonio, seguro buscaré alguna de las tantas mujeres de la alta sociedad con deseos de casarse con un multimillonario y, que mientras la llena de cosas caras y lujos, poco le va a interesar saber que tengo una amante. Porque está demasiado buena, como para desperdiciarla o perderla.

—Es lo que te he venido diciendo todo este tiempo —aseguró el imbécil de su mejor amigo—. Un coño es un coño. La vida es demasiado deliciosa y placentera como para adorar a solo uno. Mira cómo te quemaste la última vez cuando decidiste dejar de escucharme y serle fiel a la perra de Emma. Quince malditos años, que estoy seguro de que ahora te arrepientes de no haberme escuchado.

—Así es mi querido amigo. Así es.

Eso trajo otra ronda de risa y yo ya había escuchado suficiente, pero por más que traté de ordenarme que saliera de allí, y no mirara hacia atrás ni una sola vez, mis pies se quedaron pegados a la moqueta, mientras que la amena conversación siguió, y siguió, donde ambos me denigraron hasta dejar solo cenizas de mí.

Hice oídos sordos cuando empezaron a hablar de la supuesta infertilidad de mi exnovio, dando gracias a los dioses de que eso fuera así, para que yo no planeara atribuirle un hijo de otro hombre como había hecho su exmujer. Bueno, siento decirles que en alguna maldita parte había un error; porque yo, efectivamente estaba embarazada. Y no, no lo había engañado como claramente se merecía el hijo de puta.

Me detuve a pensar si en este lugar tenía algo de valor que valiera la pena enfrentarlos y recuperar, pero me di cuenta de que no era así. Este ático jamás fue un hogar al que sintiera que pertenecía y, por ende, jamás traje algo que fuera importante para mí. Por lo que, de la misma forma que entré sin hacer ruido alguno, salí.

Que poco me había conocido aquel hombre con quien había pasado los últimos siete meses de mi vida. Pero me alegraba haber descubierto su «verdadero yo», antes de contarle sobre nuestro hijo. Y pensar que, en cierto momento, me ilusioné pensando que él se mostraría feliz y emocionado cuando

le dijera que íbamos a ser padres.

Cuando llegué a mi pequeño apartamento, me dejé caer inmediatamente sobre mi sencilla cama de plaza y media —ubicada en el único cuarto que tenía este lugar—, y me quedé mirando el tumbado. Me odié profundamente cuando las lágrimas calientes y saladas empezaron hacer su lento camino por las esquinas de mis ojos.

La respiración se me hizo dificultosa a consecuencia de que la nariz empezó a congestionarse por el llanto contenido. No comprendía realmente porqué me dolía tanto el corazón. El por qué ahora, en la total oscuridad de mi habitación, recordar sus palabras dolían mucho más que cuando las escuché la primera vez esta noche.

Dolía mucho aceptar que, después de todo, él jamás sería capaz de sentir algo intenso por mí.

Era una total locura solo imaginar que un hombre como él, con su impresionante fortuna y poder podría de alguna manera quedar impregnado de mí. Tenía que parar de leer aquellas historias románticas, donde la protagonista tan sencilla como yo, terminaba casada con su impresionante, hermoso y bien dotado millonario.

A mi pesar, no conocía mucho sobre el amor, más que el ejemplo que me regalaron mis padres los primeros años de mi vida, mucho antes de descubrir que el amor era efímero y, que después de todo, no valía la pena arriesgarse a que te rompieran el corazón.

Mira cómo era la vida, a mis diecinueve años, ya me lo habían mutilado y el culpable del horrendo crimen ni siquiera lo sabía.

Amar definitivamente no era para mí, como tampoco tenía ni idea de que hacer con un bebé a mi cargo.

X: PLAN A, B, C, D... ¿Z?

Tenía clara una sola cosa después de salir de la consulta; tenía que empezar a moverme. Habían pasado veinticuatro horas desde que hablé por última vez con Damien y podía sentir su ira y desesperación por saber que me ocurría respirándome en la nuca. Jamás había desaparecido por tanto tiempo y la situación se complicaba.

Un día entero evitando las llamadas de Damien Vittori, significaba que pronto iba a descender el infierno sobre mi cabeza si no daba señales de vida pronto, por lo que tenía que actuar de manera inteligente y eficaz.

Primero, tenía que cubrir mis huellas, así que me acerqué al único lugar donde mi poderoso exnovio podía recabar información real sobre mi vida. Exactamente: «El Jardín del Edén».

Mathew frunció el ceño cuando las puertas del elevador se abrieron y me vio salir envuelta en un largo abrigo negro que dejaba al descubierto un poco de mi pronunciado escote.

«Gracias queridas hormonas del embarazo, por el par de tetas que tenía actualmente.» Ya nada me cerraba como de costumbre.

—Creí que tenías prohibida la entrada.

—Y yo creía que mi novio me amaba, pero ya ves como las cosas no son como parecen —contesté apesadumbrada mientras le ofrecía una sonrisa lobuna.

Él solo se quedó de pie en la puerta que resguardaba al cretino de mi jefe; su rostro estaba limpio de cualquier pensamiento. Los nervios me asaltaron cuando no hizo movimiento alguno por moverse y dejarme pasar. Por lo que sospeché, que mi querido ex guardia, estaba esperando una explicación.

—Él me está esperando.

Dio un paso al costado inmediatamente.

—Jamás creí ver el día, en el que por tu propia voluntad quisieras verlo —reflexionó.

—Esto es por negocios, nada de placer.

No contestó.

Dio un firme golpe en la pesada puerta y ésta se abrió. Su gran cuerpo me cedió el paso y un segundo después, tenía ante mí al último hombre que quisiera ver cualquier día de mi vida.

—Pero miren quien ha regresado a sus humildes inicios: «La hija pródiga».

—Corta la mierda.

—Parece que las hormonas del embarazo te han puesto agresiva.

—Ni que lo digas. —Sin perder tiempo me senté frente a él mientras Mathew cerraba la puerta tras de mí—. Como te dije por teléfono, quiero ponerle precio a tu silencio.

Malcolm DuPont sonrió: jamás había lucido tan terrorífico. O, tan hermoso.

¡Malditas hormonas!

—Ahora, ese es el dulce sonido que me gusta.

Yo me estremecí porque casi se sentía que estaba a punto de entregarle mi alma al diablo; y que él iba a disfrutarlo muchísimo.

Me esforcé por tragar el nudo en mi garganta y recordarme que lo necesitaba de mi parte en esta situación.

—Entonces ¿cuento con tu ayuda? —pregunté nerviosamente.

El asintió. Lo que provocó que me relajé visiblemente hasta que abrió la boca y dijo:

—Pero... —Sentí que estaba a punto de desmayarme—. No quiero tu maldito dinero. —Se recostó hacia atrás en su elegante silla negra y clavó su verde mirada en mis senos.

¡Oh, no!

¡No, señor!

Sentí como las náuseas regresaban con fuerza. Desde la primera vez que puse un pie en este lugar sentí cierta atracción por parte del hombre frente a mí. Y, aunque siempre me dije que quizá era mi cerebro jugando conmigo, ahora podía ver el verdadero deseo e interés brillar en los seductores ojos de mi exjefe.

Empecé a cuestionarme que tan desesperada estaba como para aceptar dar mi cuerpo a favor de que guardara mi secreto.

—Eres muy especial para mí, Dayanna.

Su voz bajó una octava, mis manos empezaron a sudarme; jamás había usado ese tono conmigo. No me moví mientras se levantaba de su trono,

rodeaba su gran escritorio y se detenía a mi lado; suavemente giró mi silla hacia él y se acuclilló.

Sus preciosos y llamativos ojos verdes quedaron a la altura de los míos y sentí como mi boca se secaba. Mis pezones se apretaron cuando su lengua salió e hizo un pequeño barrido por su apetecible labio superior.

Me maldije, porque mi cuerpo estaba reaccionando a su cercanía. Y por mi hijo, que no entendía porque diablos me empecé a sentir de esa manera. Tenían que ser las malditas hormonas del embarazo.

Sí, definitivamente eso era.

Su mano varonil y adornada de un caro reloj dorado se envolvió tiernamente en mi cuello y colocó su dedo pulgar sobre mi pulso. Estaba segura, de que bajo su gran dedo ubicado sobre mi arteria carótida, él era capaz de sentir el palpitar intenso de mi coño; ¿qué diablos me ocurría?

Había trabajado casi medio año para este hombre y jamás me vi fantaseando con estar sexualmente con él.

Su rostro recién afeitado lucía suave y perfecto para acariciar por horas. O, que me lo estampara en medio de mis piernas y me saboreara por horas mientras gemía su nombre.

¡Mierda! Tenía que largarme de aquí cuanto antes. Mis piernas empezaron a temblar cuando acertó aun más nuestra lejanía.

—No te quiero presionar, hermosa Dayanna. Pero, —exhaló un suspiro cerca de mi mejilla. Su aliento mentolado y cargado de algún licor fuerte hizo temblar mi vientre—, no tienes idea de cuanto te deseo.

—Pe-pe-pero tú me odias —afirmé alejándome un poco de su hipnótica mirada.

Jamás había visto unos ojos arder tanto en cuestión de segundos. Soltó una suave risa por mi declaración.

—Créeme, si ese hubiera sido el caso, cuando le rompiste la nariz a aquel cliente, en ese preciso segundo te hubiera despedido.

Su mirada adquirió un tinte gris y yo me quedé sin palabras.

—Pero, sucede que la mujer que me había flechado desde el puto minuto en que me miró con sus preciosos ojos azules y me pidió trabajo, ni siquiera se sentía ni remotamente atraída hacia mí.

—Eras mi jefe...—tartamudeé, confundida por su confesión.

—Sí, pero ahora ya no lo soy. —Me regala una sonrisa de medio lado.

Creo que jamás había apreciado la belleza real de aquel pequeño gesto; su rostro era diferente cuando estaba relajado y feliz. Y más aun cuando lo era

a mi lado.

—Y estoy consciente, de que quizá este es el peor momento de confesarte mis sentimientos. Pero creo que, si sigo esperando más tiempo, jamás va a llegar el momento oportuno. —Suspiró—. Cerré los ojos medio segundo y ahora regresas embarazada —musitó más para sí mismo que para mí.

Y aunque no fue su intención, su recordatorio de mi actual estado fue como un balde agua fría. Tenía que recordar que, a pesar de la reciente descubierta atracción que sentía hacia el perverso de mi jefe, al final del día, yo seguía estando embarazada de otro hombre.

Un hombre poderoso que no se detendría ante nada hasta encontrarme y saber que había ocurrido. Nadie dejaba a Damien Vittori sin pagar las consecuencias. Y yo tenía mucho por lo que lamentar si consideraba que de paso llevaba a su hijo en mi vientre.

Sinceramente, no creo que eso le cause mucha gracia si se llegase a enterar.

—Cuando me contaste sobre lo ocurrido en el ático de Vittori, sentí que la historia se estaba repitiendo.

Suspiró y aunque quisiera, yo no podía apartar mi mirada de su rostro. La confusión por su declaración tenía a mi pulso volviéndose loco. No sabía, si era por la intensidad del momento, pero me sentí fuertemente atraída hacia él.

Quizá siempre me había gustado, y hasta ahora recién lo estaba descubriendo. O, puede ser, que en el fondo era realmente una puta que pasaba de hombre en hombre sin importarle nada. Esperaba con toda la fuerza de mi alma que fuera la primera opción.

—¿La historia? —inquirí—. ¿A cuál historia te refieres?

—A la mía, por supuesto —confesó con el rostro sombrío.

No sabía que decir en esos momentos.

Lo único que había escuchado desde que llegué a este lugar eran rumores; especulaciones sobre el origen de su riqueza. Pero no tenía una versión oficial. Muchas mentiras mezcladas con verdades a medias complicaban la labor de averiguar algo concreto.

—Como sabrás, provengo de una de las familias más antiguas y ricas del mundo. —Bueno, al menos de todo lo que había escuchado, aquella parte si era verdad—. Pero, lo que nadie sabe, es que si vivo en esta parte del mundo no es porque yo así lo haya decidido. Fueron las circunstancias de mi nacimiento lo que puso aquella cruz sobre mi cabeza y fue necesario que

pusiera distancia de por medio.

Estaba muy confundida. Poco sabía sobre la naturaleza de las familias más ricas y poderosas de este mundo. Imaginaba que, si las familias normales teníamos problemas, no quería ni pensar lo que era nacer en el seno de una familia poderosa.

—Soy un hijo ilegítimo. —Su mano derecha acarició suavemente mi mejilla. Yo temblé—. Y, al igual que tú hijo —La mano que tenía rodeando mi cuello cayó a mi vientre cubierto por el abrigo. Su toque se sintió entrañable y necesario—, mi padre también creía que no era de él. No voy a entrar a detalles, pero un día te contaré mi historia completa. Suspiró con la mirada fija en mi estomago—. A veces, las apariencias engañan y de la familia que provengo es todo menos perfecta.

Asentí, comprendiendo los motivos del por qué me iba ayudar. Esto le arrojaba una nueva luz a su interés de ayudarme. Tal vez no era todo sobre su atracción hacia mí.

—Entonces ¿no quieres mi dinero? —Quería estar segura de que no estaba malinterpretando esto. —Pero, eres Malcolm DuPont, tú no haces nada gratis.

—No soy tan malo como parezco, Dayanna. —Empezó a acariciar suavemente mi vientre—. Existe mucho más de lo que a simple vista puedes ver. O permito vislumbrar.

Y antes de que pudiera comprender a que se refería, se levantó. Parpadeé varias veces, tratando de asimilar todo lo que estaba pasando.

Levanté la mirada y vi su espalda alejarse hacia su escritorio, inmediatamente extendió su mano y su dedo índice presionó el pequeño botón que servía para llamar a Mathew; la puerta tras de mi se abrió un segundo después.

—Acompaña a la señorita Scott hasta su vehículo. Nuestra reunión ha finalizado.

La enorme mano de Mathew rodeó firmemente mi brazo y empezó a sacarme casi a arrastras de allí.

—Pero... —me resistí un poco mientras me levantaba torpemente de la silla—. No puedo solo irme. Debes de querer algo. ¡Tú siempre quieres algo! —afirmé presa de la desesperación.

—Así es, Dayanna —Me miró sobre su hombro. Su sonrisa centellando en mi dirección—. Y más temprano que tarde, iré a buscarlo. —Me cautivó la belleza de la sinceridad brillando en ellos—. Es una promesa.

Dejé mi lucha cuando sentí sus palabras calar hasta el más recóndito de mis entrañas. Podía imaginarme perfectamente que era eso que iba a venir a reclamar.

La pregunta era, ¿estaba dispuesta a darle mi alma al diablo, a cambio de salvar la de mi hijo?

Creo que esa nunca fue la cuestión. Porque pronto descubriría que mis decisiones iban a lastimar a muchas personas que, sin imaginármelo, serían tan importantes para mí como el maldito aire que respiraba.

XI: DAÑOS Y PERJUICIOS

SEIS AÑOS DESPUÉS.

No me preguntes como es que lo supe, pero, sencillamente sabía que el momento había llegado. Mi piel se erizó y no era por el aire acondicionado que esta mañana se había averiado y convertido en el verdadero polo norte nuestra pequeña oficina.

Si el indicativo principal era el crudo y pesado silencio que cayó a mi alrededor con su sola presencia, yo ya iba perdiendo varios minutos de ventaja. Cerré los ojos deseando despertar entre las cálidas sabanas de mi cama. Seis malditos años le tomó encontrarme, y solo podía imaginar el enorme cabreo que llevaba encima.

—Podemos hacer esto todo el puto día.

Su voz era más ronca que aquella que usó ayer mientras precedía la reunión de balances internacionales en la enorme sala de juntas en el piso veinte; donde y apenas reparó en mí.

El largo cabello rubio definitivamente me había otorgado un disfraz perfecto para pasar desapercibida ante su estricta mirada. Aunque francamente esperaba ingenuamente que ya se hubiera olvidado de mí.

—Seis malditos años, Dayanna...

Bueno, parece que no lo hizo.

La clara acusación quedó suspendida en el aire como si se tratara de una pequeña araña sobre su fina y delgada seda que se balanceaba al ritmo de mi respiración. La araña estaba a punto de caer al precipicio causando mucho más daño que miles de bloques cayendo desde la hermosa e imponente Torre Eiffel sobre los desprevenidos turistas.

Mis ojos viajaron hasta el reloj en forma circular empotrado en la pared

frente a mí: 11:45 A.M. Vaya sincronización que tenía la vida. Tenía menos de 15 minutos para llegar a la escuela de mi hijo: escuela que estaba cruzando media ciudad.

Sentí no solo el peso de su mirada sobre mí sino también de todos los presentes en esta oficina.

Me volteé lentamente a sabiendas de que no había modo de librarme de él, ahora que había descubierto quien era realmente. Y lo importante, donde encontrarme.

—Tengo que estar en quince minutos en un lugar...

Mi respiración se atoró en mis pulmones por lo hermoso e imponente que lucía vestido esta mañana con su impresionante traje de tres piezas cuadros gris.

—Y a mí me importa una mierda lo que tengas que hacer. Tú y yo tenemos una larga conversación que mantener y no estoy pidiendo tu consentimiento. —Sus ojos se arrugaron—. Solo te estoy notificando lo que va a pasar durante el resto de tu vida.

Abrí la boca para rechazar tal orden, pero me cortó el estridente sonido de llamada proveniente de mi teléfono celular. Celular que estaba sobre mi escritorio a escasos pasos de donde estaba parado el padre de mi hijo.

¡Maldita sea!

Esto tenía que ser una jodida broma; era el tono de llamada que le asigné a la escuela.

Caminé hacia mi escritorio, pero mi jefe/exnovio/padre de mi hijo «todopoderoso» se adelantó y tomó el celular.

—¿Damián? —cuestionó con el ceño fruncido, leyendo el nombre que parpadeada incesantemente en la pantalla.

Hice una mueca, ahora veía el claro error que había cometido llamando a mi hijo casi como su padre. Le arrebaté bruscamente el celular de su mano, lo que hizo que la sala entera emitiera un jadeo de incredulidad.

¡Mierda!

Seguía olvidando que teníamos audiencia. Un público sacando hipótesis y suposiciones. Pronto el edificio entero estaría infestado de rumores mal intencionados sobre lo que ellos creían/aspiraban que había ocurrido entre «El Demonio de Wall Street» y la insulsa interna del departamento auxiliar de finanzas, que había teñido horriblemente su cabello a un rubio que no le favorecía para nada.

Ni siquiera podía mirar a Úrsula; estaba segura de que con lo inteligente

que era, ya debía de estar atando cabos en su brillante cabeza. Hilando los acontecimientos de estos últimos seis años y llegando a la espantosa verdad. Una verdad que me encantaría que fuera solo ficción.

—Tengo que irme, como te mencioné —le recordé fríamente sin mirar a nadie.

Me agaché para recoger mi bolso mientras abría la llamada.

—Hola...

—Señora Scott, lamento interrumpirla, me imagino que ya ha de estar en camino hacia nuestro establecimiento a recoger a su hijo. —Fruñí el ceño; estaba casi segura de que me estaba hablando la directora de la escuela.

Me enderecé rápidamente sobre mis tacones sintiendo en mi estómago que su llamada solo podía significar problemas.

—¿Directora Anderson?

—Sí, mi estimada Señora Scott —confirmó con voz triste—. Le llamo personalmente para pedirle que por favor se dirija al hospital del niño, adonde hemos trasladado al joven Damián, porque presentaba una fuerte dolencia en el lado izquierdo de su abdomen...

Sentí que el piso empezaba a moverse bajo mis pies; no era posible que eso estuviera pasando. Me sostuve de mi silla mientras la directora al otro lado de la línea pregonaba mi nombre varias veces.

—¿Hospital del niño? ¿Escuché bien?

—Sí. Efectivamente. Lo hemos traslado inmediatamente en vista de que la fiebre aumentó y nuestra enfermera especuló que podría tratarse de una posible *apendicitis*. Quiero que sepa que...

Corté la llamada y me puse en acción.

—Dayanna...

Ignoré a Damien y salí como alma que lleva el diablo de la oficina. Cuando llegué a los ascensores, apuñalé con mi dedo índice varias veces el botón dorado para llamar el aparato ese. Si no se abrían pronto las malditas puertas, iba a tener que sacarme los tacones para poder hacer mi viaje por las escaleras de emergencia. Esos treinta pisos no iban a impedirme de estar a lado de mi hijo en estos momentos.

Mis manos sudaban incontrolablemente; podía imaginar lo asustado y triste que tenía que sentirse rodeado de personas desconocidas.

—Ábrete de una puta vez —exigí golpeando la estúpida puerta de metal—. Mi hijo me necesita.

—¿Hijo?

La ronca voz haciendo aquella pregunta a mi lado me paralizó, justo cuando las malditas puertas se abrieron lentamente. No contesté mientras me metía dentro del inanimado objeto; quizá si lo ignoraba lo suficiente captaría la indirecta y se largaría.

No era como si ahora yo podía sencillamente desaparecer. Él ya me había encontrado y quiera o no, tenía que hacer frente al destino que yo misma me había sorteado. Mi pulso se disparó bruscamente cuando él también entró al pequeño espacio.

¡Oh, no! De ninguna maldita manera.

—Mi paciencia tiene un límite, Dayanna —murmuró mientras me acorralaba contra la metálica pared; su cara y deliciosa esencia invadió mis fosas nasales.

Mi estomago se volvió loco, mientras apretaba mis piernas para evitar que el deseo que se estaba desarrollando en mis nervios empapara mi ropa interior.

Al principio había sido una maldita locura tenerlo tan cerca y no poderlo besar o rogar que me tomará sobre su escritorio en su lujosa oficina. Pero los tiempos cambian y yo permití que me cambiaran. Lo que al principio era una tortura, con el tiempo se volvió una pequeña punzada, hasta convertirse en nada.

Me había enfocado de lleno en la crianza de mi hijo y en buscarme un mejor futuro en esta empresa. No había tiempo para distracciones.

Terminar mi carrera se me hizo una cuesta arriba con el nacimiento de Damián, pero gracias a la ayuda constante de Malcolm, quien inesperadamente se había convertido en un gran apoyo tanto emocional como económico — porque tener un hijo no era barato, más bien era todo lo contrario—, que no dudaba en extenderme la mano para lidiar juntos con los problemas que suscitaban de improviso, es que se me había hecho fácil la maternidad y sus complicaciones.

Le debía tanto aquel hombre. Tanto por lo que tenía que alejarme inmediatamente del que estaba frente a mí.

—Por favor...

Algo debió notar en mi voz que retrocedió un paso; bueno, algo era algo.

—Tenemos que hablar —sentenció, sin apartar su vibrante mirada sobre mí.

Asentí mientras me hacia un pequeño espacio y presionaba el botón de la planta baja. Suspiré cuando el bendito aparato cobró vida y con voz

mecánica anunció el cierre de las malditas puertas y empezó su lento descenso.

«Resiste, hijo mío. Mamá ya va en camino».

—Espero que estés separada...

No me perdí el tono de amenaza que usó. Enarqué una ceja en su dirección.

—Y si no lo estoy... ¿qué?

Una sonrisa espeluznante adornó sus facciones.

—Entonces, prepárate para ser una muy hermosa y joven viuda.

Mi sangre corrió vertiginosamente a mis oídos. No podía quitar mis ojos de su fría y amenazante mirada azul. Lucía tan diferente ahora que lo tenía frente a mí, propietaria indiscutible de toda su indeseada atención.

Sin apartar la mirada de mis ojos presionó uno de los botones en el panel para detener el ascensor, este obedeció y cuando las puertas se abrieron él no hizo movimiento para salir.

—Tienes mucho que explicar, hermosa «novia mía». —Suspiró y yo me estremecí—. Y has tenido seis largos años para pensar muy bien lo que tienes que decirme. Y espero por tu salud física y mental que sea muy buena la explicación.

Y antes de poder reaccionar, sus labios descendieron sobre los míos, su asalto fue poderoso y castigador. Mi cuerpo ya plagado de hormonas alborotadas se enloqueció y mi boca correspondió aquel beso que jamás debió suceder para empezar. Mis ojos se cerraron derramando las lágrimas de un corazón roto y traicionado.

Luego de saquear mi boca a su antojo por lo que pareció horas, se alejó. Abrí mis ojos, y me encontré de lleno con su atormentada mirada, que indiscutiblemente sellaba la promesa sellada en mi hinchada boca. Se relamió los labios y acto seguido me dio la espalda y abandonó el ascensor.

No podía quitar mi mirada de su robusta espalda alejándose de mí: todo esto era una gran mierda...

Me sobresalté cuando el pitido de las puertas y la voz mecánica anunciaba que se cerrarían y por mi vida que yo no podía respirar. El día que más temía había llegado y sin desearlo, sería testigo culpable de toda la sangre que correría por mis pecados.

Todos los rumores sobre él siendo despiadado no eran un chiste. A su alrededor se entretejían rumores de brutales palizas y asesinatos. Sin mencionar los secuestros y lavado de activos. Tratas de blancas y

narcotráfico. Después de todo, no por ser «bueno» es que te empiezan a llamar «El demonio de Wall Street.»

No solo temía por mi hijo, ahora sentía miedo de lo que podría llegar hacerle a Malcolm, una vez que se enterara de que fue él, quien me había ayudado a mantener mi secreto todo este tiempo.

Malcolm, quien ahora era mi marido.

Mi esposo.

Mi todo.

El hombre que amaba con toda mi alma y al que probablemente iba a ver morir.

XII: ODIOSO SAN VALENTÍN

CINCO AÑOS ANTES

Damián me había cambiado la vida; en el buen sentido, obviamente. Tenerlo en mi vida hacía que las cosas se sintieran mejor. Más hermosas y especiales.

—Te envidio —Suspiró mi jefa.

Úrsula hace poco había recibido la propuesta de su ascenso que no dudo en aceptar. Ahora ella era la jefa de nuestro pequeño departamento y la única pega a eso que encontré fue que ella ya no se sentaría junto a mí.

Nuestro antiguo jefe, se le descubrió que estaba pasando información importante a la competencia, por lo que su cabeza rodó. No estaba segura si en el sentido figurado o literal. Ya hasta me daba miedo escuchar los brutales rumores.

No sabía si era cierto todas las cosas se decían entorno a mi exnovio y padre de mi hijo, pero las malas lenguas aseguraban que, de hecho, nuestro antiguo jefe ya era comida para peces.

La lealtad era algo que se tomaba muy en serio la Corporación Umbrella. Su estricto lema era: «Estas con nosotros o, en nuestra contra».

Quería pensar que nada de lo que se especulaba era cierto, pero luego de una noche, en la que conversé con Malcolm y le expuse mis dudas concernientes a la dudosa reputación de mi jefe y padre de mi hijo, el panorama cobró otro matiz.

—Él realmente es un hombre peligroso, Dayanna. Como no tienes idea. —Se encogió de hombro—. Siento tener que decirte, que escogiste al peor hombre de la tierra con quien tener un hijo.

Me había confesado en voz baja mientras se balanceaba por toda la

habitación con mi pequeño hijo de apenas cinco meses entre sus brazos. A mi pesar, aquel hombre que sostenía a mi hijo como si fuera su bien máspreciado, me había ayudado mucho en este primer año. Donde tuve que enfrentar meses de náuseas y vómitos severos que provocaron que sufriera un cuadro grave de deshidratación, lo que no solo puso en serio riesgo a mi embarazo, si no también mi integridad física.

Gracias a su intervención, pude tratar a tiempo la anemia que empecé a sufrir como consecuencia de esos vómitos violentos y fue gracias a él y a todo su cuidado que pude tener un parto normal y sin complicaciones. También había descubierto, lo desconfiado que era cuando había exigido estar presente durante todo el proceso y no me abandonó ni un solo segundo.

Jamás olvidaría aquel brillo arrollador en sus ojos cuando vio y sostuvo por primera vez a Damián. La hermosa sonrisa que me regaló mientras me lo acercaba para que yo lo pudiera admirar también.

Como olvidar que fue él quien sostuvo mi mano mientras pujaba casi diez minutos, donde sentía que ya no podía dar más, pero las hermosas palabras que susurraba a mi oído me dieron la fuerza necesaria para poder dar vida a mi hijo.

—*Eres la mujer más fuerte y hermosa que he conocido, pero date prisa de una maldita vez que ya quiero conocer al pequeño bribón.*

Creo que ese día me enamoré un poquito más de él.

—He instado incansablemente a mi marido para que vaya al gimnasio, pero sigue rehusándose.

—Ya te dije que solo somos amigos.

Ignoró lo que dije y siguió como si nada.

—Te juro que ese hombre me vuelve loca. —Suspiró dramáticamente—. Miro a tu novio...

—No es mi novio —refuté, distraídamente, con la mirada fija en la pila de informes que tenía frente a mí.

Desde hace dos horas que los estaba revisando concienzudamente en busca de errores. Después del escándalo con mi anterior jefe, lo que menos quería era la atención indeseada sobre el departamento; específicamente sobre mí.

Gracias al infierno que cuando la mierda golpeó el ventilador, yo estaba con licencia de maternidad. Lo que me libró de ser entrevistada personalmente por el dueño de todo esto: Damien Vittori.

—Como sea. —Respiró profundamente y expulsó el aire—. La cuestión

aquí es, que, si yo fuera tú, estuviera disfrutando de ese delicioso paquete de seis, porque estoy segura de que ese hombre sí los tiene.

Ignoré la punzada de deseo que me invadió al mencionar el esculpido cuerpo de Malcolm.

—No es que yo haya visto unos personalmente —se lamentó—, pero me imagino lo impresionante que debe sentirse el ser capaz de pasar no solo las manos, si no también la lengua por todos esos ángulos...

Mis pensamientos se perdieron en las incontables veces en que lo había visto sin camisa, gracias a que a veces se tenía que duchar en mi pequeño apartamento. Agradecía al cielo de que el único baño estuviera ubicado en la sala y fuera lo suficiente pequeño para que él no pudiera cambiarse dentro de este y, por ende, tenía que hacer su glorioso y sensual camino hasta la habitación solo envuelto en una pequeña toalla en la parte inferior de su cuerpo, lo que dejaba a simple vista lo impresionante que era su cuerpo.

Y sí, efectivamente, mi querida amiga, Úrsula, no se equivocaba.

Pero lo que ella no sabía, era que mi fuerza de voluntad muchas veces flaqueaba. Después de todo, era una simple mortal. Y por las noches, cuando él se tenía que marchar —para ir a dirigir sus negocios/club—, aprovechaba la íntima soledad de mi pequeña sala y sacaba mi vibrador para masturbarme.

Me corría varias veces imaginando que era Malcolm quien adoraba mi cuerpo, mientras que mi inocente hijo dormía plácidamente en la habitación. No sé en qué momento exacto su serio rostro reemplazó el de Damien, pero así era. Pronto mis fantasías no tenían nada que ver con el atractivo padre de mi hijo, pero sí, con el intimidante dueño del «Jardín del Edén».

Me preguntaba contantemente que tan larga y pesada era su polla y si dolería que me la metiera desde atrás.

Sí, yo ya estaba más allá de la salvación.

Dejé escapar un pequeño suspiro mientras medio escuchaba a mi jefa exponer la diatriba sobre el penoso esfuerzo físico de su esposo en la cama. Podía comprender totalmente su frustración, he perdido la cuenta de las veces que me he levantado empapada de sudor imaginando que la boca de aquel hombre que me había brindado todo su apoyo me comía el coño; mi cuerpo era consciente de que había pasado un largo tiempo.

—*Eres la cosa más dulce que he probado* —Él susurraría con mis jugos empapando su elegante y recortada barba.

Barba que me volvía loca y excitaba mucho imaginándola, arañando mis sensibles muslos, mientras hacia su lento camino para devorar mi... Me

desinflé como un globo; no tenía que hacerme ilusiones.

Un año había pasado sin ningún tipo de insinuación por su parte y, por cómo iban las cosas, dudaba mucho que la situación llegara a alguna parte.

No es que hubiera contenido la respiración esperando que hiciera algún movimiento cuando me veía tan gigante como una ballena, (gracias a mi embarazo de ocho meses). Pero, ahora que ya había recuperado un poco mi figura anterior, el paisaje se veía igual de sombrío y desesperanzador en cuanto a su interés por mí se trataba.

Era indudable el amor que sentía por mi hijo; pero no estaría mal un poquito de esa atención hacia mí.

Su trato cortés y educado hacia mí, era como si nuestra conversación en su oficina nunca hubiera sucedido. No pude haberme imaginado toda la cosa. Así que, lo único que podía pensar, era que ahora que mi cuerpo había quedado con algunos kilitos de más, ya no se sentía conforme con lo que tenía enfrente.

Un triste pensamiento asoló mis pensamientos y me recordó mi lugar: no cuando tenía a la despampanante «Eva», la pelirroja y cuerpo de infarto esperándolo deseosa en el «Jardín del Edén». Me esforzaba mucho de que los celos no se me notaran cada vez que veía ese nombre parpadear en su celular.

Los celos no me sentaban nada bien y solo empeoraban mi frustración sexual.

Úrsula bufó fuertemente trayendo de golpe a la realidad mi insensata cabeza.

—...yo le dije que bien podía irse a buscar a su madre y quedarse a vivir con ella. Suficiente tengo yo con lidiar a nuestros cuatro hijos como para soportar sus estúpidas recriminaciones sobre mis exigencias.

—Mmm —busqué que decir—. Las cosas entre Malcolm y yo no son como piensas. Es más bien del lado platónico y todo eso.

Me dio una mirada en blanco.

—Sabes que no te creo nada, ¿verdad?

Su mirada se desvió hacia la esquina derecha de mi escritorio; donde se alzaba orgulloso el inmenso y caro jarrón gris perlado lleno de rosas blancas que me había enviado el día de ayer Malcolm; su displicente mirada se encontró con la mía.

—Ah, eso. —Fingí que no tenía importancia.

—Sí, eso. —Sus acusadores ojos oscuros regresaron al jarrón y de regreso a mí.

Sentí el sudor perlando mi frente.

—Solo lo envió como un gesto amable en vista de que ayer, Damián cumplió seis meses...

—¿Y tú pretendes que yo te crea ese adefesio de excusa?

Me encogí de hombros regresando mi mirada a la pila de papeles.

—Ya te digo, no armes una película en tu cabeza que no existe. — Suspiré—. Él ya está tomado.

Esa palabra supo amarga en mi boca. Úrsula, con su innata inteligencia no pasó desapercibida mi pesar e incomodidad al soltar esa verdad.

—Entiendo. —Solo eso dijo mientras la vi alejarse y regresar a su puesto de trabajo.

Dejé en paz los papeles que tenía rato moviéndolos sin ningún propósito en claro y me quedé mirando mi celular. Siempre luchaba contra el deseo enfermizo de solo llamarlo para saber que tal iba su día.

No quería asustarlo y que huyera al otro extremo del país, pensando que yo quería que en serio que cumpliera con la promesa que brilló en sus ojos aquella mañana cuando fui a su oficina a solicitar ayuda.

Me despabilé y sonreí: tal vez era mejor dejar las cosas tal cual estaban. No había necesidad de perder a un gran amigo solo por la calentura del momento. Seguro que con el tiempo conocía a un hombre que estuviera dispuesto a quererme, así como luc...

Casi caigo sobre mi trasero cuando mi celular empezó a sonar con el sonido distintivo que le había asignado al mal de mis males.

Me acerque un poco. Y sí, efectivamente, Malcolm DuPont me estaba llamando. Su rostro sonriente mientras cargaba entre sus fuertes brazos a un revoltoso Damián me hizo sonreír.

Era una foto casera que tomé cuando él estaba perdido en el mundo de mi hijo. Mis entrañas se agitaron deseando que Damián fuera en realidad hijo de él y no del monstruo que dirigía este imperio.

Luego de meditarlo por varios segundos, toqué suavemente el botón rojo y suspiré: era mejor que las cosas se quedaran así. Porque tarde o temprano «El demonio de Wall Street» me encontraría y no deseaba que él, de entre todas las personas, saliera herido o perjudicado.

Porque indudablemente el padre de mi hijo un día me encontraría, y reclamaría lo que creía que era suyo por derecho. Y no, no solo me refería a mi hijo.

XIII: EL MALDITO PRINCIPIO DE TODO

MALCOLM
DOS AÑOS ANTES
«JARDÍN DEL EDÉN»

Dayanna Scott era por decir menos la mujer más insoportable con la que había tratado en toda mi vida. Pero había algo adictivo en su forma de moverse por el mundo, que estaba seguro de que solo era una fachada que ocultaba su ingenuidad y miedo de perder lo único que aun tenía en su vida: Bruce, su hermano pequeño.

—Aquí estoy, jefe —dijo sensualmente Eva, dejando caer casualmente su peso en el marco de la puerta de mi oficina. Se veía sexy y apetecible en su pequeña lencería roja; mi color favorito.

—Estoy bien por esta noche. —Le ofrecí una sonrisa de disculpa—. Puedes regresar a tus clientes.

En lugar de enojarse como esperaba —considerando que ya había pasado casi un mes desde la última vez que la toqué—, ella pareció tomárselo bien. Se giró y le murmuró algo en el oído a Mathew y este sonrió un poco. La atención de Eva regresó a mi y empezó a caminar hacia mi escritorio; la puerta cerrándose en silencio tras de ella.

—Me preguntaba cuando vería el día...

—¿Qué día? —pregunté inclinándome en mi silla hacia atrás.

Eva era la mujer más hermosa y experimentada que tenía en mi club. Había sido una suerte haberla encontrado cuando abrí las puertas hace poco más de diez años atrás.

Desde ese entonces, ella se había convertido en mi amante; era la única mujer con la que me podía mostrar vulnerable mientras me corría en su interior, y que sabía que no me apuñalaría por la espalda; literalmente.

—El día en el que mi bello y gentil jefe, se enamoraría perdidamente...

Solté una estruendosa carcajada interrumpiendo su ridícula ocurrencia.

¿Yo, enamorado? Sería más factible que aceptara reunirme con mi familia para llegar a una mediación y así considerarlos en mi vida, que yo, Malcolm DuPont, estuviera enamorado.

—Ríete todo lo que quieras —Se encogió de hombros mientras dejaba caer la pequeña bata trasparente de color rojo que formaba parte de su atrevido atuendo. Yo me limité a observar su pequeño espectáculo con una sonrisa en los labios.

—Pero te conozco muy bien y, aunque no lo quieras aceptar, puedo ver a través de esa falsa e insulsa mirada de arrogancia y desprecio que le diriges a cierta pelinegra, que desde que llegó hace poco más de un mes atrás, nos vuelve locos a todos con su boca listilla y genuina preocupación por aprender de este negocio.

No reaccioné.

—¿Un mes? Ni siquiera estaba consciente de que ya había pasado todo ese tiempo.

Esta vez fue ella quien soltó una risa llena de arrogancia.

—Por supuesto que lo haces.

Empezó a sacarse el corset; sus enormes senos falsos saltaron inmediatamente rogando atención. Esperaba que mi polla luchara por liberarse, pero está se mantuvo impassible frente a tal manjar.

—Y da la penosa casualidad, que la última follada que tuvimos fue la noche antes de que ella entrara a trabajar oficialmente. Una noche memorable debo reconocer.

Terminó de sacarse la última de sus prendas y quedó completamente desnuda ante mí; enarqué una ceja en su dirección.

—Y tú punto es...

Me ofreció una sonrisa ladina pero no contestó. Lentamente rodeó mi escritorio y se posicionó sobre este y abrió lentamente sus piernas; su coño recién afeitado, quedó expuesto completamente y a mi antojo.

Sus pliegues lucían hinchados y sus rosados pezones estaban hechos guijarros; los mismos que rogaban porque les diera atención con mi boca. Casualmente colocó su pie desnudo sobre la cremallera de mi pantalón blanco.

—Y esta...—dijo acariciando lentamente su pie de arriba hacia abajo sobre el débil bulto en mis pantalones—, es la prueba de fuego.

Suspiró con satisfacción cuando mi polla se mantuvo quieta y no reaccionó a su estímulo; mi mandíbula se apretó tanto que empezó a doler. Se bajó lentamente de la superficie y sonrió a sabiendas.

—Puedes tratarla muy mal —dijo, caminando directamente hacia la puerta sin molestarse en recoger su ropa y cubrir su cuerpo—. Pero...

Abrió la puerta y me miró sobre su hombro. La curva de su firme trasero me dio una imagen perfecta de una mujer que sabía lo que quería en la vida y, que, por gilipolla, estaba dejando marchar.

—El que le hayas perdonado su ataque hacia los hijos de la familia Camerón, donde no solo les rompió la nariz, si no que te costó casi medio millón de dólares en indemnización, dice mucho más que tu polla no reaccionando hacia mí. —Sus ojos se entrecerraron—. Y ante de que lo niegues, solo quiero que recuerdes que, por menos, has despedido a las mujeres que aquí llegan a trabajar y que poseen mucha más experiencia que la dulce...

—Su hermano menor está...

—Shhh —Cerró los ojos y negó—. Como te he oído gritarle: «tus putos problemas no me interesan». —Abrió los ojos y esta vez me regaló una sonrisa triste. Podía ver el dolor brillando en sus ojos.

¡Mierda! Ella se había enamorado de mí.

—Recuerda que fuiste tú, quien me ordenó que hiciera público su ataque hacia ellos, con el fin, de que tuviera menos clientes.

No contesté, porque era obvio que cualquier negación por mi parte, solo apretaría más la soga alrededor de mi cuello.

—Fue bueno mientras duró, jefe.

Salió de mi oficina cerrando la puerta suavemente. Me incliné hacia adelante y llevé mis manos hacia mi cara.

¡Maldita sea! No quería aceptarlo aún, pero tenía razón.

La maldita Dayanna Scott me tenía cogido por las bolas desde el preciso momento en que me gritó que no la tratara como una puta en su primer día aquí. A pesar de que la había contratado para hacer exactamente eso.

Y, lo más desesperante, es que ella ni siquiera se daba por enterada. Así de loca y despistada estaba la mujer que me gustaba.

XIV: CUMPLEAÑOS FELIZ...

¿FELIZ?

DAYANNA
CUATRO AÑOS ATRÁS

Hoy era mi cumpleaños y era mi deber patriótico sentirme feliz: oficialmente tenía veintiuno. Para celebrarlo me había hecho una reservación en un medianamente caro restaurante de la ciudad, donde servían una exclusiva variedad de mariscos; mis favoritos.

Mi pequeño hijo de un año y ocho meses empezó hacer su regular alboroto.

—¡Mamá!, ¡Mamá! —canturreó sin parar agitando sus pequeños brazos y cuerpo dentro de la silla para niños, que el amable camarero había traído para que se sentará mi único acompañante.

Sonreí dulcemente: mi pequeño invitado apenas y decía algunas palabras, pero mi favorita siempre sería «mamá».

Sinceramente, no me imaginaba compartiendo este día con nadie más que con él. Una parte de mi le hubiera encantado que aquí estuviera Malcolm, pero era viernes y estaba consciente que era el día en que su presencia era más que solicitada por los «distinguidos clientes» que frecuentaban el Jardín.

Dejé escapar un pequeño suspiro, cuando mi mirada deambuló a las mesas continuas y apreciaba a todas las hermosas parejas que lucían enamoradas y felices.

Miré a mi hijo y traté de animarme: al menos y no lo estaba pasando completamente sola.

El año pasado, Malcolm me había enviado un enorme ramo de flores y

una pequeña tarjeta disculpándose por no poder estar presente, ya que se le había presentado una emergencia en el club. Él no tenía por qué saber que al igual que el año pasado, hoy también me había comprado un caro vestido solo para impresionarlo, y que la misma historia se había repetido: él se lo iba a perder.

El vestido que bien me había costado un ojo de la cara, tenía algunas transparencias, pero nada que invitara a lo vulgar o denigrante. Era sofisticado y de un hermoso color blanco que le daba realce a mi piel aceituna: quería verme guapa, solo para él.

Me había maquillado destacando mis ojos azules y dejado mis labios limpios de labial con la idea de poder tener besos apasionados.

Se me escapó una pequeña risa con ese pensamiento, lo que me ganó ciertas miradas extrañadas de los comensales a mi alrededor. Obviamente no se les había pasado por alto el hecho de que iba a cenar sola, ya que la presencia de mi pequeño hijo llamaba mucho la atención. Podía imaginar lo que estas personas estaban pensando de mí.

«Sí señores, si observan a su derecha, podrán apreciar a una pobre mujer celebrando su cumpleaños en completa soledad con su pequeño hijo. Son libres de sentir pena por la desdichada». Imaginaba que ese sería el discurso de unos de los guías turísticos que abundaban en esta ciudad.

El camarero que me dio la bienvenida me sonrió a la distancia y yo le hice señas de que se acerqué porque ya estaba lista para ordenar.

Total, entre más rápido comiera mis mariscos más pronto me largaría a mi casa a lamer mis heridas, mientras pegaba los pedazos de mi corazón roto en la absoluta oscuridad de mi habitación, y lloraba en silencio el no tener un hombre con quien tener una idílica noche de pasión.

El camarero no dudó en acercarse.

—Mi señora...

—Ya estoy lista para ordenar. —Él sonrió expectante: hasta el pobre se sentía mal por mí—. Voy a pedir el platillo especial de mariscos y me gustaría...

—Que le trajera a la hermosa dama, el pastel de cumpleaños más grande que tenga...—Levanté inmediatamente mi mirada.

Mis ojos no podían creer lo que veían; mis piernas empezaron a temblar: ¡Oh por todos lo...!

—¡Papá!... ¡Papá! —gritó, con algarabía, mi pequeño hijo, mientras buscaba la manera de levantarse de su silla e ir a los brazos del hombre que lo

había sostenido desde el día en que nació.

—¡Hola, campeón!

Mi boca se secó mientras mis ojos ladrones bebían de su imponente presencia; esta noche no llevaba su tradicional esmoquin blanco. Y no solo eso, también se había rasurado y vestido con una impecable camisa manga larga color borgoña con el cuello abierto y pantalón de vestir negro: lucía absolutamente hermoso.

Cerré mis piernas rápidamente para aliviar un poco la opresión que sentía en mi coño.

¡Mierda!

Esta noche mi consolador y yo íbamos a tener una maratón de sexo intenso.

—¡Papá, ya llegó! —proclamó, emocionado, mientras cumplía con el angustioso deseo de mi hijo y lo sacaba de su prisión, para acto seguido sentarse en la elegante silla a mi lado derecho y colocar a un feliz y emocionado Damián sobre sus piernas—. A papá, se le hizo algo complicado encontrar a mamá.

Sus ojos conectaron con los míos y yo tragué forzosamente el nudo que se había alojado en mi garganta.

Olvida lo de intenso; esta noche lo quería violento y salvaje y en todas las posiciones. Sus ojos brillaron como si pudiera leer mi mente sucia; yo me sonrojé y me aclaré la garganta. Me había olvidado de que teníamos público.

—Yo...

—Mi mujer está de cumpleaños —indicó sonriente sin apartar su brillante mirada de mis ojos.

Mi hijo estaba loco buscando la posición adecuada para jugar con el caro reloj del hombre al que cariñosamente llamaba «papá», y que él lo permitía. Porque así de grande era su amor por el niño que ni siquiera era suyo.

Podía sentir las gotas de sudor hacer su camino por mi espalda.

—Oh, mil disculpas mi señora. —Miré al camarero: él me sonrió profesionalmente—. Será un enorme placer ser su camarero en esta noche tan especial.

Abrí la boca para agradecerle, pero la voz de barítono de mi nuevo acompañante me hizo apretar mucho más las piernas.

—Gracias. Y como es una noche especial... —Todos pensarían que era la mujer más extraña por derretirme solo con la voz de mi supuesto marido—,

queremos que todos se unan a nuestra celebración, por lo que, de cortesía, indíqueles que Malcolm DuPont, les obsequia con mucho respeto y consideración un pedazo de pastel acompañado por supuesto de una botella de su mejor vino, por motivo del cumpleaños de su hermosa... prometida.

Estaba segura de que mis pezones se mostraban fruncidos y excitados a través de la delgada tela del vestido.

—No es necesario...

—Como ordene, mi señor. —El camarero se alejó rápidamente con dirección a la cocina, casi saltando sobre sus pies de la emoción.

Entendía su actitud burbujeante, después de todo, no todas las noches tenías el privilegio de servir a un monarca, cuya familia era lás antigua, rica y poderosa del mundo entero.

E incluso yo, a veces pensaba que estaba imaginando que este hermoso y sensual hombre quisiera pasar tiempo conmigo y mi pequeño hijo. Y lo más importante, que le permitiera que lo llamara: «Papá».

—En serio. —Me aclaré la garganta y me obligué a encontrarme con sus almendrados ojos; podía sentir mi ropa interior húmeda—. No es necesario que gastes todo ese dinero en mí.

—El dinero se gana, mi bella Dayanna. Y lo que tú crees que podía costarme miles de dólares, recuerda que tranquilamente lo puedo ganar en una sola noche.

Quise patearme cuando recordé que este hombre por noche ganaba lo que muchos quizá les costaría ganar en veinte años de arduo y duro trabajo. Además, no podía olvidar el asunto de su millonaria herencia.

Efectivamente, el hombre sentado a mi lado bien podía sobrevivir con unos cuantos miles de dólares menos esta noche. Y, así mismo he de recordar siempre, que solo éramos un caso de caridad. Nada más.

Malcolm DuPont, era aquella estrella inalcanzable para un pobre desdichada como yo.

XV: PASIONES DESENFRENADAS

MALCOLM TRES AÑOS ATRÁS

Me estaba volviendo loco y sabía perfectamente el motivo.
—Jefe, si me permite aconsejarle...

—Vete a la mierda —atajé de golpe el discurso de mi fiel guardaespaldas y mejor amigo, mientras agudizaba mi mirada en la pantalla de mi laptop y me esforzaba por trabajar haciendo unos gráficos sobre los últimos ingresos del club y otros negocios que actualmente estaba experimentando.

Mathew soltó un bufido.

—Es «San Valentín» y sé perfectamente el lugar en el que le gustaría estar. *Todos* estamos conscientes del lugar en el que le gustaría estar, para ser más específico.

No contesté.

Me concentré más en la hoja de calculo frente a mí. Quería estar solo, no quería pensar en Dayanna estando sola en su casa junto al pequeño Damián viendo una película cursi sobre el día más trillado de la historia.

—En ese caso, me alegro mucho de que Dayanna no esté sola esta noche y haya aceptado recibir en su apartamento la visita de este hombre.

Casi estrello la laptop al piso; levanté la mirada esperando haber escuchado mal. Mathew se encogió de hombros, pero no retiró lo dicho. Sentí mi sangre hervir a fuego lento.

—Un compañero de trabajo según me informaron. —Sacó su celular y tecleo algo—. Sí, así es. —Sus ojos se encontraron con los míos—. Charles Relish.

Que nombre para más ridículo y estúpido, pensé mientras me levantaba y empezaba a ponerme mi saco.

—¿Alisto la limosina?

Negué mientras empezaba a caminar hacia la salida.

—No. Yo mismo manejaré hasta allí. Estoy fuera por el resto de la noche.

Juro que escuché que soltó una disimulada risa, pero no tenía tiempo de detenerme y cuestionar su comportamiento, o el mío en este caso.

Creo que gritó que no olvide la sombrilla, pero poco me importaba empaparme.

Las intensas y fuertes lluvias de febrero tenían que en algo ayudarme con el dolor de cabeza que tenía. La sien me palpitaba fuertemente mientras veía rojo todo a mi alrededor.

¿Qué mierda pensaba recibiendo a ese hombre? ¿Qué carajos ocurría con ella? Tantos millones de dólares invertidos en su seguridad y en ocultar sus huellas para que el maldito de su ex no la encuentre y ella iba y recibía en su apartamento a un completo desconocido.

Su hogar donde solo podía permitir personas de confianza que rodeara al pequeño Damián.

Era una insensata. Eso era lo que era realmente.

Él viaje hasta ese apartamento se me hizo eterno, y cuando al fin llegué, no esperé al ascensor, sino que hice inmediatamente mi ascenso por las escaleras de emergencia, goteando agua por todo el maldito lugar.

Cuando llegué al cuarto piso y me detuve frente a su puerta, me percaté de que no se filtraba el brillo de luz bajo la puerta.

¡Maldita sea!

Mi respiración se hizo trabajosa mientras me la imaginaba abierta, exponiendo toda la delicia de su coño a un imbécil cualquiera. Regalando de buena manera su cuerpo a un hombre que quizá distaba mucho de ser capaz de llevarla hasta las alturas y venerar su cuerpo como se merecía. Pero ahí estaba ella, regalando su exquisita esencia a cualquier tipejo. Desperdiciando sus gemidos a oídos incapaces de apreciar la suave melodía de sus graves y agudos jadeos.

Golpeé ruidosamente la puerta. A estas alturas, ya no pensaba racionalmente. Solo quería agarrar por el cuello al imbécil y darle una paliza...

Escuché los seguros siendo retirados y un segundo después una

soñolienta Dayanna emergió frente a mí. La pequeña blusa que usaba para dormir dejaba a la vista sus pequeños pezones rosados —mis manos se sentían calientes y sudorosas por el deseo enfermizo de destrozarse aquella barata prenda y de esa manera quitarla de mi camino para que mi ambiciosa boca devorara a su antojo esos deliciosos pezones, hasta dejarlos rojos, sensibles e hinchados después de chuparlos por horas. Quería sentir en mis manos su espesa crema mientras se corría una y otra vez solo chupándole las malditas tetas perfectas que tenía—, sus torneadas piernas estaban descubiertas por su pequeño short azul.

Decir que adoraba lo que el embarazo y el amamantar al pequeño Damián les había hecho a sus tetas, sería mentir descaradamente.

Adoraba las nuevas curvas que presumía su cuerpo. Quería pasar horas delineando las pequeñas estrías que sabía que le habían quedado a los costados de su cintura, y de las que se quejaba constantemente con Mathew, a quien le pedía que le preguntara a su esposa sobre consejos de cremas comerciales para tratar de desaparecerlas.

Yo no quería que las borrara de su perfecto cuerpo, por eso le ordené a Mathew que no transmitiera el mensaje a su esposa y, que, en su lugar, se limitara a decirle a Dayanna que se había olvidado de preguntar. Yo amaba todo lo que poseía esta hermosa mujer frente a mí. Sus defectos como sus virtudes; porque para mí era perfecta.

Sencillamente perfecta.

—Malcolm, ¿qué pasa? ¿Por qué est...

Estrellé mi boca contra la suya. Estaba cansado de esperar algún tipo de insinuación por su parte que me indicara que estaba lista para seguir adelante.

Que su alma ya no amaba al maldito «Demonio de Wall Street». Y, que solo tal vez, tenía la oportunidad de entregarme su corazón, para así cuidarlo como lo más preciado del mundo. Quería que me otorgara el privilegio de amar su cuerpo día y noche. De ser lo primero y lo último que vieran sus hermosos ojos al levantarse y acostarse cada nuevo día. Que me diera por su propia voluntad su alma entera, así como lo había hecho con aquel miserable.

Suspiré de alivio cuando sus labios se entreabrieron, el permiso silencioso explicitó en aquel pequeño gesto; temblé un poco, el rechazo siempre era una opción latente que me frenaba de perseguir mi sueño.

Me relajé, era obvio que no tenía ningún invitado. La conocía lo suficientemente para saber que jamás usaría esa ropa andrajosa para pasearse por delante de su amante.

Gimió cuando empotró su cuerpo contra el marco de la puerta. Por un precioso momento ella y yo fuimos uno. Y esa sensación envió fuego a mis venas.

La levanté para que pudiera envolver sus pierdas en mi cintura y así empezara a restregarse contra mi hambrienta polla.

Solté su boca y atacé con precisión sus pezones que empujaban la tela sobre ellos; los chupé sin importarme el tejido delgado que los separaba de mis desnudos labios.

—dios...—dejó caer la cabeza contra el marco y me ofreció el mejor festín de mi vida.

Los devoré con más urgencia mientras sus empujes se volvieron más intensos.

Mi polla dura como el hierro, rogaba que la dejara libre para poseerla; pero contuve el deseo. La primera vez que la hiciera mía, sería cuando ella aceptara llevar mi puto anillo en su dedo anular. Caso contrario, ella sabría lo que se estaba perdiendo si lo rechazaba.

Esta noche solo era una muestra de lo que le iba a dar por el resto de nuestras vidas. Si así lo permitía, iba a ponerle el maldito mundo a sus pies.

Ella ni se imagina de lo que soy capaz de hacer por verla feliz. Mi misión sería: siempre cuidar de ellos, porque sin desearlo o proponérmelo, ellos ahora eran mi familia.

Una familia, por lo que estaba dispuesto a ir a una sangrienta guerra contra el mismo «Demonio de Wall Street».

He incluso morir en el intento.

XVI: UNA PROBADITA

DAYANNA

La mañana siguiente, me levanté con el dolor más exquisito en mis pezones. No recuerdo cuantas veces me corrí sobre la polla de Malcolm cubierta por su pantalón, pero debieron ser muchas porque aun mi ropa interior se sentía húmeda.

Aun no amanecía completamente, el cielo de Los Ángeles aún permanecía parcialmente oscuro y el bullicio casi pasaba desapercibido.

Llevé mis manos hacia mi sensible pezón y ahogué un gemido mitad placer, mitad dolor por la corriente que corrió hacia mi coño; se sentía en carne viva. Cerré los ojos recordando con avidez todo nuestro encuentro. No sé por cuantas horas se limitó a sostenerme contra el marco de la puerta y hacerles el amor a mis pezones.

Quien diría que podía tener tantos orgasmos solo con la boca de un hombre chupando y lamiendo mis tetas como si estuviera muerto de hambre.

Malcolm DuPont, definitivamente era otra cosa.

Metí la mano en el interior de mi pequeño pantaloncillo de dormir y encontré mi clítoris. Inmediatamente lo rodeé y empecé a jugar con el mientras alucinaba que era Malcolm quien lo hacía con disfrute.

Gemí bajito deseando que no se levantara mi hijo y me robará este pedazo de imaginación. Tenía que ponerme en marcha dentro de unas pocas horas, pero ahora quería disfrutar de las emociones despertadas en mi cuerpo, gracias al asalto que sufrió por parte de aquel hombre que inundaba mis sueños con su caótica presencia.

Empecé a frotar con vigor mis rosados labios; rosando brevemente el capullo que pedía a gritos la boca del hombre que nos regaló el mejor «San

Valentín» del mundo.

Podía sentir como empezaba a tomar forma el orgasmo y me concentré en imaginar a detalle los ángulos del cuerpo de aquel magnífico hombre y como me gustaría que me viera masturbando mientras pienso en él.

Mis dedos adquirieron fuerza y velocidad a medida que me lo imaginaba parado frente a mí, acariciando poderosamente su polla y disfrutando del espectáculo. Claro, que no era como si fuera una experta excitando a los hombres, pero por él me esforzaría muchísimo para estar a su altura.

Quería descubrir y aprender que le gustaba, para así ir mejorando paulatinamente hasta convertirme en toda una experta en hacer volar su mente como él lo había hecho ayer en la noche.

Quería que sus labios rogaran por besar mi boca y que sus manos se enloquecieran por tocarme.

Jamás desee tanto poseer el alma de un hombre como lo hacía con el maldito Malcolm DuPont que, de manera escurridiza, hizo su trabajo en tenerme deseando ser devorada en todos los sentidos por un hombre como él.

Quería tener su polla en mi boca mientras yo me masturbaba violentamente y que él expulsara su espeso y amargo semen en mi boca para yo beber como si de agua se tratara.

El orgasmo me impactó sin previo aviso, acallé mi grito de éxtasis mordiéndome los labios mientras mis dedos seguían exprimiendo hasta el último de los temblores que atormentaban y relajaban mi sudoroso cuerpo.

Me enloquecía la idea de ser suya, pero tenía que reconocer que había muchas cosas que podrían salir mal.

Suspiré con una sonrisa en mi rostro, y abrí los ojos. La paz reinando por unos escasos minutos sobre mí. Sabía que Malcolm era un gran amante, según los cuchicheos que había escuchado por ese corto tiempo en el que estuve en su club.

La única que tenía el «privilegio» de ser poseída diariamente por él, era Eva, la más antigua de las trabajadoras. La «puta fundadora» como la llamaban con respeto el resto de las chicas.

Mi paz interior murió de golpe con el pensamiento de que, quizá después de colocarme suavemente sobre mi sofá exhausta y rendida por su acometida en el pasillo, él fue en su búsqueda para poder follarla y liberarse de la furiosa erección que sentí impactar contra mi coño mientras lo cabalgaba sin piedad.

Saqué mi mano de mi pantaloncillo y me hice un ovillo. Esta vez el

gemido que permití que se escapara de mis labios era de tristeza.

«Malcolm DuPont, que diablos le has hecho a mi cabeza.» Y como diablos, podría continuar así.

XVII: VENGANZA

MALCOLM DÍA ACTUAL

Su llamada llegó casi al medio día. Y no es como si este día no lo hubiera estado esperando, pero, inevitablemente sentí que era muy pronto.

—Seis malditos años.

Me mantuve impassible a su amenazante intervención.

—La hiciste tuya, cuando ya era mía. —Soltó una risa acida que carecía de humor—. Escondida bajo mi puta nariz. —Lo podía imaginar tras su enorme escritorio negro bullendo de la ira—. Fuiste y te apoderaste de la mujer más especial que se había equivocado de profesión...

—Ella no lo ve de esa manera, para ser sincero —lo interrumpí.

La línea parecía muerta, pero sabía perfectamente que él seguía escuchando.

—Damién Vitorri, tuviste tu oportunidad. Pero, por andar de bocazas y gilipollas perdiste.

—No lo hice —se jactó—. Con el chasquido de mis dedos, ella regresará conmigo. Tendrías que a haberla visto como de excitada se puso cuando la acorralé en el ascensor. —Suspiró y escuché algo crujir.

Mi mano se apretó alrededor del celular; estaba seguro de que el maldito se estaba acariciando mientras me contaba lo que le había hecho a mi mujer en su puta empresa. Solo imaginar que el hijo de puta la había amedrentado, me volvía loco.

Siempre me pareció muy arriesgado que ella siguiera trabajando en ese lugar, pero tan enamorado que estaba, que en ese momento pensé que si la

presionaba demasiado ella también desaparecería de mi vida. Además, su alegato era válido; Damien Vottori, jamás buscaría en su propia empresa. Y contra todo pronóstico, ella había tenido razón, él la buscó incansablemente por cuatro años en cada empresa del país, menos en la suya. Lo mismo hizo en cada club y en los hospitales, incluso me informaron que pidió los expedientes de la morgue. Parecía que nunca cesaría, que fue un gran alivio cuando mi topo me informó que él había dejado de buscarla. Creí que ya estábamos fuera de peligro, pero ahora me doy cuenta de mi error. Mientras que siga respirando este maldito, jamás íbamos a lograr la paz que tanto deseábamos.

—Sus preciosos ojos estaban tan dilatados por la excitación, que casi el azul profundo de su iris se tragaba el blanco. —Inspiró profundamente—. Aun conservó en mi nariz el olor de su dulce deseo flotando alrededor de nosotros. ¡Mierda! —siseó con voz ronca mientras el crujido de la tela aumentaba.

Él maldito se estaba masturbando mientras hablaba conmigo. Corté la llamada inmediatamente y me levanté de mi silla y con todas mis fuerzas lancé el celular contra la puerta cerrada de mi oficina; este se hizo pedazos. Esta se abrió enseguida revelando a mi mejor amigo, quien no era otra más que mi jefe de seguridad; su rostro era sombrío. Le bastó evaluarme un minuto para saber que el día había llegado.

—¿Es hora?

Asentí tratando de controlar mi maldita respiración.

—En media hora los hombres estarán preparados y esperaremos su señal. Mientras tanto, voy a enviar a Cesar a buscar a Dayanna y a tu *hijo*.

No necesitó respuesta de mi parte e inmediatamente cerró la puerta y me dio la intimidad que necesitaba para calmar mi furia. Me sentí agradecido que Mathew me conociera perfectamente.

El miedo de perder a mi familia me hacía sentir casi débil. Colocando las palmas de mi mano sobre el escritorio me apoyé sobre ellas y dejé caer la cabeza.

La duda carcomiendo mi alma. Sería posible...mi garganta hizo un extraño ruido, cerré los ojos.

—¡No! —rugí con todas mis fuerzas; mi rostro bañado en lágrimas. Ella no podía haberle correspondido.

Mi cuerpo tembló: ella no puede escoger a ese maldito enfermo hijo de puta. No cuando ella era todo lo que le daba maldito sentido a mi miserable existencia.

La amaba y, aunque ella quizá en el fondo, aun siguiera enamorada de ese enfermo, yo lucharía hasta el cansancio. Porque yo no veía razón de seguir en este mundo sin ellos.

Mi familia.

No veía el objetivo de seguir respirando si mi corazón dormía en los brazos de otro hombre.

Había llegado a la conclusión hace muchos años atrás, que después de ella no había nada.

Y mi muerte, sería mi última declaración de amor. Una muerte que sellaría mi amor hacia ella para siempre.

XVIII: OBSCENIDADES

DAYANNA DOS AÑOS ANTES

Es Navidad y Mathew me acaba de llamar para comunicarme que Malcolm DuPont está muy enfermo, por lo que no iba a venir a cenar.
«Putas mentiras».

Arranqué de mis manos los ridículos guantes navideños que me había colocado para sacar del horno el delicioso pavo que había decidido preparar. Mi pequeño hijo estaba en medio de mi pequeña sala viendo el especial de Navidad que transmitían todos los años mientras jugaba con los obsequios que le habían dado el personal de Malcolm.

El maldito que me había dejado plantada precisamente esta noche en que había decidido que me iba a saltar las tradiciones del cortejo.

Caminé hacia mi sofá —donde había planeado seducirlo con la lencería provocativa que había comprado en un Sex Shop—, y me derrumbé en un mar de ira comprimida y frustración sexual.

Suspiré cuando mi mirada deambuló hasta la mesa de cuatro puesto que había adornado meticulosamente con el fin de que se viera perfecta y así...

Me sobresalté por el sonoro golpe en la puerta.

¡Él ha venido! Pensé con ilusión mientras rápidamente me alisaba el pequeño vestido negro que dejaba poco a la imaginación y me apresuré a abrirle la puerta. Me desinflé notoriamente cuando mis ojos se trabaron con los de Mathew.

—Vete —gruñó, en mi dirección, igual de emocionado por verme.

—¿Perdón?

—Me escuchaste. —Puso los ojos en blanco—. El jefe está enfermo y no ha salido de su mansión en veinticuatro horas. El club por primera vez en más de catorce años está cerrado y tú iras inmediatamente a verlo, mientras yo me quedo con el pequeño por un par de horas.

—Pero...

—¿A que esperas, mujer? —Su ceño se frunció—. Vete de aquí. O, ¿es que ya te acostumbraste a que te saque a la fuerza de todos los lados en el que estamos?

Puse los ojos en blanco por su obvia ironía, pero no dudaba en que cumpliría con su amenaza.

—¿Seguro que te puedes quedar con él por unas horas?

Ignoró mi pregunta mientras me empujaba hacia el exterior y cerraba la puerta en mis narices.

¿Qué demonios les pasaba a estos hombres que adoraban cerrarme la puerta en la cara?

—¡Cesar, está abajo en la limusina esperando por ti! —gritó, aun con la puerta cerrada.

No necesité más y me aventuré a bajar las escaleras. Tenía ganas de verlo y averiguar que sucedía. En mis casi cuatro años conociéndolo jamás lo había visto enfermo.

Cesar me saludó y emitió un sonoro silbido cuando se percató del atuendo que llevaba.

—Cuando vea lo que llevas puesto, de seguro que le da un ataque al corazón y ordena a que me saquen los ojos.

Ignoré su comentario machista y en su lugar lo saludé animadamente.

—Hola, Cesar.

—Dayanna. —Hizo una reverencia e inmediatamente abrió la puerta de atrás.

Intercambiamos algunos comentarios sobre el clima durante el largo viaje hasta la mansión. Cesar era el segundo hombre en quien más confiaba Malcolm, por lo que me sentía completamente segura en su compañía. Cuando llegamos a la lujosa residencia, casi me caigo de mis tacones: toda la propiedad estaba a oscuras.

—¿Él-él sabe que yo iba a venir?

El temblor en mi voz era porque no quería encontrarlo follando a Eva. Estaba enamorada, pero tampoco era estúpida.

Cesar no contestó porque se bajo enseguida y caminó hasta mi puerta y

la abrió. El frío aire acompañado de una leve nevada le daban un aspecto sombrío a la enorme casa del hombre de quien me había enamorado. Empezamos nuestro pequeño trayecto hasta la enorme puerta de entrada, con cada paso que daba tenía el presentimiento que mi presencia aquí no era solicitada.

—Tranquila. —Miré el rostro sonriente de mi guardaespaldas, mientras este metía la llave dentro de la cerradura. En el panel a su derecha había un pequeño sensor y presionó su dedo sobre este para que luego de un segundo darle vuelta a la llave.

—Si lo que te pone nerviosa, es el hecho de que la mansión esté a oscuras, déjame decirte que siempre luce así cuando él está en su interior. En todo caso, cuando él no está, es que podemos encender todas las luces. —Me guiño un ojo—. Le gusta la oscuridad porque le ayuda a pensar, según tengo entendido.

Asentí mientras buscaba calor y valor dentro de la pequeña manta que encontré dentro de la limusina. Esta era la que siempre cargaba Malcolm cuando viajamos con Damián en caso de que quisiera tomar una siesta.

—Tú, de entre todas las personas de este planeta, jamás deberías temerle. O, sentir miedo a su alrededor. En todo caso, pienso que debería ser todo lo contrario.

—A que te refieres con que...

Pero él ya se estaba alejando con dirección al lujoso vehículo.

—¡Feliz Navidad, Dayanna!

Fue su despedida antes de subirse a la limusina y desaparecer por el sinuoso camino por el que habíamos llegado.

Empujé un poco la puerta sin saber que me iba a encontrar en su interior. Caminé por la larga estancia sintiendo mi pulso acelerado y ganas de vomitar. Las escaleras de mármol y que se dividían en el rellano del primer piso se me hicieron eternas mientras empezaba mi ascenso.

Su habitación estaba en el primer piso ubicada en el ala sur. Así que empecé mi angustioso camino a oscuras dentro de una casa que parecía tener vida propia.

—Malcolm...

Nada.

Esta no era la primera vez que estaba en su casa, ya hasta había perdido la cuenta, pero jamás en su habitación.

Si sabía dónde estaba, era porque en una conversación, Mathew había

dejado caer ese trozo de información; caso contrario, andaría más perdida que una jirafa en un centro comercial.

La enorme puerta frente a mí se imponía atterradoramente; suspiré audiblemente y empujé suavemente esperando que estuviera sin seguro; crujió un poco cuando se movió y rápidamente me bañó un débil brillo provenía de su interior. Jadeé sin poder evitarlo cuando vi muchas velas adornando cada equina de la habitación. La misma que lucía impecable y elegante y, en el centro de esta, se encontraba una gigante cama de madera con un impresionante dosel que la hacía la más hermosa y aterradora que había visto en toda mi vida.

—Me preguntaba cuanto tiempo te tomaría encontrarme.

Di un respingo cuando Malcolm —que lucía imponente y endiabladamente sexy con su camisa de tela de color negro y pantalón de tela gris—, emergió de la oscuridad.

Había notado como hace mucho tiempo había dejado de usar su esmoquin blanco, pero no me creía con derecho de cuestionarlo y preguntar el porqué de su drástico cambio y mucho menos incordiarlo en tratar de averiguar sobre su renovada forma de vestir. Y, quizá mis ojos me engañaban, pero yo no veía ningún signo de enfermedad en su semblante.

—Mathew... —me aclaré la garganta mientras secaba mis manos contra mi cintura. —Mathew, dijo que estabas enfermo, pero yo no veo... —Malcolm se acercó un poco más hacia mí.

El brillo de las velas le daba un matiz diferente a sus preciosos ojos, por lo que me abofeteé mentalmente cuando sentí mi pulso incrementar: «Tranquilízate de una puta vez, mujer.»

—Solo quería ver si te encontrabas bien. —Erguí mi espalda y traté de mostrar indiferencia.

—Como ves, estoy en perfecto estado. —Sus labios se veían tan apetecibles desde esta distancia—. Y como sé, que eres la maestra de evitar situaciones incómodas y que te gusta desviar cier...

—Me marchó.

—El tiempo de pagar tu deuda ha llegado.

Me paralicé completamente en el umbral de su enorme puerta. Mi corazón latía desbocado mientras mis piernas se sentían débiles: Malcolm DuPont, al fin me daba algo a que aferrarme. Me giré lentamente cuando comprendí que no había salida de esto. El día había llegado y me alegraba estar preparada para ello, pero decidí jugar un poco con él.

—¿Cuál deuda?

Sus ojos se estrecharon, y antes de que pueda formular otra idiotez, sus fuertes brazos me rodearon y atrajeron hacia él; un gemido agudo abandonó mis labios.

—No estoy para juegos esta noche, Dayanna. He esperado demasiado y no pienso caer en tus provocaciones.

Su voz era ronca y amenazante, pero por una extraña razón no tenía miedo. No sabía en que momento había dejado de temerle, pero estaba indiscutiblemente deseosa de que empezara a cobrar su deuda.

—Dime en que piensas, Dayanna.

—Estoy pensando en muchas cosas en este instante, pero la más importante, es que deseo que reclames lo que crees que te pertenece.

Eso provocó una sonrisa en sus labios y asintió.

—Quiero que te desnudes completamente y te recuestes sobre la cama. —Su mirada recorrió mi atuendo—. Voy a atarte y estoy seguro de que lo vas a disfrutar mucho, ¿verdad?

No contesté, porque mi cabeza trataba de analizar lo que significaba su orden, pero mis pensamientos se dispersaron cuando sus dedos encontraron la cremallera de mi vestido y lentamente lo jalaban hacia abajo. Dio un paso hacia atrás para observar la lenta caída de este; sus ojos se dilataron y oscurecieron con deseo cuando vislumbraron mi lencería.

—¿Esperaba a alguien esta noche, señora Scott?

Asentí.

—Sí, pero lamentablemente se reportó enfermo.

Sus ojos brillaron y sus labios se curvaron en una provocativa sonrisa.

—Gracias a los astros que los planes cambiaron. Pienso que hubiera sido un total desperdicio perderse semejante vista.

—Yo también lo creo —confesé casi sin aliento.

Y era en serio, me alegraba este cambio de planes. Esta noche de que iba a poseer a Malcolm Dupont era un hecho.

Nada se interpondría; ni siquiera mis estrías.

XIX: UNA BALADA SIN ÁNIMO DE LUCRO

DAYANNA

Me llevó de la mano hasta su cama, y como lo imaginé, había unos brazales sujetos en las esquinas de esta.

—Iba en serio lo de atarme ¿eh?

Empujó suavemente mi cuerpo hacia la cama y sonrió.

—Jamás bromearía con algo así, dado a tu peculiar gusto por «Cincuenta Sombras de Grey».

Puse los ojos en blanco.

—No juegues con esas cosas.

Como si lo hubiera ensayado miles de veces, me colocó en el centro de la cama y procedió de manera delicada y fluida a inmovilizar mis muñecas y los tobillos. Un estremecimiento me recorrió cuando su aliento se detuvo sobre mi vientre.

—Una de las cosas que más amo de ti, son estas pequeñas marcas.

Pasó suavemente su dedo sobre cada una de mis estrías. Me ruboricé: tenía veinte en total. Las había contado con ayuda de Úrsula, porque estaba realmente obsesionada con ellas. Eran de un feo color blancuzco y se veían claramente sobre mi piel aceituna. Casi parecía un mapa hidrográfico, por tantas líneas descoloridas que recorrían mi abultado estómago. Su larga inspección me hizo recordar todas mis inseguridades.

Por supuesto que el embarazo era maravilloso, pero no por ello había que tapar el sol con un dedo y obviar los cambios tantos físicos como emocionales que sufres durante y después de esa parte tan hermosa de la vida.

—No tienes por qué avergonzarte y sentirte mal por ella. —Me derretí cuando su boca reemplazó su dedo—. Estas son las cosas más hermosas que he visto en mi vida. —Dejó varios besos por todo mi vientre—. Y son las que te hacen precisamente mi Dayanna.

Si antes tenía dudas de que estaba enamorada de este hombre, todas ellas salieron volando por la ventana después de aquella confesión.

Malcolm DuPont era la definición de la palabra contradicción. Mientras que su tosco exterior gritaba peligro y muerte, era su hermosa personalidad y gran corazón lo que lo volvía altamente peligroso para una mujer como yo.

—No te quedes callada —ordenó.

Gemí audiblemente cuando sus labios rozaron mi pelvis. ¡Santo cielo! Podía sentir mi cuerpo haciendo corto circuito.

—Yo-y-yo pienso que son feas.

Mi confesión salió en un ronco lamento.

—Entonces, ¿crees que te estoy mintiendo? —Mis ojos se hicieron enormes cuando vi que de su pantalón sacaba unas pequeñas tijeras rojas—. O, acaso... ¿Me estás llamando mentiroso?

Los nervios empezaron hacer su trabajo en mi cuerpo; negué violentamente.

—No-no. —Mi voz tembló incontrolablemente—. Yo no pienso eso— Tragué el pesado bulto en mi garganta—. ¿Q-qué-qué estás haciendo con esas tijeras?

Nuestros ojos se encontraron y me dedicó una sonrisa que gritaba a viva voz: sexo y dolor.

—Solo deseo que esta noche, mi dulce Dayanna, conteste a una simple pregunta que voy a hacerle.

—¿Qué pregunta? —me oí preguntar emocionada.

—¿Ansiosa? —Sonrió complacido por mi efusividad.

Asentí.

—Como no tienes ni idea.

Chasqueó su boca y negó con la cabeza. Las tijeras conectaron suavemente con el extremo derecho de mi tanga y la cortó.

—Me encanta la forma en que tu cuerpo se estremece por mi cercanía. —Suspiró mientras hacía lo mismo con el otro extremo y dejaba mi sexo al descubierto—. Es adictiva la forma en que tu respiración se traba y luego sale a trompicones por lo que te estoy haciendo en estos momentos. Es sencillamente hermoso.

Asentí, admirando la belleza masculina del hombre que hace mucho tiempo atrás había robado mi corazón.

—¿Por qué eres así? —fue inevitable no preguntar teniendo la oportunidad servida en bandeja de oro.

—¿Así cómo? —Sus manos se detuvieron, pero no levantó la mirada.

—Ya sabes. —Rogué al cielo que su mirada encontrara la mía, pero él seguía observando fijamente mi cadera—. Pasas todo tu tiempo libre con nosotros, cuando podrías pasar ese tiempo con una mujer que te diera un hijo propio. He visto como eres con Damián, y sé que serás un gran padre algún día. —Suspiré—. ¿Dime porqué nos das tanto de ti mismo sin pedir nada a cambio? ¿Por qué sigues cuidando de nosotros, cuando ni siquiera es tu obligación a...?

—Porque el corazón no escoge a quien amar; solo sucede. —Sus ojos se encontraron con los míos y fue como si succionaran mi alma—. Y yo... sencillamente no puedo evitar amarlos.

Mi respiración se atascó en mi garganta; el sudor perló mi frente. Podía sentir mi corazón galopar desenfrenado en mi pecho.

—Yo...

—Esta noche quiero pedirte que te cases conmigo.

Casi me desmayo; eso no podría estar pasando. Moví mis manos para liberarlas, pero no ocurrió nada.

—¿Puedes desatarme? —pregunté lo más calmada que pude, pero él no contestó. —¿Malcolm? —sacudí mis brazos: nada.

—Te voy a liberar cuando respondas a mi pregunta. —Sus ojos brillaron con determinación. Tragué el horrible bulto que se había alojado en mi garganta.

—No...no comprendo. ¿Cuál pregunta? —Mis piernas empezaron a temblar cuando lentamente acercó su boca a mi coño sin apartar la mirada de mis ojos.

—Mi dulce, Dayanna...—Su mano abrió lentamente mi hendidura: ¡Diablos! Su lengua salió y cuando hizo contacto directo con mi capullo, me sobresalté y cerré los ojos. —De aquí no te vas hasta que me aceptes casarte conmigo, en esta semana.

—¿Esta semana? —mi pregunta salió en un ronco gemido.

—Por supuesto. No creo que te daré oportunidad de huir de mí. Hoy he venido a cobrar nuestra deuda y no pienso marcharme con las manos vacías. Sin esperar respuesta de mi parte y por más de veinte minutos me torturó

lamiendo, chupando y acariciando mis tiernos labios. Él conocía tan bien mi cuerpo, que cada vez que estaba a punto de explotar el cesaba inmediatamente con sus caricias/tormento lo que provocaba que yo gritara de frustración. La cabeza me daba vueltas y mi cuerpo exigía una liberación. Él me estaba torturando implacablemente para que le dijera que sí, pero es que no podía explicar el por qué mis labios se rehusaban a pronunciar esa palabra y acabar con nuestro sufrimiento. Mi cuerpo y mente estaban en conflicto; él supo el momento cuando todas mis reservas muriendo y emití un débil gemido.

—Acepto —me oí susurrar, aun con los ojos cerrados. Esto era lo que mi alma entera deseaba y yo iba a dárselo. Ser la esposa de Malcolm DuPont sería una de mis mayores aventuras. Pronto su cuerpo cubrió el mío y sin esperar un solo segundo sentí que deslizaba algo en mi dedo anular de mi mano izquierda mientras su polla hacia lo mismo, pero lentamente en mi interior.

¡Oh, mi... ! Su cálido aliento revoloteó en mi cara y abrí los ojos.

—Eres mía, Dayanna. Solo mía de ahora en adelante hasta el final de nuestros días. —Sus caderas empezaron a trabajarme duro. Cada embestida era como si deseaba quedarse perpetuo en mi interior.

—Te amo, mi dulce Dayanna. Y te juro que te haré la mujer más feliz de todo el mundo si me lo permites. Solo tienes que confiar en mí. —Mi piel se calentó por sus palabras.

—Te amo, Malcolm DuPont, y ser tú esposa es como un sueño hecho realidad —Abrí los ojos y admiré el alma bondadosa de mi futuro esposo surgir y arder con vigor en sus ojos. Sus labios conectaron con los míos y sencillamente lo supe: amar a este hombre era lo mejor que me podía haber pasado en la vida.

Y esperaba un día poder demostrarle lo que mi amor era capaz de hacer por él.

XX: LA PUÑETERA REALIDAD Y UNA ESPESA MELANCOLÍA

DAYANNA

Cesar me interceptó en la entrada al hospital. Su ceño fruncido me dijo todo lo que necesitaba saber: Malcolm, lo sabía. Y no me refería precisamente a la enfermedad de mi hijo.

—La mierda acaba de ponerse fea y tengo que trasladarte a la mansión.

Ignoré su orden mientras empezaba a buscar una cafetería con la mirada.

Hace apenas una hora atrás había podido llegar sin accidentes al hospital, donde me actualizaron inmediatamente sobre el estado de mi hijo. Habían programado su operación para dentro de una hora por la evidente apendicitis que presentaba. Por el momento lo mantenían sedado dado que el dolor era agudo y se quejaba constantemente, y para la tranquilidad de todos, la fiebre había bajado considerablemente.

Quería sentirme tranquila y, por ende, planeé llamar a la única persona capaz de conseguir que sintiera aquella paz que tanto necesitaba; mi esposo. Marqué varias veces a su celular, pero este no contestó. Supuse que estaba en alguna junta de negocios, y dejé algunos mensajes de voz indicándole donde estaba y contándole en general lo que ocurría. Esperé a que se comunicara conmigo, pero jamás lo hizo.

Cuando los hombres de mi esposo llegaron a mi habitación del hospital, esperé ver a Malcolm entre ellos, pero sus semblantes sombríos me dieron la pista.

—Dayanna...

—Vete a la mierda —siseé, dándole la espalda.

Crucé rápidamente la calle e ingresé en la cafetería con preciosos estantes llenos de pasteles y aperitivos. No abandoné el hospital porque tuviera hambre, solo tuve esta necesidad imperiosa de salir de aquel lugar cuando me di cuenta de que no podía mantenerme tranquila.

Me molestaba en sobremanera que mi esposo no haya venido a vernos y, que en su lugar, había enviado a sus hombres de confianza para indicarme que ellos se quedarían custodiando a mi hijo y que me notificarían inmediatamente cualquier novedad, pero que abajo Cesar me esperaba para llevarme a la mansión. No podía creer que esa orden la había dado el mismo hombre que había ayudado a pagar y cuidar en estos seis años a mi hermano enfermo. Realmente se estaba comportando como un gilipollas.

—Sabes que con ignorarme no voy a desaparecer. —Suspiró mientras con mi visión periférica, observé como sacó su cartera de su bolsillo trasero.

—No necesito que pagues por mis cosas. Puedes marcharte y decirle al «señor todo poderoso», que de aquí no me muevo sin mi hijo.

Su silencio me estremeció. No quería llorar, pero me sentía tan asustada por el bienestar de mi hijo y sumado a la falta de consideración por parte de mi marido, me sentía al borde del colapso total. Traté de enfocarme en algo que hacer, pero por mi vida que no podía concentrarme en otra cosa.

—Él no pudo venir porque, como comprenderás, dada las circunstancias, tiene que empezar a cobrar favores personalmente si pretende asegurarse de que nada malo les pase a Damián y a ti. Así que no seas déspota conmigo, solo porque he venido a cumplir con mi trabajo.

Mis hombros cayeron: había olvidado de que él solo estaba siguiendo órdenes. Mi ira estaba mal dirigida.

—Solo no comprendo, porque tengo que irme. Puede encargarse personalmente de sus asuntos y luego venir a vernos. Luego yo hablo con Damien y estoy segura...

—Eres más ingenua de lo que pensé, si crees que puedes llegar a razonar de manera civilizada con un hombre como lo es el padre de tu hijo.

Aunque no fue su intención, su declaración envió púas a mi espina dorsal. Tan preocupada como me sentía, había olvidado que después de todo, la amenaza que se cernía sobre nuestras cabezas no era cualquiera. Damien Vittori, era el demonio personificado y no dudaba que cumpliera con su amenaza de dejarme viuda, aunque tuviera que arrasar con la ciudad entera.

Un sudor frío cubrió mi piel: mi presión arterial se disparó pensando en la seguridad de Malcolm, e imaginando las cosas horribles que le haría el

padre de mi hijo. Debí de verme puesto pálida, porque mi custodio se apresuró a decir:

—No te preocupes por el jefe, él se sabe cuidar perfectamente. Pero Damián y tú, son otra historia.

El pesar en su rostro me hizo saber que él también se preocupaba por nuestra seguridad y entre más tiempo me hiciera la difícil, más complicaba las cosas para el resto. Le di una última mirada al hospital y accedí a marcharme con él. No quería poner en riesgo a mi hijo con mi presencia.

Además, estaba consciente de que los hombres que trabajan para mi esposo primero morirían antes de permitir que algo malo le ocurriera a mi hijo.

Con un mal presentimiento alojado en la boca del estómago, y sin mirar otra vez atrás, abordé el SUV que me llevaría a la mansión de mi esposo.

Nuestro hogar.

Nuestro pequeño paraíso.

Un lugar sagrado y perfecto donde esperaba, que la maldad del «Demonio de Wall Street» no nos alcanzara.

XXI: UNA DE TAZA DE CAFÉ CON OLOR A DECEPCIÓN.

DAYANNA

Malcolm me recibió en completo silencio. Me sentía vertiginosa mientras lo veía servirse un vaso de coñac; él jamás bebía licor fuerte entre semana. Y su postura rígida y su falta de contacto visual conmigo me decía más de lo que algún día me lo dirían sus palabras. La conversación empezó bien, o eso creí, no sabía dónde había ido todo mal y de pronto habíamos empezado a gritarnos y arrojó la bomba.

—¿Te besó?

—Lo hizo.

—¿Y te gustó?

—Mi silencio fue su respuesta.

—Sí, eso creí.

Una sinuosa sonrisa apareció en su rostro. Me odiaba por ser la única capaz de lastimarlo y aunque juré el día de nuestro matrimonio jamás a hacerlo, veía con decepción como en realidad era lo que había terminado provocando. Pero es que no veía otra forma de decirle la verdad. No cuando al parecer, él ya lo sabía todo, y el resto bien podría solo provocar más dolor en su herido corazón.

Estaba segura de que Damien, se lo había contado solo para vengarse de él, al enterarse de que mi esposo no era otro más que su antiguo amigo de negocios.

—Sabes que es lo gracioso. Que jamás pensé que una mujer podría llegar a significar tanto para mí, que el solo hecho de imaginarla durmiendo en

otra cama cavara un agudo y profundo dolor en todo mi ser.

—Yo...

Sus ojos me paralizaron; mi alma estera estaba rota por el dolor que sin desearlo le había provocado al hombre que amaba.

—Pero aquí estoy, frente a la mujer que amo con toda mi alma y sintiéndome impotente, porque podré ser muchas cosas, podré tener todo el puto dinero del mundo; el mismo que no dudaría en renunciar si eso me aseguraría que te tendría para siempre en mi vida, y, sin embargo, no puedo obligarte a que me ames, no cuando aún sientes amor por otro hombre. Un hombre que jamás ha merecido el amor de una mujer como tú.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, me dolía el corazón al ver lo destruido y desdichado que lucía mientras bebía de su vaso. Si tan solo supiera el verdadero motivo tras mi obvia atracción.

—Malcolm...

Dejó el vaso vacío sobre el mesón de mármol, se acercó hasta mí y apreció lo arrebatadoramente hermoso que lucía este día y tomó suavemente mi rostro entre sus manos; sus hermosos ojos verdes se veían desolados pero decididos y eso hizo añicos mi alma.

—Hasta un hombre como yo, tiene permitido enamorarse de una mujer como tú, pero en el trasfondo de todo eso, no implica que deba ser correspondido.

Me sentí desnuda cuando sus manos abandonaron mi rostro; mi corazón cayó a sus pies. Aunque el beso no había sido consentido, las malditas hormonas que me gobernaban por el secreto que había estado guardando me traicionaron: estaba esperando a su hijo.

Esa había sido mi intención al iniciar esta conversación, quería contarle mi secreto y darle la mayor alegría de su vida, pero parece ser, que las cosas jamás estaban de mi lado.

Por supuesto que mi cuerpo reaccionaba hacia Damien, no lo podía negar, pero era por las malditas hormonas. El embarazo me ponía muy alborotada y él lo sabía perfectamente.

—Malcolm, yo estoy...

No permitió que me explicara ni le contara mi secreto.

—Porque amarte Dayanna Scott, quizá será la experiencia más cercana al cielo que podré experimentar en este estado carnal. Y quizá todo lo que ha pasado este día, solo ha servido para darme cuenta, de que la única salida de esto siempre ha sido desaparecer por completo de tu vida.

Mi estomago se rebajó: él no quiere decir...

—Mañana a primera hora los papeles de divorcio te estarán esperando sobre el escritorio de tu amado trabajo.

Y sin mirar atrás, escuché como abandonó la casa. Sabía que era inútil salir corriendo tras de él. Lo conocía perfectamente para saber que mi intento de apaciguar sus celos y miedos solo empeorarían las cosas. Era pésima exponiendo mis sentimientos, y él con esa actitud tampoco me lo ponía fácil.

No me tomé en serio sus palabras.

¡Por todo lo santo! Estábamos hablando de Malcolm DuPont, en cuanto se le pase la calentura y lo terco, me dejaría explicarle sobre mi embarazo y él personalmente vendría y me suplicaría que no firme los malditos papeles.

Suspiré y sentí nauseas al recordar su semblante triste y desecho. Amaba a Malcolm por, sobre todo; eso lo tenía claro. Jamás podré comparar la pasión desmedida que siento por él a la atracción loca y pasajera que sentí en su momento por Damien. Una atracción que palidece completamente a lado del amor que siento por el hombre que sin desearlo se había convertido en más que un amigo.

Se había convertido en mi todo. Y no había nada en la tierra que me obligara a renunciar a él, ni siquiera el maldito de mi ex.

Pero como explicarle eso, cuando me había abandonado sin dejarme ir a sus brazos y apaciguar sus demonios. Consolar su alma atormentada y besar sus labios para redimir a los míos. Acaricié mi vientre: los hombres definitivamente eran tercos como una mula, esperaba que esta vez, me dieran de regalo una niña...

Me sobresalté cuando la puerta se abrió de golpe, y la imponente figura de un hombre que hace tiempo había decidido que yo era de su propiedad, emergió de ese hueco hasta materializarse ante mis asustados ojos.

—Siento llegar sin avisar, pero no podía esperar un minuto más para continuar lo que dejamos pendiente en el elevador.

Me quedé paralizada comprendiendo que el fin había llegado: «El demonio de Wall Street» había llegado y arrasaría con todo a su paso, con tal de asegurarse que esta noche dormiría en su cama.

Seis años me habían enseñado una sola cosa y esa era: que mi lugar ya no era junto a él.

Y jamás lo había sido.

Uno de sus hombres salió detrás de él, arrastrando perezosamente a un hombre. Mis ojos se abrieron en completo shock cuando confirmé que se

trataba de mi esposo. Lo arrastró con un poco de ayuda y lo lanzó hasta mis pies: Malcolm estaba ensangrentado y lucía horriblemente herido, mis rodillas se doblaron involuntariamente mientras un grito quemaba mi garganta.

Levanté mi mirada sin creermelo que veía, y me estremecí cuando una perversa sonrisa ensombreció sus atractivos rasgos.

—Es hora de ir a casa, novia mía.

XXII: COLAPSO

MALCOLM

Cuando los hombres de Damién me emboscaron, atacaron, hirieron y secuestraron a las afuera de mi mansión, pronto hicieron claras sus intenciones de que este sería el último día que iba a respirar. Con mi rostro tapado poco podía ver, pero estaba seguro de que el «Demonio de Wall Street» esperaba a por mí.

—Bienvenido, señor DuPont. —Los hombres inmediatamente me sacaron la bolsa de la cabeza; respiré con dificultad. La paliza que me propinaron en el garaje de mi casa fue brutal.

—Eres un maldito hijo de puta. Si le llegas a tocar un pelo, te juro que...

—Señor DuPont —dijo despacio como si de un niño travieso se tratara—, siento recordarle, que no está en posición de exigir nada. —Se levantó de su enorme silla—. No sé qué te has creído, que por follar a mi mujer y ponerle un ridículo anillo en su dedo, ¿eso te da el derecho de hablarme de la manera en la que lo haces?

Quería borrar su estúpida sonrisa.

—Vas a pagar muy caro tu traición...

—Y una mierda que...—empecé a decir, pero un fuerte empujón en mi espalda baja me mandó de bruces al piso; caí dolorosamente sobre mis rodillas y manos.

—Quiero recordarte que la vida misma nos unió y nuestro pequeño hijo es la maravillosa prueba de ello. —Lucía enloquecido—. Eso significa que es la indicada...

—O, sencillamente, que tiene una suerte de mierda —ironicé,

burlonamente, lo que me ganó otro puñetazo en la cara por parte de uno de sus gorilas. Escupí sangre sobre su cara alfombra.

Mis brazos temblaban por soportar mi peso.

—Listillo. —Se cruzó de brazos—. Mis hombres se van a divertir mucho contigo. —Me lanzó una mirada siniestra—. Les he dado órdenes específicas de que no te maten enseguida, quiero que sufras cada puta hora como recompensa por estos malditos seis años donde pretendiste arrebatarme a mi familia. Confundiendo a mi mujer. Haciéndola enamorarse de alguien tan dañado como tú.

Esta vez fue él quien personalmente se acercó y me dio un puntazo en la mandíbula.

—¡Maldito estúpido! —gritó como loco—. ¡Ella es mía! ¡Mia! Y ahora está sucia llevando tu maldita semilla dentro de ella.

Su declaración me hizo sentir mareado y me tambaleé sobre mis rodillas.

—¿Q-Qué? —me escuché preguntar.

Mi garganta se sentía extremadamente seca. Mi cabeza estaba a punto de explotar por la presunción a sus palabras. Él quería decir que... que ¿Dayanna está embara...?

Caí hacia atrás por la fuerza de su patada en mi cara, que no vi venir; gemí involuntariamente. Pero fue imposible quitar la felicidad que sentía mi pecho.

—Mi dulce y pura Dayanna está malditamente embarazada de ti —bufó con sorna y repugnancia.

¿Embarazada?

Sonreí cuando en mi mente emergió el recuerdo de ella toda redonda y luciendo hermosa mientras estaba embarazada de Damián. Era la cosa más bonita para contemplar de por vida. Y, a pesar de estar adolorido y saber que mi futuro nada bueno podría tener, el saber que ella llevaba en su interior un pequeño ser creado por los dos, me hacía sentir inmensamente feliz.

No me importaba si no lo llegaba a conocer. O, si jamás pudiera besar la boca de mi hermosa esposa otra vez y agradecerle personalmente por darme semejante regalo, me aseguraría que ninguno de estos malditos saldría vivo este día.

Ese sería mi regalo para ellos.

No sabía porque Dayanna no me lo había dicho, pero imaginaba que era eso lo que la traía nerviosa hace tres meses atrás.

Lo único que lamentaba era que no me lo hubiera dicho antes para poder festejar como se merecía. Estaba seguro de que Damián, se volvería loco de la emoción cuando se enterase de la noticia. Desde que aprendió hablar, de lo único que habla es sobre lo increíble y divertido que sería tener un hermanito.

Pero jamás presioné a mi mujer para que me diera esa alegría. Quería que fuera su decisión y rezaba a los dioses, de que esperaba que este embarazo, sea tan especial y deseado para ella y que no haya sido producto de un descuido.

Quizá era egoísta pedir eso, pero esperaba con todas las fuerzas de mi corazón que haya sido planeado por mi bella Dayanna y, que fue el destino, el que impidió que ella me diera la feliz noticia.

—No sonrías mucho maldito bastardo. —Abrí mi ojo bueno; el que no estaba tan hinchado y me esforcé por concentrarme en su borrosa silueta. —En cuanto llegué a mi ático, ya tengo a un obstetra esperando en la habitación de invitados. Donde he ordenado que lo adecuen como una pequeña sala de cirugía y le pueda practicar un rápido legrado. —Escupió en mi dirección—. Estaré maldito si permito a mi mujer parir a un engendro de tu estirpe. Prefiero verla muerta a saber que cada día lleva en su útero a tu hijo.

Intenté levantarme para abalanzarme sobre él, pero mis piernas no me obedecían.

¡Mierda!

—Llévenselo de aquí de una puta vez.

Sus hombres inmediatamente me levantaron del piso, sujetándome violentamente de mis adoloridos brazos y empezaron a arrastrarme hacia la salida.

—Por cierto...—Los hombres se detuvieron inmediatamente y me giraron para que quedara de nuevo frente a él. Tenía que existir una manera de matarlos a todos.

No podía permitir que el pusiera sus estúpidas manos sobre ella y mi hijo.

—Nunca te agradecí. —Sonrió mientras terminaba de arreglarse la corbata, quedando como si solo hubiera asistido a una junta de negocios.

Me esforcé por no perder la conciencia.

—¿De-de qué hablas? —arrastré mis palabras; podía sentir que mis pulmones les costaba realizar la labor correctamente.

—De que jamás te di las gracias... correctamente por presentármela. —Sonrió burlonamente—Estimado señor DuPont, no sabe lo agradecido que

estoy de que me haya presentado a tal maravillosa mujer. —Se relamió los labios y sabía perfectamente en que estaba pensando—. Muchísimas Gracias.

Mi estomago se contrajo y empecé a tratar de ponerme de pie para intentar atacarlo por quinta vez, pero un certero golpe en la nuca volvió todo negro a mi alrededor por unos minutos.

¡Maldita sea!

XXIII: EFÍMERO CONTRATIEMPO

MALCOLM

Lo siguiente que recuerdo, es que estaba siendo embarcado en un vehículo con el motor encendido. Los hombres a mi alrededor me tiraron en el asiento trasero mientras hacían bromas sobre las cosas obscenas y repugnantes que querían hacerme.

Al parecer, muchos de estos tipos eran homosexuales, si en algo me servía escuchar su vaga conversación sobre los turnos que se estaban tomando para poder ver quién sería el primero en meter su asquerosa polla profundamente en mi boca o en el culo.

Estaban equivocados si les iba a permitir a hacerme eso sin dar una buena pelea. Abrí la boca para hacerles saber que estaba escuchando su estúpida pelea, cuando una intensa luz nos cegó de frente y un golpe violento al costado del vehículo nos sacó de circulación.

¿Qué mierda?

Pronto nos convertimos en una masa de cuerpos siendo sacudidos y golpeados por todos lados, mientras que el vehículo en el que íbamos daba vueltas de campana. Gemí en voz alta cuando el cuerpo de uno de los hombres cayó sobre mí.

¡Mierda!

Fuertes disparos me ensordecieron y traté de cubrirme con el cuerpo del guardia que cayó sobre mí. Una serie de maldiciones e insultos se escuchaban a nuestro alrededor y yo no podía ver ni una mierda por la posición en la que había caído el cuerpo desmayado de este imbécil. Hasta donde imaginaba, bien podría tratarse de uno de los enemigos de este maldito, creyendo que aquí llevaban a mi esposa y querían a hacerse con ella para chantajearlo.

Él estaba involucrado con la escoria de la ciudad, y nada bueno podía salir de todo ello.

—¿Señor DuPont?

Gritó un hombre: me paralicé creyendo estar imaginando cosas, pero reconocí la siguiente voz:

—Busquen por el otro lado —ordenó mi fiel amigo y guardaespaldas— El topo afirmó que en este auto lo trasportaban. Si fue acaso algún tipo de señuelo, quiero su puta lengua sobre el escritorio del Señor DuPont para el final de esta noche.

—Aquí... —gemí obligando a mis brazos a empujar el pesado cuerpo sobre mí.

—Todos hagan silencio de una puta vez, que me pareció escuchar algo —gruñó uno de mis hombres.

—Aquí... —grité a todo pulmón.

Una de las puertas se abrió y la luz cegadora de una linterna alumbró mi rostro.

¡Mierda! Los ojos me dolían.

—¡Aquí está el Señor DuPont! —No reconocía la voz de quien hablaba, pero me sentí aliviado de saber que mis hombres me tenían— ¡Vamos! ¡Rápido! Que no tenemos toda la maldita noche. Está mal herido por lo que veo.

Podía escuchar a mis hombres moverse por todo el lugar. Los cuerpos que me rodeaban empezaron a ser removidos y el frío aire de la ciudad fue bien recibida para mi rostro. Brazos fuertes me sostuvieron y me ayudaron en la dificultosa salida del auto destruido. Tragué el nudo en mi garganta y pedí:

—Dayanna...

—Tranquilo, señor DuPont. —exigió mi mano derecha—. Ella va a estar bien. Ahora debemos preocuparnos por usted...

—¡No! —Me rehusé histéricamente alejándome de Mathew—. No lo entiendes, ella... ¡Ella está embarazada! —exclamé casi al punto del desmayo. No podía permitirme desmayarme en estos momentos.

—Lo sabemos —Casi caigo sobre mis piernas—, pero así, mal herido como está, no nos sirve de mucho.

—¿Lo sabes?

Todos mis hombres asintieron; miré a mi mejor amigo sin comprender la situación. Como era que todos mis hombres sabían y yo, quien era el padre, estaba feliz e ignorante del acontecimiento.

—Ella hace dos semanas ha estado planificando una fiesta por tu cumpleaños, donde nos invitó a todos obviamente, considerando que no tienes amigos y todo eso —Hizo una mueca—. Y nos dijo que tenía que ser muy especial porque te iba a dar la noticia de que serías padre por primera vez... —Hizo una pausa comprendiendo las lágrimas que empecé a derramar—. Y todos estuvimos de acuerdo. No se suponía que lo descubriras de esta manera.

Sentí húmedas mis mejillas y un intenso nudo en la garganta que amenazaba con matarme.

—No llore, señor DuPont. Vamos a recuperarla y su hijo estará sano y a salvo, al igual que su otro hijo, el jovencito Damián.

Asentí apoyándome en los brazos de uno de mis hombres.

—¡Vamos a recuperarlos a todos!

—¡Así se habla! —Mi jefe de seguridad y mejor amigo aplaudió con sus grandes manos y mis hombres empezaron a moverse hacia los autos.

—Quiero que quemen todo —ordené, mientras me acomodaban en la parte trasera de uno de los autos—. No quiero a ninguno de estos bastardos con vida.

Dejé caer mi cabeza hacia atrás en total cansancio.

«Resiste mi dulce Dayanna, voy a por ti.»

XXIV: INESTABLE

DAYANNA

Todo esto parecía sacado de una maldita película de terror. ¿En qué momento mi vida se había jodida tanto? Pues no tenía ni la menor idea. Pero las cosas estaban tan torcidas que dudaba mucho que al final de este día pudiera encontrar una solución para toda la desgracia sobre nuestras cabezas. Me habían recostado sobre una manta sobre la moqueta de la sala.

—Mi bella Dayanna...

Cerré los ojos deseando con todas mis fuerzas despertar envuelta entre los brazos del hombre que amaba con toda mi fuerza. No sabía lo que me habían inyectado al sacarme de la mansión, pero aún me sentía adormecida. Sin obviar el hecho que esa maldita droga me había hecho contar todos mis secretos.

Mi corazón se encogió de miedo al recordar cómo les había contado lo feliz que estaba de ser madre por segunda vez y como los rasgos de Damien se oscurecieron completamente cuando confesé que él era el padre de mi primer hijo. Todos éramos conscientes de la ira que emanaba su cuerpo, y gracias al cielo que yo había quedado inconsciente después de eso. Presentía que el hecho de que haya despertado acostada en el piso y no en uno de los caros sofás, tenía que ver con el hecho de llevar en mis entrañas el hijo de su enemigo.

—No me gusta que me ignores, así que, abre esos hermosos ojos de color azul que me vuelven loco y mírame. —Suspiró como si estuviera cansado de la situación—. No me odies, solo por venir y reclamar lo que siempre fue mío...

—Ya no soy tuya.

Eso arrancó una sensual risa de su garganta.

—O, allí es donde te equivocas. Desde aquella primera noche en la que te hice mía bajo el resguardo del infeliz de DuPont, quedaste de por vida atada a mí.

—Eres un monstruo...

—Es correcto. —Sonrió orgullosamente mientras se acercaba a mí—. Y siempre lo he sido. Solo que ahora la venda ha caído de tus hermosos ojos y puedes verme tal como soy y siempre he sido.

—Ni siquiera sé, porque mierda haces todo esto. Hace seis años atrás te escuché hablando con el maldito de Richard donde hacías énfasis en que yo no era más que una puta...

—Shhh... —Colocó cuidadosamente un dedo sobre mis labios—. Lo que creíste escuchar y lo que realmente pasó son dos cosas distintas. Si solo no hubieras corrido, te hubieras dado cuenta de que sencillamente ese era yo tendiéndole una trampa al hijo de puta aquel, que lo único que había estado haciendo todo ese tiempo era filtrando información a mis enemigos y tocándome los huevos hablando mal de ti.

Mis ojos se llenaron de lágrimas: no, eso no podía ser verdad.

—Él maldito, por años había estado pasando información importante a las otras familias del clan. Me había vendido tal cual Judas vendió a su maestro. —Abrió lentamente mis piernas y yo me estremecí—. Y yo solo estaba tratando de cuidar mi bien máspreciado; tú.

Me lamenté profusamente, porque tenía sentido su explicación. Una parte de mí sabía que decía la verdad, porque un mes antes del desastroso día, donde sin dejarlo explicar hui de él, yo había notado cierto recelo por parte de Damien al compartir información sobre sus futuros negocios cuando en la misma habitación se encontraba el infeliz ese.

—Pero ahora ya no tienes de que preocuparte, porque ya he eliminado al causante de este maldito mal entendido.

Tenía el presentimiento de que se refería a que su mejor amigo estaba muerto. Sentí ganas de vomitar, por lo tonta e imprudente que había sido todo este tiempo.

Ahora por mi culpa, Malcolm posiblemente estaba siendo torturado hasta la muerte. Sino hubiera huido de la manera en que lo hice y me hubiera comportado como una maldita adulta, todo este infierno ni siquiera hubiera existido.

Quizá jamás hubiera descubierto lo que era el amor, pero al menos, mi

esposo, estuviera feliz y sin todos estos problemas encima.

Yo fui la desgracia sobre la cabeza de Malcolm —el hombre del cual me había enamorado perdidamente—, desde el preciso momento que puse un pie aquella mañana en su club.

Todo esto era mi desastre y ahora le costaría la vida. Perdida en mis pensamientos llevé mi temblorosa mano a mi vientre: por mi culpa, mi hijo no conocería a su padre.

—¡Oh, ese detalle! —Empezó a reírse— No te agobies, que, dentro de poco, la habitación de invitados estará lista y podremos deshacernos del maldito estorbo. —Mi estómago se lleno de agujas.

¿Qué?

—Yo no...

—He sido muy benevolente contigo, Dayanna. —Suspiró pesadamente—. Ha sido un día muy largo y sinceramente, no quisiera hablar más de este tema.

Este hombre realmente estaba loco. Hablaba como si la matanza de mi esposo e hijo no nacido solo fueran las noticias incomodas sobre el clima.

—Escucha, que te parece si luego del legrado, descansa en nuestra habitación, mientras que yo, envío a mis hombres a deshacerse de los indeseados y a custodiar el hospital donde está ingresado nuestro hijo y, cuando te levantes ya más ligera y feliz, te tengo una actualización detallada sobre su estado.

Mis ojos se llenaron de lágrimas recordando que mi pequeño hijo estaba pasando por una difícil operación. Mi pequeño Damián estaba siendo intervenido y yo no estaba ahí para él.

—Tranquila, que es hijo mío y resistirá muy bien la pequeña operación. —Sus labios rozaron los míos—. No sabes las enormes ganas que tengo de conocerlo. Después de todo, estoy seguro de que llegará a ser un digno sucesor mío.

Me estremecí con su declaración; primero nos mataría a todos, antes de permitir que mi hijo llegase a convertirse en un hombre igual que él.

—Estoy pensando, que quizá... —Su enorme cuerpo se acercó al mío. Nuestros pechos se tocaban y su aliento a licor fuerte me daba náuseas—, para relajarte...—Su lengua acaricio mis labios—, es posible que necesites que yo te recuerde los por qué soy mejor que el bastardo de DuPont.

Sin esperar mi consentimiento me destrozó la parte superior del vestido. Los pequeños botones salieron volando y yo dejé escapar un grito asustado

mientras trataba en vano de cubrirme como podía mis senos.

—Me encanta lo que mi hijo les hizo a tus tetas —ronroneó pasando su lengua por el valle de mis hinchados senos.

Inmediatamente sentí mi cuerpo reaccionando, aunque no quisiera. Estar embarazada tenía a mi cuerpo electrificado. Y él iba aprovecharse de eso para violarme. Porque yo no lo deseaba. Por lo menos no en el sentido explícito de la palabra.

Estando frente a él, y conociendo la verdad sobre aquella noche, no cambiaba mis sentimientos. O, para su desgracia, hacia Malcolm.

Me odie cuando liberó uno de mis pezones del ajustado brasier y lo cubrió rápidamente con su caliente boca. Gemí presa del placer, porque mis pezones eran como agua y su boca como un cable de alta tensión, que, al juntarse, enviaban una fuerte corriente a mi interior.

—Y ahí está mi hermosa Dayanna —dijo con reverencia y orgullo mientras le daba el mismo trato a mi otro pezón.

Cerré los ojos cuando sentí sus grandes manos envolver mi cintura y acomodarse sobre la moqueta.

Su succión aumentó de intensidad y yo estaba a segundo de explotar. Sus manos se trasladaron a la parte inferior y continuó dañando mi vestido. Quedé completamente expuesta a él cuando con violencia dañó mi tanga negra. Soltó mi sensible pezón y admiró su obra mientras extendía ampliamente mis piernas. Cerré los ojos y empecé a llorar porque me sentía sucia y como una puta barata.

—La puta perfección —alabó con su rostro a centímetros de mi coño. Su cálido aliento encendiendo una llamarada en mi interior.

—Por favor... —supliqué mientras trataba en vano de cerrar mis piernas; estas y apenas me respondían.

—No seas tímida, cariño. —Abrió aun más mis piernas con sus manos—. No te sientas impura solo porque el infeliz ese te manipuló y te usó a su antojo todo este tiempo. Voy a empezar a borrar a ese maldito de cada centímetro de tu piel.

Empecé a asustarme por su estabilidad emocional. Obviamente, él todo lo veía desde una perspectiva enferma y egocéntrica. Ni siquiera, quería pensar en lo que me haría al descubrir que yo no deseaba que él borrara de mi cuerpo a mi esposo.

—Aun te sigo amando como la primera vez que envolviste esa deliciosa boquita tuya alrededor de mi polla, y me distes la peor mamada de mi vida. —

Soltó una áspera risa—. Pero mierda, lo disfruté como nunca. Todo ese deseo tuyo por satisfacerme fue embriagador.

Abrí los ojos cuando su lengua hizo el primer contacto; mi cuerpo rugió con deseo de una pronta liberación. Algo debía tener la droga que me suministraron. No había otra explicación; mi cuerpo en su sano juicio jamás respondería hacia el hombre que iba a matar a nuestro bebé y de paso al padre de este.

—Tan dulce y deliciosa como recuerdo. —Aspiró profundamente dentro de mi coño y yo giré mi rostro hacia la pequeña mesita auxiliar que estaba cerca de mí. No podía soportar verlo hacerme eso.

—Y pensar que de aquí salió mi pequeño hijo —tarareó perdido en su mundo de caos, traiciones y odio.

El placer me tenía jadeando. Su lengua se sentía exquisita mientras lamía brutalmente mis pliegues y su lengua quería llegar a lo más profundo de mi coño.

Algo brilló debajo de la mesita y yo me esforcé por mantener mis ojos abiertos y precisar que era la pequeña cosa que resplandecía.

Dejé escapar un jadeo de sorpresa cuando divisé que, de hecho, se trataba de un arma. Sabía que él tenía esas cosas escondidas por todo el lugar, pero jamás me preocupé o, interesé, en saber donde las ocultaba.

Miré rápidamente hacia él hombre que comía expertamente mi coño, y con lágrimas en los ojos probé a ver si mi brazo derecho me respondía y lo más importante, si alcanzaba a la dichosa arma. Un suspiro de alivio abandonó mi garganta cuando mi mano tocó sin problema mi única esperanza, lo que mi «no deseado» amante interpretó como de placer e intensificó su ataque a mi núcleo.

La mesita auxiliar estaba a la altura y distancia correcta, tratando de hacer el menor ruido posible, tomé el arma y la liberé de su suspensión que la mantenía inmóvil. Era un arma pequeña, pero no me dejaba engañar por su apariencia. Su peso me indicaba que estaba cargada y lista para ser usada.

—El mejor coño que una vez he probado, sin lugar a duda.

Casi se me cae el arma, por su declaración.

Mi corazón latía acelerado por lo que tenía que hacer a continuación: era él o nosotros. Y siempre escogería a mi familia por, sobre todo.

Con el firme agarre que tenía sobre el arma, escondí mi mano entre los girones de mi ropa.

Mis hijos y mi esposo lo significaban todo y, si una vez creí estar

enamorada de este hombre, que me sometí sin objeciones a sus mandatos eso era cosa de ayer. Recuerdo como abandoné mi trabajo como prostituta sin mirar atrás y conviví con él por cinco meses como si fuera su novia oficial, aunque en el fondo, jamás sentí que le pertenecía. Ni a él ni a su gran opulencia.

Todo su poder no significaba nada comparado con el sincero amor que me había demostrado Malcolm DuPont: el «hijo bastardo» de una poderosa familia.

Más lágrimas llenaron mis ojos, al pensar en el hombre que desde el primer día siempre me hizo sentir como en casa; deseaba tanto darle la noticia sobre mi embarazo. Sabía que era lo que él más quería, pero que jamás pidió porque tenía miedo de que lo rechazara.

Siempre existiría una pequeña parte dentro de él, que le dolía el desalmado rechazo y prejuicio con el que fue tratado toda su vida.

Lo admiraba por ser como era a pesar de las circunstancias. Odiaba que nuestra última conversación haya sido de él pidiéndome el divorcio. Después de los acontecimientos de esta noche, él quizá se sentiría culpable por dejar las cosas así. Pero no había otra manera de hacer esto. No veía la forma correcta de librarnos de él, sin que se sacrificara uno de nosotros.

Tan ensimismada estaba en mis pensamientos que ni siquiera me percaté que Damien había detenido su asalto.

Inmediatamente me encontré con su fría mirada azul. Ya no había ese fuego intenso que vi brillar hasta hace poco segundos; el ceño fruncido era un indicativo que estaba enojado.

Lentamente empezó a colocarse sobre mí, yo aproveché para colocar el arma en medio de nosotros. Al parecer, estaba consumido con sus atroces pensamientos que ni siquiera noto el pequeño bulto en medio de nosotros.

—Lo amas —aseguró una vez recostado sobre mí. Sus fuertes brazo procuraban no aplastarme.

—Lo hago —susurré.

—Estás consciente que, con tu confesión, ahora tendré que matarlo inmediatamente y quitarles la diversión a mis hombres.

Asentí. Respiré profundamente y besé castamente sus labios. Él se relajó visiblemente por mi gesto voluntario de afecto, creyendo quizá que ese era mi permiso para hacer esa cosa terrible que planeaba. Me regaló aquella sonrisa que hace un tiempo atrás era capaz de doblar mis rodillas y, que ahora, no significaba nada.

—Y, es por eso...—Más lágrimas rodaron por mis mejillas—, que tengo que a hacer esto.

Sus ojos se llenaron de confusión por un segundo hasta que presioné el arma correctamente a la altura de su corazón, pero antes de que él pudiera registrar que había colocado entre nosotros, tiré del gatillo.

El estruendoso ruido producido por el disparo me hizo estremecer. Sentí un pequeño agujón a la altura de mi seno derecho, pero no me importaba si estaba herida, porque sacrificarme siempre fue parte del plan.

Su boca pronto se lleno de sangre, mientras sus incrédulos ojos me observaban detenidamente; la vida escurriéndose rápidamente de su cuerpo.

Empecé a llorar ruidosamente, mientras el aún me observaba de manera aterradora. Incapaz de creer lo que me había atrevido hacer. Y él no era el único que jamás lo podría creer.

—¡Lo siento!... ¡Lo siento!... ¡Lo siento...!

No sé cuantas veces repetí eso al cuerpo inerte sobre mí, pero mi garganta se sentía árida. Un estruendo como una bomba me sobresaltó y me esforcé por mirar hacia donde provenía el ruido.

Pero no podía ver nada. Así que lloré más fuerte.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento!

Escuché que alguien me llamaba, pero por mi vida que parecía que estuviera ciega.

Quizá también estaba muerta y era mi espíritu el que seguía pululando sin rumbo. Vagando miserablemente porque había matado al padre de mi hijo.

Solo esperaba que Malcolm supiera sin duda que yo lo amaba. Que esto lo había hecho por él. Por nuestros hijos.

Por nosotros.

Por mí.

Porque prefería estar muerta, a tener que vivir una existencia sin mi familia.

XXV: OMNIPRESENTE

DAYANNA

Y esa es la historia de cómo terminé sentada aquí, en esta sala de audiencia frente a muchas personas. Y afuera me esperaban miles más que deseaban saber que pasó hace tres meses en el ático del hombre más poderoso de todo New York. Al que denominaban «El Demonio de Wall Street.»

Nos ponemos de pie rápidamente cuando el Juez encargado de mi caso hace su silencioso ingreso a la sala.

Estoy rodeada por las personas más influyentes de New York que han seguido de cerca el caso, y cuyos intereses penden de un hilo. Para ser más exacta, dependen de que me declaren culpable. El abogado que me contrató Malcolm está susurrándole algo a su compañera.

No tengo la menor idea de lo que tanto se secretean, pero quizá ni siquiera tenga que ver conmigo y mi asesinato.

Mi estomago se siente hinchado y nauseabundo.

¡Oh, Dios! Soy una asesina.

Y este jurado me va a declarar culpable y pasará una larga temporada tras las rejas. Sin poder ver a mi hijo o a...

—Que se ponga de pie la acusada —ordena con voz enérgica el señor Juez.

Me levanto alisando mi sencillo vestido negro que cubre perfectamente mi cuerpo y me otorga un aire profesional e inocente. Espero que este vestido grite al jurado que soy una mujer de clase media, madre de un pequeño hijo y que hizo lo que cualquiera en mi lugar tendría que hacer enfrentándose a una situación parecida. Mi abogado hace lo mismo a mi costado y alisa su costosa corbata.

—Señora Scott —la voz raposa del Juez me hace temblar. Entre sus manos tiene varios papeles que no tengo ni la menor idea de para que serán; me mira por encima de sus pesados lentes—. La defensa pide que se le condene a treinta años por homicidio en primer grado...

No sé qué se supone tenga que hacer en estos momentos, mientras mi corazón galopa salvajemente. Trato de enderezar mi espalda y que se refleje en mi rostro lo afectada que estoy por toda la situación. Aunque treinta años, me parece una condena considerable.

Matar a Damien no me hizo mejor persona; en todo caso, ni siquiera sé que me hizo. Pero lo volvería a hacer; sin duda alguna. Y creo que eso no me benefició para nada el día de ayer cuando me senté en el estrado y durante el interrogatorio hice énfasis en que lo volvería hacer; una y otra vez.

Porque el infierno que viví, no se lo deseaba a nadie. Y tal cual suscitaron los hechos aquella noche, donde tuve que tomar una decisión que quizá me encerraría de por vida, lo cierto es que no me arrepentía.

Amaba a mi hijo y a Malcolm por, sobre todo, y sabía que él sería el mejor padre del mundo para nuestros dos pequeños hijos, y eso me brindaba mucha paz y tranquilidad.

Pensé que luego de matar a Damien me sentiría terrible y que no podría vivir conmigo misma —después de todo, era el padre de mi hijo—, pero sorprendentemente, no fue así.

Me sentía relajada sabiendo que ya no había en este mundo un «Demonio» tratando de corromper el alma de mi hijo.

Era inevitable no sentirme liberada y eso fue lo que exactamente le dije al jurado ayer por la mañana. Admisión que me ganó una reprimenda por parte de Malcolm y nuestro séquito de abogados.

—He visto muchos casos parecido al suyo —trato de concentrarme en lo que está diciendo el Juez, pero los nervios me tienen a punto de desmayarme—, muchachas inocentes que caen deslumbradas por hombres, que muchas veces, no son lo que parecen, y es una gran pena que haya tenido que vivir algo como esto a su tan corta edad.

Suelta un pesado suspiro y acomoda sus lentes sobre su nariz; desdobra la hoja blanca entre sus manos y cierro los ojos para escuchar su veredicto.

A pesar de toda la situación, me siento tranquila porque comprendo que no había manera de que me encontraran inocente. Así como no había no otra manera de que aquella noche yo hiciera lo que hice.

No me sentía triste por haberlo asesinado, aunque sí, sentía un pequeño

vacío en mi corazón. Me imagino que así se siente cuando te ves obligada a matar a una persona que quisiste mucho, pero que, sin importar la cantidad de sueños y lágrimas caídas, al final del día, esa persona siempre se las arreglaría para hacerte daño.

—El jurado, después de deliberar por dos días consecutivo y sin descanso, donde consideró cada hecho y evidencia pertinente, encuentra a la acusada...

No puedo oír el final de su veredicto por que la sala entera estalla en sollozos y gritos. Maldiciones y amenazas de sancionar a todos por desacato. El Juez se vuelve loco golpeando su mazo, tratando de alguna manera calmar el bullicio que se ha despertado en una sala que casi parecía muerta hasta hace unos pocos segundos. Pero, aunque incrédula, pude leer los labios del Juez. Me siento entumecida mientras los fuertes brazos de Malcolm me abrazan; yo entierro mi rostro en su pecho.

—Cariño...

Empiezo a llorar porque me parece irreal que esto esté pasando: he sido declarada «Inocente». Yo soy inocente.

Ellos me encontraron inocente.

—Soy inocente... —sollozo descontrolada mientras me aferro al cuerpo de mi esposo.

Del hombre que amo en todo el mundo y el que fue mi apoyo fundamental durante todo este largo proceso. Lo abrazo con urgencia mientras que mi mente imagina que ha sido un error y que pronto vendrá un guardia para llevarme a la fría y oscura celda donde he pasado estos últimos meses, lejos del calor de mi familia.

—Shhh, tranquila —murmura, suavemente contra mi cabello. —Ya acabó. Tú nos salvaste. Eres nuestra heroína, mi dulce, Dayanna Scott.

Sus palabras me conmueven hasta el punto de que respirar se me hace tan difícil; tiene razón. Siempre seré su heroína, porque jamás dudaré en matar a alguien con tal de cuidar y proteger a mi familia.

Y creo que, si tú hubieras estado en mi posición aquella horrible noche, también hubieras hecho lo mismo: lo hubieras asesinado a sangre fría. Porque una madre haría lo que fuera por proteger a su hijo. Hasta incluso, volverse una asesina.

Y lo sabes.

Yo sé que eres consciente de que hice lo correcto. Ya que solo soy una mujer enamorada, como tú, que haría exactamente eso.

Matarías sin piedad al «Demonio de Wall Street», para liberar a tu familia. Y la mano no te temblaría para volver a hacerlo.

EPÍLOGO

**MELANCOLÍAS
DAYANNA
DOS MESES DESPUÉS.**

El tiempo ha pasado y yo sigo sin desear hablar con la prensa. Me han ofrecido ciento de miles de dólares por la exclusiva, luego de que fui liberada. También he recibido ciento de cartas anónimas maldiciéndome y otras, agradeciendo por matar al «Demonio de Wall Street» y haber liberado a esta ciudad de un monstruo al cual amé en cierto punto de mi vida.

Y que a pesar de ser considerada una «celebridad», yo solo quiero subir al cobertizo de nuestra casa y sentarme en la vieja mecedora de Malcolm, donde fue arrullado muchas veces cuando era pequeño y pensar en todas las cosas que han pasado mientras acaricio mi gran vientre: para mi total inri estoy esperando otro niño.

Un hermoso niño que llevará por nombre: Malcolm II.

Fue mi decisión de que mi hijo llevara su nombre, y a pesar, de estar en contra de ello, mi marido no ha podido negarme ese gusto.

Cierro los ojos imaginando como será nuestro pequeño bebé, y le pido al cielo que, como regalo, me dé la dicha de ver reflejado a mi esposo en su tierna carita...

—Así que aquí es donde se esconde el amor de mi vida.

Sonríó mientras abro los ojos y veo a mi marido luciendo endiabladamente sexy, con el calentador que le cuelga de la cadera. Las benditas hormonas del embarazo me han tenido sobre él en estas últimas semanas. El doctor ha dicho que no existe impedimento para que no disfrute

del sexo a mi antojo y él trata de complacerme en lo que puede.

—¿Quién dice que me escondo?

Se encoje de hombros mientras camina lentamente hacia mi y se arrodilla, coloca su suavemente su cabeza sobre mi hinchado vientre. Mi pequeño hijo como siempre, nos alegra la vida pateando con fuerza cuando percibe la voz de su padre.

—¡Hola ahí, pequeñito! Falta poco para que te conozcamos.

Una nueva patada me tiene haciendo una mueca; falta menos de tres semanas para que nazca, por lo que se me complica un poco dormir. Los nervios acompañados de las pocas pesadillas que tengo hacen difícil que pueda dormir algunas noches.

—Siento haberte levantado...

Niega con la cabeza mientras lleva mi mano derecha hacia su rostro; sus ojos verdes están iluminados y felices.

¡Dios, cuanto amo a este hombre !

—Sabes que te amo. —Asiento con mis ojos desbordados en lágrimas—. Y este regalo que me estas haciendo —dice mientras deposita suavemente un beso sobre mi barriga—, es la segunda cosa más impresionante que alguna vez en la vida me podrás dar...

—¿Segunda cosa? —pregunto, confundida, secándome las lágrimas.

Asiente, su rostro se ilumina con una sonrisa que proviene desde el fondo del corazón de un hombre que solo conocía dolor, desprecio y sufrimiento desde el día en que nació.

—Damián. —Mi corazón aletea por su confesión—. Cuando me permitiste amarlo como si fuera mío, ese día, aquel dulce jovencito se convirtió en la cosa más impresionante que alguna vez en la vida podría pasarme. Aún recuerdo cómo me sentí cuando lo sostuve por primera vez y como en ese instante deseé con locura ser su verdadero padre...

—Tú eres su verdadero...

—Lo sé, créeme, pero es inevitable no sentir que puedo perderte en cualquier momento. Que puedo perderlo a él. —Su mano hace presión suavemente sobre la mía—. Que un día despertaras y recordaras todas las cosas que han pasado y desearas irte de mi lado...

—Nunca —lo interrumpo. Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas—. Escúchame bien, Malcolm DuPont, porque será la primera y última vez que hablemos de esto.

Respiro profundamente y abro mi corazón para dejarlo entrar

completamente en el y, si él lo permite, atesorarlo por siempre.

—Eres el hombre al que irremediablemente amo. —Me inclino hacia adelante, nuestros ojos quedando a solo centímetros de distancia—. El hombre con el que quiero pasar cada día de mi vida, mientras descubrimos juntos como ser mejores padres; como ser esposos y como ser los mejores amigos.

Sus mejillas se tiñen de rojo, y creo que acabo de enamorarme un poco más de este intimidante hombre.

—Amo cada parte de ti, incluso aquellas partes de las que te avergüenzas. Porque sencillamente no te cambiaría por nadie. Y sé, que tu temor es porque cuando nos conocimos yo me enamoré de un hombre diferente; de un hombre que no eras tú. Pero lo cierto es, que ahora que pienso en todo lo que ha pasado, solo puedo llegar a la conclusión, de que si lo hubiera amado al igual a cómo te amo a ti, jamás hubiera podido matarlo, por muy malo que fuera, o por las cosas terribles que iba a hacer, jamás en la vida hubiera podido apretar el gatillo. Te lo juro. —Niego y refuerzo la seguridad y convicción en mis palabras—. No hubiera podido. Lo que me lleva a pensar, que quizá el «amor» que sentí por él en aquel momento, era muy débil comparado con el inmenso y loco amor que siento hacia a ti. Que siento hacia nuestra familia. Yo te amo, esposo mío, y por ti no solo mataría. Por ti y nuestra familia, estoy dispuesta a morir en el proceso.

Un pesado silencio cae sobre nosotros.

Puedo ver la lucha tras sus deslumbrantes ojos, mientras trata de deshacerse de sus miedos. De sus más profundos y angustiantes temores.

Aquellos que se ocultan bajo su piel, anidados en su gran corazón.

—Aquella tarde en la mansión no permitiste que te dijera lo mucho que te amaba; lo mucho que significabas para mí. —Abre la boca, pero coloco suavemente mi dedo índice sobre ellos. —Aquella tarde hablaste demasiado, y escuchaste poco, y ahora es mi turno de hacerlo y explicarte como me siento sobre nosotros. Sobre ti. De que no solo oigas el sonido de mi voz, si no de que escuches lo que te he tratado de demostrar todos estos años.

Asiente mientras le regala un pequeño beso a mi dedo; sonrío tiernamente hacia él.

—Tienes que saber, que pasé años esperando a que hicieras un movimiento y me reclamaras como tuya. —Beso suavemente sus labios—. Te juro que fue una agonía espantosa aquellos tres años donde tuve que masturbarme pensando en ti... —Suelta una risa ronca.

—Con que mis sospechas eran ciertas, señora DuPont.

Esta vez soy yo la que lo imita y suelta una enorme carcajada, lo que hace que solo niegue con la cabeza.

—Me tenías pensando constantemente en lo que podía a hacer que te impulsara a buscarme una noche y poseerme como solo podía imaginarme en ese momento. —Me encojo de hombros—. Ya sabes, con lo pequeño que era el apartamento, el sofá y el baño eran mis dos opciones viables a la hora de imaginarme un encuentro contigo.

Sus ojos brillan, presos de amor y devoción; devoción que yo también siento.

—Lo que quiero que sepas es, que aquel día de Navidad, cuando me pediste ser tu esposa, ese día... —Trago el nudo en mi garganta—, ese día, fue en el que inevitablemente robaste no solo mi corazón, sino mi alma entera y la puse a tus pies. No tuve oportunidad o defensa alguna para contrarrestar tu impacto en mí. Y no sabes lo agradecida que estoy de que la vida me llevara a ti, porque hoy, puedo sentarme y pensar en lo bendecida que soy de poder llamarte «mi esposo» ...

Su boca se estrella contra la mía y yo me derrito de amor. Nuestros labios bailan una danza de placer y dolor por tantos sentimientos a flor de piel. Tantos momentos que hemos vivido y que nos los cambiaríamos por nada del mundo.

Sus manos sujetan mi rostro como si temiera que desapareciera. Como si le asustara la idea de que saliera de su vida para siempre. Y creo que eso es lo que más amo de este hombre. Que, a pesar de conocer mis sentimientos hacia él, no me daba por sentado.

Y mientras nuestras almas se fusionan y se vuelven una sola para crear a un solo ser, puedo sonreír y suspirar. Encontré mi «hombre perfecto» mientras buscada una manera de sobrevivir y cuidar de mi hermano menor.

Y sé que es él, mi Malcolm DuPont; y yo soy su esposa.

Para toda la eternidad.

BIBLIOGRAFÍA SOBRE LA AUTORA

Meghan Reed nació en Miami-Estados Unidos. Escribe porque le apasiona. Realizó una maestría en Negocios Internacionales, aunque actualmente trabaja para una cadena de radiodifusión que realmente no tiene nada que ver con su especialidad.

Tiene dos perros y un gato a los cuales ama con absoluta locura.

No cree en el amor, aunque sus libros siempre tienen aquel final feliz que ella aun no puede conseguir en la vida real.

Si te has divertido y pasado un gran momento no seas tímida y déjale tu valoración y comentario en AMAZON o GOODREAD, siempre es grato saber que piensan las hermosas lectoras y las impresiones sobre la historia que acaba de leer.

Puedes seguirla en sus cuentas oficiales para estar al día en las noticias o las futuras publicaciones de sus nuevos libros:

Facebook, Instagram y Twitter: @meghanreed

